



BPI







# Ateneea

## Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA  
POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION (CHILE)

008(83)105)

### SUMARIO

Romaind Rolland.	<i>¡Muere y vuelve a ser!</i>
Goethe.	<i>Dos Baladas.</i>
Alejandro Lipschütz.	<i>La Enseñanza Universitaria y los problemas modernos de educación.</i>
Pablo de Rokha.	<i>Esquema del poderío.</i>
Gamaliel Churata.	<i>La ciudad y los ayllus.</i>
Carlos Seura S.	<i>La declinación en castellano.</i>
Manuel Rojas.	<i>Lanchas en la bahía (II).</i>

### HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

A. Lagarrigue. R.	<i>Reflexiones del momento.</i>
Paul Wiegler	<i>Cosima Wagner.</i>
Manuel Ugarte.	<i>Barres, Zola, Barbusse.</i>
A. Rojas Giménez.	<i>Elementos del teatro.</i>
A. Troncoso.	<i>Un joven escritor chileno, Juan Mansoulet.</i>

LOS LIBROS.—GLOSARIO.—ENCUESTA

# ATENEIA

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

Publicada por la Universidad de Concepción

COMISION DIRECTORA:

Enrique Molina.—Luis D. Cruz Ocampo

Félix Armando Núñez (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago

Señor Domingo Melfi

ATENEIA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. En los diez números que ha editado anualmente hasta 1930 inclusive y en los doce números que editará desde el año en curso, trata de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEIA no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

## PRECIOS DE LAS SUSCRIPCIONES:

Un año.....	\$ 28.00
Un semestre.....	14.00
En las provincias de Chile y en Bolivia, recargo de \$ 2.00 anuales para franqueo.	
Suscripción a los países extranjeros excepto Bolivia sólo anual: 4 dólares, o su equivalente según el país.	
Número suelto.....	\$ 2.50

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista, ATENEIA dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, segundo piso, número 8, o a la Secretaría de la Revista Atenea Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

LIBRERIA SALVAT

Santiago — Agustinas 1043 — Casilla 2326

Agente en Concepción para suscripciones—Librería del  
S. Rafael Merino H.

# HISPANIA

A JOURNAL DEVOTED  
TO THE INTERESTS  
OF TEACHERS OF SPA-  
NISH, AND PUBLI-  
SHED BY THE AMERI-  
CAN ASSOCIATION  
OF TEACHERS OF  
SPANISH

STANFORD UNIVERSITY,  
CALIFORNIA

# CONTEMPORANEOS

Revista Mexicana  
de Cultura

★ ★

EDITORES:

Bernardo G. Gastelum,  
Jaime Torres Bodet,  
B. Ortiz de Montellano,  
E. González Rojo.

APARTADO POSTAL 1811  
MEXICO, D. F.

# MERCURIO PERUANO

Revista mensual  
de Ciencias Sociales y  
Letras,  
fundada en 1918.

Director Fundador:  
Victor Andrés Belaunde

APARTADO N.º 176  
Lima - Perú

# LEONARDO

Rassegna Bibliografica

diretta da

Federico Gentile

Direzione ed Amministrazione:

Via Palermo, 10-12

Milano (III)

# NOSOTROS

Revista mensual  
de letras, artes, historia,  
filosofía y ciencias sociales

## DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi

Roberto F. Giusti

## SECRETARIO:

Emilio Suárez Calimano

Lavalle, 1430 - Buenos Aires

República Argentina

# REPERTORIO AMERICANO

Semanario de cultura hispánica

Director:

**JOAQUIN GARCIA MONGE**

Apartado 533

**SAN JOSE DE COSTA RICA**

Centro América

# LA VIDA LITERARIA

Periódico Independiente

**CRITICA**

**INFORMACION**

**BIBLIOGRAFIA.**

Director:

**ENRIQUE ESPINOZA**

**RIVERA INDARTE 1030**

Buenos Aires

# REVISTA INTERNACIONAL DEL CINEMA EDUCATIVO

ORGANO DEL I. I. C. E.  
SOCIEDAD DE LAS NACIONES

Publicación destinada a informar sobre la aplicación del Cine a la educación en cada una de sus ramas (universitaria, primaria, secundaria, agrícola), así a la científica como a la popular, y a la higiene social. Se publica en cinco ediciones: inglesa, francesa, italiana, española y alemana.

Director: Doctor Luciano de Feo

Dirección: Villa Torlonia-ROMA

Suscripción por un año a la edición española: dólares 4; pesos chileno, 32.

# Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y  
ARTES. PUBLICADA POR LA  
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

---

---

Año IX

Junio de 1932

Núm. 88

---

---

Romain Rolland.

## ¡MUERE Y VUELVE A SER!

**T**AREA vana sería pretender encerrar a Goethe dentro del marco de un retrato objetivo. Nadie pudo hacerlo nunca. Los más famosos libros que le han sido consagrados, hacen sentir aún más *lo inconmensurable* de su naturaleza (una expresión a que era afecto) y la incapacidad de las gentes de libros para abrazar ese río. No se le detiene jamás. El mismo lo decía: «Cuando se me cree todavía en Erfurt, ya estoy en Weimar».

Puede servirse de él para apoyar una tesis. De la misma manera podría apoyarse la antítesis. En su pleno vigor, Goethe pasmaba a los espíritus burócratas, que creían fijarlo en el área de pensamiento en que él mismo acababa de situarse. No se consideraba ligado a nada de lo que había concluido; juzgaba, se retractaba con desenvoltura, pasada, en algunos minutos, por toda la gama de los diferentes puntos de vista. Las buenas gentes, estupefactas, echaban los bofes al seguirlo. No ponía en este juego una sonrisa *dilettante*, o, aunque hubiera tenido el humor, una gota de ironía mefistofélica. Obedecía a las exigencias múltiples de su naturaleza. Y decía a Jacobi:

Con las tendencias diversas de mi naturaleza, no puedo contenerme con una sola manera de pensar... Las cosas del cielo y de la tierra constituyen un reino tan vasto que se requiere, para poder abarcarlos, todos los órganos de todos los seres reunidos. (6 de Enero 1813).

¿Hablaba yo de un río queriendo caracterizarlo? Es, o puede ser todos los ríos a la vez, y en todas las vertientes. ¡Tratad de fijarle, pues, un fin, un objeto! No le reconoce ninguno al arte ni a la naturaleza. Decíale a su viejo Zelter:

—La naturaleza y el arte son demasiado grandes para tener objetos y fines: no tienen necesidad, pues todo está asido a algo, y este encadenamiento, es la vida.

¿Cómo, pues, tomar su medida?

No, no lo intentaré, como tampoco pretendo estrechar la Naturaleza con mis brazos. Pero puedo, sí, decir lo que les debo, a él, como a la Naturaleza, y lo que he bebido en ellos.

---

Y en primer término, ese secreto conocimiento de su identidad. No era de esos neo-idealistas que hacen depender del tema la realidad del objeto. *¿«Cómo, escribe increpando a Schopenhauer, la luz sólo puede estar ahí donde usted la ve! ¡No! Es usted que no estaría ahí, si la luz no le viera a usted».*

Este sólido realismo lo protege contra el orgullo alucinado del genio, que se cree con el derecho de crear formas que no estaban en la naturaleza. «Inventar no ha sido mi preocupación: siempre he considerado al mundo más genial que mi genio». (1809).

No hay, pues, riesgos de que peine sin modelo. Pero lo admirable es que ni siquiera tiene necesidad de contemplar el modelo para verlo; se ha identificado con él. Ha descrito la operación de su espíritu. Frente

a la naturaleza, el arte no es su mira. Su mira es penetrar por los canales de las formas, y en seguida, de las leyes, al espíritu de la naturaleza.

«No he contemplado nunca la naturaleza con un fin poético. Comencé por dibujarla, luego la estudié científicamente, de modo de poseer exacta y constantemente los objetos naturales. Así, poco a poco, aprendí de memoria la naturaleza, hasta en sus más pequeños detalles, de tal suerte que, cuando tengo necesidad, como poeta, de un toque, ella viene a mi conjuro, y no pecho fácilmente contra la verdad.»

A este grado de objetivismo paciente y apasionado, Goethe va a unirse al polo opuesto del espíritu creador, ese estado del artista hindú en que la absorción mística del tema en el objeto se termina en esta reciprocidad: el objeto vuélvese tema. La realización de la Identidad es completa. No es Goethe que «habla de la naturaleza». Es ella que habla en él.

---

«La primera cosa es aprender a dominarse». Tener bajo el puño de la mano las fuerzas de su naturaleza. . . . No es poco, cuando se ve, en su primer chorro, la superabundancia y la violencia de esas fuentes calientes, la impetuosidad de sus sentimientos, la enormidad de su orgullo, su falta de miramientos, su independencia absoluta, su negativa de inclinarse ante nadie, el escándalo que su actitud despierta entre sus amigos atemorizados.

. . . . «Id siempre al exceso!» . . . . Es como un cráter lleno de materias en fusión. El choque, no tan solo contra las paredes del mundo, sino en él, de esas pasiones opuestas, lo demasiado de su naturaleza, lo demasiado complejo, le es a él mismo una tortura.

Tendrá necesidad de aprender duramente a sofrenarse, a rechazar su naturaleza. A los 39 años, hará esta observación amarga que «lo que más nos lleva seguramente a nuestra ruina, es cuando nos aban-

donamos a lo que nos es propio, a nuestro *Eigenheit*. . . »

¡Terrible esfuerzo contra sí mismo, para llegar a esta lección y para conformar su vida! El hombre que estaba hecho para ser martillo, aprende a volverse yunque; se consuela, reconociendo que es preciso, para recibir los golpes, una energía cien veces mayor que para asestarlos.

¡Hase hablado tanto de su dicha y de su calma olímpica! ¡Qué idiotas! ¿No han mirado nunca, pues, la arruga de esa boca melancólica y la expresión hastiada? Ese toro triste. . . .

«Se me ha considerado siempre como un privilegiado de la felicidad. . . En el fondo, mi vida no ha sido otra cosa que pena y labor. Puedo decir que en 75 años, sólo tuve cuatro semanas de verdadero bienestar. Eternamente la piedra rodaba, y había que solevantarla de nuevo. . . » (1824).

¿Cuándo se quejó? Apretaba los dientes, y volvía a subir el repecho. Pero ¡cuántas veces se encontró frente a frente con su desesperación! ¿Quién, mejor que él, la ha mascado y vuelto a mascar? Se necesita que hubiera estado totalmente impregnado, para que de él brotase este grito sublime: «¡Quién no puede desesperar, no debe vivir!» Y la siguiente profesión de fe de un pesimismo heroico: «Todo consuelo es vil, y la desesperación es deber».

El valor, el ánimo. . . La primera virtud. . . Sin él, todo es nulo, «valdría mejor no haber nacido nunca». Con él, nos pasamos de los hombres y de los dioses.»

Se le acusaba de insensibilidad. Y sabemos que esta coraza era tan dura porque tenía la epidermis muy sensible, y que la carne habíase estremecido ante tantos contactos afrentosos.

¿Pero quiénes son sus enemigos? ¿Para cuál guerra del espíritu se ha armado? ¿Qué quería defender o conquistar?

Claramente lo dijo en su lúcida contemplación del pasado: «Yo mismo, yo todo entero como soy...». En las arenas del mundo sin límites, tal como en el desierto, quiso edificar «la pirámide de su ser». Todo ha sido piedra para su construcción: fortuna e infortunio, sus alegrías y sus dolores, el destino, los azares, la salud y la enfermedad, todo lo que vió y tuvo, y todo cuanto no tuvo.

«Sé lo que puedo y lo que no puedo, y quiero solamente lo que puedo.»

Y, sin duda, lo que puede un Goethe es vasto y variado como el mar. Su pirámide es colosal. Es poeta y publicista, hombre de Estado, hombre de teatro, hombre de corte, hombre de ciencia, administrador, educador, ama, crea, obra, es hombre entre los hombres... ¿Pero quién es el arquitecto? ¿La voluntad arbitraria del alma aislada? No, la Naturaleza—todavía ella!—de la que este hombre es un fragmento, de igual substancia, sometido a las leyes que la dominan, pero consciente. «El hombre alcanza la seguridad de su propio ser, en que reconoce al ser fuera de sí como su semejante, y como regido por las mismas leyes». «El hombre se conoce a sí mismo tan solo en la medida en que conoce el mundo...».

Paralelismo y parentesco—, por no decir identidad consubstancial—del ser personal y de sus leyes con las de las cosas y su estructura. Un microcosmo en el Cosmos; y el origen de la Naturaleza es nuestro corazón.

---

Al comenzar estas páginas dije que cada quien toma en el inmenso campo del pensamiento—que representa la obra y la vida de Goethe—lo que se relaciona con su esencia personal: Yo he cogido esta frase:

*¡Muere y vuelve a ser!*

Es central en el alma de Goethe—si no es el único brasero. Evolución, Revolución... Los dioses que caen y los Estados, los temblores de tierra que sacuden las conciencias y las sociedades...

Goethe los conoció. El vió, como nosotros, desplomarse un mundo. Pasó a través del fuego: Valmy, el cieno de Argona y la derrota ante la Revolución, las invasiones, el huracán napoleónico, Sena, la caída de los tronos que se vuelven a levantar y a caer. La parábola de su vida ha cubierto un campo más accidentado que el nuestro. Aprendió la ley de la eterna Metamorfosis.

«El patriotismo corrompe la historia». «Odio toda revolución, porque ella destruye más bienes de los que llega a crear». «La manía de la duda no me agrada de ningún modo, pero mucho me place un ataque directo contra una autoridad usurpada».

Nunca tuve miedo de los extremos opuestos. Lo que le repugna son los términos medios. «Puedo imaginarme perfectamente en los sistemas opuestos, pero jamás en las medias tintas».

No, los fuertes odios, las explosiones sociales que son fuerzas naturales, no le espantan:

—«Mucho me regocija sentir que hay cosas que odio, pues nada es tan mortal para el espíritu que encontrar que las cosas están y son bien como ellas están y son; es la destrucción de todo sentimiento verdadero».

Lo verdadero—la verdad—es la piedra de toque. Sobre ese particular, nunca titubeó Goethe. Otros, Tolstoi, los genios del corazón, que no equilibra una igual potencia de la razón, vacilan, conmovidos, entre el amor y la verdad. Goethe, no. Si la verdad arde, tanto peor, y tanto mejor! Ella es el fuego.

«Prefiero la verdad nociva que el error útil; la verdad cura el dolor, que tal vez ha causado.»

«Una verdad nociva es útil, porque ella sólo puede perjudicar un instante, y conduce luego a otras verdades que serán siempre más útiles; mientras que un error útil es nocivo, porque sólo puede servir un momento, y degenera en otros errores que serán siempre más nocivos.»

Repite este pensamiento veinte veces, así como se encuentran en sus páginas más de cien veces, el leal homenaje, ardiente, entero, absoluto, a su señora: la verdad. Citaré dos ejemplos, categóricos: «La primera y la última cosa que se exige del genio es el amor de la verdad». «Todas las leyes y todas las reglas morales se reducen a una sola: VERDAD».

Goethe es el escritor que nunca ha mentado. Y es esta integridad casi única del espíritu que comunica a toda su obra esa terrible seriedad; digo, *terrible*, hasta en su gracia y su serenidad, como puede serlo el cielo luminoso. Una luz igual, sin meteoros y sin espejismos. Una poesía sin falsos brillantes, sin retorismo, sin juego de palabras.

La verdad va siempre adelante, en lo que vendrá, nunca en la muerte ni en lo que deja atrás. Y es por esa ruta mácula, mirando hacia el sol naciente, que su pensamiento y su voluntad se han orientado a toda hora... El Goethe de Weimar puede esperarlo en el camino mismo, anunciándolo. Pero el Goethe-Fausto marcha a la delantera; y lo arranca a la noche. Es él quien dijo la palabra inmortal de Fausto, moribundo:

«Sólo merece la libertad y la vida, quien las conquista cada día.»

Y esta frase es nuestra bandera. Flota por debajo y por encima de todas las Revoluciones. Puesto que toda Revolución se asigna un propósito y se detiene. Y Fausto moribundo marcha todavía, marchará siem-

nales. El que no es especialista en materias pedagógicas se desconcierta frente a la multitud de los problemas especiales que se presentan y los distintos sistemas erigidos por grandes educadores. Pero hay, a mi parecer, cierto de *común* en estos sistemas educacionales, desde Pestalozzi... Creo que los rasgos comunes de estos sistemas son los siguientes: la *Sinceridad* o *Veracidad* en la enseñanza, el *Respeto para el niño* y la *Participación activa del niño* en el proceso de la educación.

Sería de sumo interés estudiar los factores que determinaron el desarrollo, en el siglo XIX, del concepto pedagógico, que sin duda alguna exterioriza en forma ideológica, cierta estructura económica y social de la humanidad europea, de la cual nosotros sudamericanos formamos parte integral a pesar de los 13,000 km. que de Europa nos separan. Pero tal estudio no puede ser mi tarea. Además sería necesario en este caso estudiar también las transformaciones que ha sufrido la estructura económica y social y con esta la ideología educacional en el último período de la vida europea, período que data desde 1914 cuando estalló la guerra mundial, punto *culminante* y como en general sucede en la historia humana, simultáneamente *liquidación* del período individualista del hombre europeo.

Al mencionar estas interrelaciones entre la pedagogía y la vida económica-social, nos damos cuenta de que se trata de problemas fundamentales de todo nuestro ser social y humano, en el momento actual. El gran interés que hoy se advierte en el mundo para los problemas educacionales es uno de los signos de la inquietud en que vivimos, de las profundas dificultades por las cuales pasamos, y no debemos cerrar los ojos frente a los hechos que ocurren en la humanidad: estamos en plena liquidación y reconstrucción y buscamos la mejor forma de preparar nuestros hijos para una vida que está en marcha. Creo que con tal punto

Alejandro Lipschütz.

## LA ENSEÑANZA UNIVERSITARIA Y LOS PROBLEMAS MODERNOS DE EDUCACION (1)

**A**UNQUE estoy enseñando en la Universidad desde casi 25 años, no me he ocupado nunca, debo confesarlo, de los problemas filosóficos propios de la educación del *niño*. Si estoy hoy en esta cátedra, lo es porque ciertos problemas fundamentales que interesan a los educadores del niño y a los padres, son los mismos en la escuela primaria o secundaria y en la Universidad, plantel de enseñanza para *adultos*. Al enseñar mi ramo especial en la Facultad de Medicina, se me presentaron en la práctica varias cuestiones educacionales, y tuve que resolverlas en la misma forma, en el mismo sentido, como se han resuelto por los variados sistemas modernos de educación del niño, sistema modernos a los cuales pertenece también el sistema aplicado a la enseñanza primaria por la Doctora Montessori.

Desde los tiempos de la Revolución Francesa, que fué en cierto sentido el punto de partida de la vida espiritual del siglo XIX y de nuestra propia vida nacional, se han sucedido muchos sistemas educacio-

---

(1) Conferencia dictada en la asamblea general del Comité Pro-Escuela Montessori, en el salón de honor de la Universidad de Chile (Santiago), el 10 de Mayo de 1932.

pre! Su estandarte es el de la Revolución permanente, que va al asalto eterno del Destino, y por la fuerza le arrebatada, día por día; un jirón de verdad.

Avanzar, caer, levantarse,—moverse, obrar, luchar, servir,—y luego, después, ser destruído—a fin de *recomenzar* . . . .

«Muere y vuelve a ser»,—hombre, pueblo, mundo, mónada de mundos—Crisálida!

Especial para *Atenea*, (Villeneuve, Suiza, 1932).

Goethe.

## DOS BALADAS

Traducción de Félix Armando Núñez

### I

#### EL REY DE LOS ALISOS.

*¿Quién tan tarde anda a caballo  
en medio al viento y la noche?  
Es el padre, con su hijo  
quien cabalga junto al bosque.*

*Entre los brazos del padre  
el niño no siente frío:  
el niño va muy seguro  
tan tiernamente oprimido.  
— ¿Por qué escondes la cabeza  
con tanto miedo, hijo mío?  
— Padre ¿no ves que allí cerca  
está el rey de los alisos  
con su cola y su corona?  
— Lo que allí ves, hijo mío,  
es una faja de niebla.  
— Lindo niño, ven conmigo;  
te enseñaré hermosos juegos;  
en la ribera del río  
verás matizadas flores;*

y son de oro los vestidos  
que te obsequiará mi madre  
si quieres venir conmigo.

—¿No escuchas tú, padre mío.  
lo que ahora me promete  
quedo el rey de los alisos?

—Calla, hijo, está tranquilo:  
lo que oyes es el sonido  
del viento en las hojas secas:  
calla, calla, está tranquilo.

—Lindo niño, ven conmigo,  
mis hijas te harán cariño:  
ellas dirigen la danza  
de la noche; ellas contigo  
bailarán y cantarán  
y te llenarán de mimos.

—¿No miras, padre, las hijas  
del rey en lúgubre sitio?

—Hijo, hacia donde señalas  
con toda claridad miro:  
los viejos sauces tan grises  
doncellas te han parecido.

—Te amo mucho, me seduce  
tu semblante tan bonito,  
y si no quieres de grado  
por fuerzas vendrás conmigo.

—Ay! el rey de los alisos  
me ha agarrado, padre mío.  
¡Ay, padre! ¡qué daño me ha hecho  
ahora el rey de los alisos!

Frío de horror siente el padre,  
cabalga a galope tendido;  
sus fuertes brazos mantienen  
jadeante y convulso al niño.

Con gran fatiga ha llegado  
a la casa campesina.  
Se detiene. Entre sus brazos  
el niño, muerto yacía.

II

EL REY DE TULE

Había un rey en Tule  
muy fiel en el amor.  
Ya próxima a morir, su bien amada  
una copa de oro le obsequió.

Nada para el monarca  
fué de tanto valor:  
cada festín bebía el vino en ella,  
su llanto se vertía en el licor.

Viendo venir la Muerte  
sus ciudades contó:  
a sus deudos cedió cuanto tenía  
menos la copa en que guardó su amor.

A espléndido banquete  
hizo luego invitar:  
rodeáronle los nobles en la sala  
del castillo que se alza sobre el mar.

El anciano se puso  
en pie para brindar.  
A las ondas lanzó después la copa.  
Bebió en ella el postrer calor vital.

La vió caer y hundirse  
en el fondo del mar:  
los ojos del monarca se cerraron,  
sus labios no bebieron nunca más.

de vista estarán de acuerdo todos los que aquí me escuchan; los de la derecha conservadora y los de la izquierda reconstructora.

Hemos insistido en que los rasgos comunes desde Pestalozzi, en los sistemas educacionales, son la Sinceridad en la educación y en la enseñanza, el Respeto para el educando y la Participación activa del niño en la educación misma, y hemos dicho que problemas idénticos se nos presentan en la Universidad. Supongo que para los que se hacen responsables de la realización de las nuevas formas de la educación en nuestro país, y para los que observan con simpatía tales formas nuevas, será de cierto interés saber qué es lo que exigimos en la enseñanza moderna en la Universidad.

En primer lugar tendría que decir que en la Universidad hoy día no queremos sólo *enseñar*, sino que primeramente *educar* para la vida práctica, profesional. No consideramos al estudiante como un recipiente que llenar con un gran número de conocimientos y fórmulas aptas a servir en la vida práctica. Por cierto, el estudiante debe aprender un conjunto de hechos establecidos; pero tal aprendizaje no es el único fin. Nuestra tarea es contribuir de tal modo al desarrollo del estudiante universitario, que él pueda ser en el futuro, capaz de atacar al enfermo que se le presenta, o el puente que construir, como un *problema* individual y social. Así el proceso de la preparación para la vida práctica necesariamente se transforma en una educación *científica*. La Universidad moderna es un plantel de *gimnasia científica*. Está claro que una gimnasia científica presupone la aceptación de los tres puntos fundamentales a los cuales he aludido como a rasgos comunes a todos los sistemas educacionales modernos. Si queremos que nuestros estudiantes hagan una gimnasia científica, debemos ser sinceros: no podemos presentarles los conocimientos que apren-

der como algo que ha surgido de repente de las profundidades del intelecto humano, sino con toda veracidad debemos presentar los conocimientos en su *desarrollo histórico*. El estudiante debe imponerse de la marcha misma de la ciencia; en la clase debe repercutir la verdadera vida de la ciencia que se enseña. No ocultamos en la enseñanza universitaria moderna la *relatividad* de los conocimientos e insistimos frente a los estudiantes sobre la necesidad de aceptar tal o cual conocimiento científico sólo después de juzgar el pro y contra que son las observaciones mismas. Pero si exigimos que los propios estudiantes juzguen las observaciones para procurarse conscientemente su propio concepto, está claro que debemos respetar al estudiante como nuestro *colaborador*. No podemos hoy «dictar» una clase, no podemos *decretar* los conceptos sino sólo *disertar* sobre los argumentos suponiendo que el estudiante adquiere en el proceso mismo de la enseñanza, la facultad de no estar de acuerdo con el concepto del maestro. Sin respeto para el estudiante no llegaremos a nuestro fin que es la educación científica.

Tal enseñanza sincera y con todo respeto para el estudiante, sólo puede fundarse en la participación activa del estudiante en la enseñanza universitaria. El estudiante debe hacer él mismo las observaciones que sirven de fundamento y argumento para el concepto científico, debe él mismo tocar las cosas con los ojos y las manos. Debe estar él mismo en el taller de la ciencia. No le basta ya la sala de clase solemne, en la cual se decretan las verdades, sino, necesita estar en el laboratorio, rodeado por todos los desperdicios de la observación científica. En el laboratorio el estudiante lucha de manera activa por sus conocimientos y conceptos y se encuentra con el profesor que le ayuda a orientarse en la selva de los hechos y de los conceptos.

En la Universidad moderna el estudiante no es un *objeto pasivo*, sino, igual al profesor, un *sujeto activo*. Y lo queremos así porque esto nos parece ser la única garantía de que nuestros hijos se capacitan para el goce de la vida.

Frecuentemente se piensa que preparar para la vida práctica, es lo mismo que enseñar un conjunto de procedimientos técnicos. Y los que piensan así, suponen, erróneamente por cierto, que esta es la base de la pedagogía norteamericana que ha tenido buenos resultados. No he estado en Norte América y puedo juzgar las cosas de este país sólo según lo que me han contado los profesores y educadores universitarios norteamericanos que he encontrado en Europa o en nuestro país, y según lo que he leído con referencia a la organización de las universidades y facultades médicas de los EE. UU. Y debo decir que la impresión que he tenido es que justamente en los EE. UU. país tan práctico, se ha dado la preferencia al principio *científico* en la enseñanza universitaria, en forma ejemplar.

Los principios fundamentales que animan a la escuela primaria y secundaria, coinciden con los de la Universidad moderna. Es por esto, por lo que nosotros los universitarios sentimos una viva satisfacción al constatar que la Pedagogía Moderna ha encontrado en Santiago un nuevo Hogar en la Escuela Montessori.

Me permitiré dejar constancia de que para la Universidad de Concepción es una gran satisfacción que los primeros pasos en la aplicación de los métodos de Montessori se han dado en su Escuela de Pedagogía, dirigida por el distinguido educacionista penquista don Samuel Zenteno, ayudado en forma tan valiente y con franca iniciativa propia también por elementos penquistas que están continuando esa obra en la capital.

La Universidad de Concepción ha prestado su interés a los grandes problemas de la Pedagogía Moderna, porque estamos convencidos de que lo que duele en la pequeña escuela de la lejana aldea, repercute en la Universidad y en toda la enseñanza nacional.

Pablo de Rokha.

## ESQUEMA DEL PODERIO (1)

**E**N *aquel entonces*, tú eras endeble y apasionada como la flor de las églogas, columpiando la mañana llena de polluelos de golondrina; una gran magnolia de miedo ardía entre tu pie y tu ilusión, e ibas llorando, distraída, aquello que aletea en la otra orilla de las últimas rosas... Yo rimaba signos, y era romántico y dramático, como el ideal de las mujeres muertas.

Posiblemente, la tonada embanderada que vivimos fuera la eterna voz recuperada en las nuevas vihuelas, porque todo hombre inventa el mundo cuando quiere y cuando muere, pero nosotros, sí, nosotros fuimos los primeros habitantes del país humano.

A estas alturas, un estilo de espadas quebradas incendia nuestros huesos viejos. Es la valentía guerrera y soberbia de aquellos que vivieron entre el azote y las llamas de Dios, estremecidos, y encadenaron los elementos adentro de sus corazones de leones. Y un frío temible y cerebral, como el océano, castiga las almas trizadas, estriándolas en aquella chimenea inmensa, Winett. Acorralados entre montañas grandes, nos golpeó la cara con su látigo de mares calientes, bramando, aquel viento de piedra que ardía en la razón nocturna de las tribus hebreas, aquel sol rabioso de Dios, ansioso de

---

(1) Dedicatoria al poema *Jesucristo*.

Dios, lo absoluto, aquella gran tristeza aventurera del antiguo idólatra. El amor nos mordió quemándonos, y el dolor nos lamió con tan amarga lengua la llagadura que el corazón se nos floreció de canciones.

Llegaron los hijos, desgarrándote, como a una higuera, la abundancia. Unos vivieron, otros murieron pisoteados, perseguidos por la eternidad, como el animal por el hombre y el hijo del hombre, semejantes a palomas guillotinas, bajo la cuchilla de Dios. Cinco niños, como cinco libros de oro, o cinco caminos de diamante, defienden tu pecho de la soledad asesina, y dos recuerdos te llaman desde la tiniebla.

Sembrados de osamentas, de osamentas están los desiertos del arte; amarillos esqueletos pueblan las lenguas, la cantidad vacía, como grandes mitos macabros; son los camaradas caídos; sí; son los que no murieron y están muertos, completamente muertos de muerte infinita. Desde sus memorias sin lirios arañan las viejas víboras los corazones arados de sol y de batallas. Blanquea, como un nido de plata, tu cabeza, enormemente flor y cruz; lo mismo que una gran ceniza de volcanes apagados, toda la tristeza del siglo espolvorea mis cabellos,—espíritu con tierra con llanto, con sangre—, cabellos de animal sagrado, y un sudor violento y chileno, rojo y soberbio como vino asoleado, me baña el alma, perfumándola, como al cuchillo la garganta enamorada.

Semejantes a perros de fuego aullamos por la justicia infinita, por la bondad infinita, por la verdad infinita desde aquella gran humareda del abismo. Y las palabras rebotan del negro al rojo, del rojo al negro, calcinadas sin calcinarse, hechas en aquel metal del espíritu, en aquel metal de sufrimientos apagados, que clama adentro del corazón del mundo y es su ley maldita.

Ahora no son besos los besos, no, ahora no son besos los besos, es un beso doloroso y perfumado, ate-

ruido y perfumado, vagabundo y perfumado como una rosa negra, comparable a la herida de un violín anciano, revolcándose en fragantes tardes degolladas, comparable a ese atado de dolor, que crece y arde en lo hondo de lo hondo de lo hondo de la humanidad su fragua enorme, y parece la materia de donde se hace lo divino, comparable a una cabeza cortada entre dos ejércitos.

Así se comprende, viviendo, lo absoluto.

Suspira aún entre la yerba espesa de mi pecho aquella niña preciosa que fuiste, toda pequeña diosa, pequeña forma pitagórica. Aquellos ojos eternos, agonizantes, debajo de la cabellera enlutada, negros, infinitamente negros, hechos de oro negro, en el cristal del cuerpo nuevo, del cuerpo tierno, ingenuo; aquellos ojos inmensos. . . . . puros brazos, finas piernas vegetales, y un pie tallado en agua inmóvil. Nada tan matinal, nunca, tan sacrosanto, tan delicioso, tan de flor religiosa como tus altos pechos duros de virgen.

Evocaría el trigo del Africa, la flor noruega, la manzana y la castaña y la naranja del más dulce Otoño, la uva madura en el viñedo, la malva florida en los patios de las casas de españoles, el pan, la miel judía, el sol de los últimos besos, la golondrina vestida de cielo, para hacer tu canción de antaño.

Ahora no nos preguntamos qué es aquello que nos empuja y nos orienta en la desilusión definitiva, aquella fe tremenda y soberbia, fe de león, fe de volcán, abrasadora, religión de altas llamas blancas, abstraída, infinita, sin materia; ahora no nos preguntamos por qué nos hemos quemado la vida, alevosamente, tranco a tranco, como aquel que conoce el vacío y el misterio de la existencia; ahora no nos preguntamos si queremos o creemos, o si queremos lo que creemos, o si creemos lo que queremos, o si queremos lo que creemos porque lo creemos y lo queremos y lo cree-

mos, y la voluntad de conocer es conocer, y es conocer hacer y es conocer poder y todo lo contrario, no, cargamos a la espalda todas las cosas invisibles, doblados, callados, como los antiguos aventureros a la siga de las hijas malditas, mordiendo cuchillos sangrientos.

En este instante sin tiempo, como un rebenque de siete serpientes anudadas, aullan los sarnosos lobos, y en las nuestras cavernas de santos el gusano y el toro y el batracio y las aguilas otorgan su gramática al alma humana.

Es menester el profeta, no el poeta, Winett, el incendiario rodeado de salamandras, la autoridad de metales incandescentes que produce Juan de Patmos, la substancia volcánica de Job y Ezequiel, aquellas afirmaciones eternas, de acento egregio que formularon las razas cuadradas del Asia y los escritos, rojos ladrillos, amiga. Por eso queremos la antigüedad, la más antigua antigüedad, lo antiguo. Astrólogos quiméricos de la época, dirigimos su matemática enorme, su futuro desde su pasado, el colosal terror del porvenir desde los altos números de la Mesopotamia.

Adentro de nuestro hoy inmenso, pelean la bestia y Dios, con grandes palancas de silencio, y un son heroico columpia bandera de pólvora encima de tu voz pequeña y tronadora como la ley del átomo.

Mi vida salvaje encontró ecuación queriéndote y me desperté taciturno, solitario, poderoso como un general desterrado; así creció mi espíritu encadenado en la total voluntad de la cadena y el límite, y la epopeya fué la alegría que rebalsa la máquina matemática, rompiendo y tronchando el engranaje; mi voz te lleva adentro como un antiguo tesoro perdido.

Parecida a una hermosa canción, la juventud se derrumba y se deshoja, rodeada de amarillas frutas, de amarillos pianos del crepúsculo, y, aunque mi poema acaricia siempre tus siempre veinte años, con el pelo

suelto, a la espalda, algo se muere, se hunde, se pierde, y entra un mundo mojado desde el pretérito.

Parece un mundo lleno de gente muerta mi corazón, y tú aquel ramo de nidos o aquel jarro de vino que perfuma la caída del sol y sus guitarras, Winett; un gusto a higos dorados tiene tu lengua; y una elevada lluvia golpea los tejados y apremia la cosecha de las hojas, invitándonos a la antigua poesía del brasero, antología de todos los idilios de la historia, desde que nace el hombre, y agoniza queriendo; suspira la provincia los olvidados campanarios provincianos; lo mismo que trajes raídos, los apolillados recuerdos y sus flores, tristes flores van llorando vidas.

Y asoma la aurora roja de Jesucristo entre los hombres.

Gamaliel Churata.

## LA CIUDAD Y LOS AYLLUS

### I

**S**ILLIKACHI-AYLLU estaba envuelto todavía en las penumbras del amanecer. Pero las nubes imprimían ya sobre la rada una tenue claridad boreal. Hacia el seno del horizonte, hacia su lejana y estática distancia, una luminosidad de manantial, de ojo sereno, refractada sobre el piélago, daba al espectáculo gravedad y belleza que infundían el terror de mundos desconocidos. A ello contribuía la quietud del lago que ni una sola onda agitaba. Y es que las brisas se dormían con las aves entre los totorales, desde donde, con un lejano susurro, llegaban los pitíos de los *scho-kas*, o el cricreo seco y áspero del *toke*.

El viejo Timoteo y su joven mujer roncaban hacía ya gran parte de la noche; dormían con la serenidad con que duermen las bestias. Hasta bien corrida la noche había hilado su joven mujer, y él había *chaichado* de lo lindo. Ahora dormían en paz. O, al menos, esto podía suponer, dado que en el quartucho miserable de la *chujlla*, no se percibía sino el hálito de una respiración normal.

Ningún ruido, ningún ladrido, ninguna voz humana daban muestra de que en Sillikachi hubiese comenzado la vida. Las chujllas, desperdigadas en una planicie de pasto menudo, planicie de tierra sólida, re-

seca, y que el caminar producía un sonido hueco, daban la impresión de estar arropándose en la plómbea humedad del lago. Las estrellas titilaban dejando caer su hilo de aceite; las balsas se entumían en la soledad y el silencio; tenían algo de misterioso las balsas abandonadas en la orilla, sin traba alguna, libres y quietas, sin que las agitara nadie, ni nadie viniera a conturbarlas en su abandono delicado. ¡Balsas trabajadoras, que, como sus dueños, placían durante la tranquila noche de febrero! Las vaquitas enanas, atadas a su estaca, o en los corrales, junto a las ovejas y burritos, idénticamente permanecían en silencio, no creían prudente aun, de acuerdo con el horario que los sujetaba, turbar la placidez de la madrugada. El Sol se acercaba, es verdad; pero se acercaba con lentitud en que el paisaje estaba a punto de desmoronarse... INTI... Naturaleza, bajo el imperio de su dominio caliente y productivo, latía en espera de una nueva jornada. ¡El paisaje con sol matinal es una infancia inacabable! En Sillikachi-ayllu, las lejanías de un gris azulado, tintas en la mayor profundidad de los cerros, esperaban la ascensión, mientras uno y otro arrebol, que estrían las nubes, se refractan en los totorales en una fuga de sierpes.

—¡Ahora, estaremos queja!—dijo Tata Timoteo a su mujer, con voz velada, mientras ésta se apretujaba a su cuerpo.

—No hay que tenerlo miedo. Esto queja ganaremos bin bunito.

La mujer no abría la boca. En el fondo comprendía que la misma bondad de su marido era un vivo reproche a su conducta. Ella no se portaba con el pobre Jacinto con la caridad que le había recomendado. Mientras era un chiquillo insignificante, un *llokallito*, no, no le producía ningún mal humor...

—¡Para qui no pais otra vez colera, vamos, mejor,

separaremos Jacinto! ¡So magrina vive Pono! ¡Bin señora! Así no te fastidias a usted nadie, virdad?

La mujer se negaba a responder entonces. En la semioscuridad del cuartucho miraba con los ojos fijos, mientras se abrazaba más aun al cuerpo de su hombre. Después de un momento, prorrumpió:

—¡Yo estoy queriendo Jacinto, tatay! ¡Tata Pegro te has aconsejado te portas mal! ¡Ya no obedeces! ¡Liso, liso, siempre!

—¡No emportas! ¡Jacinto estás malo hombre!

—No; no estás malo; te aconsejan...

—Malo! ¡malo!!

La mujer volvió a callar y a apretarse al cuerpo del hombre; y ya los rayos del alba se filtraban por las rendijas de la puertecilla desvencijada.

—¡Levantaremos, mamay! dijo Jacinto, y se incorporó.

Afuera cantó el gallo, y la vaquita mugió como un bostezo...

## II

Junto al troje de totoras recién podadas estaba Jacinto mirando en silencio la lejanía del lago. Algunas balsas singlaban ágiles mientras los *chawlleros* arrebaban la *ñokeña* para atravesar el cuerpo escurridizo del *karachi*. Jacinto miraba en silencio y con tristeza. Lo habían mandado a pescar. Pero él se ahupaba sobre todo el mundo exterior asombrado de la novedad dolorosa que estos días le revelaron. ¡El se consideraba hijo del matrimonio que lo tenía bajo su amparo! Nadie le dijo palabra sobre el destino de sus progenitores... ¡Tata Timoteo! ¡Mama Aulica!... Tales eran los nombres gratos a su corazón. La pedrada que le rajó la cabeza, saliendo de la mano de mama Aulica, fué la piedra de toque que le obligó a despertar de un pesado sueño. ¡Bendita pedrada! ¡Va-

le más conocer al enemigo que portarlo en el sitio de la confidencia! ¡Sus padres habían muerto en la sublevación de Kalakampana! Casualmente, Tata Rauco, uno de los balseiros que se agitaba más en ese momento, y lograba pescar con mayor fortuna, fué de los actores eficaces de esa sublevación. Todos le respetaban por tal motivo. Y es que Tata Rauco sabía unir a un temperamento lleno de la mayor prudencia una altivez y coraje que hacían temblar a los gamonales. Jacinto vino a saber la verdadera situación en que había quedado. El ayllu era una constante apetencia del latifundista. Día a día iba cobrándole, a centímetros, la tierra. Así, de una manera insensible, perdía el ayllu en extensión y en calidad, mientras la *finca* agrandaba sus linderos. Mas esto ha ocurrido en todas partes, sin que los hombres se dieran por mal pagados, pues, en muchos casos, este hecho redundaba en beneficio de los indios, ya que en el latifundista que absorbía sus tierras tenían un seguro bastión contra sus enemigos y los pequeños gamonales mestizos que trataban de seguir la huella de los tagarotes. Lo extraordinario en Kalakampana fué que el gamonal prescindió ya de los sistemas seculares del tinterillaje, yendo directamente a la expulsión de los ayllunos por medios ejecutivos: el palo, la bala. Ante hecho como éste resolvieron hacer frente. He ahí la causa de la sublevación. El padre de Jacinto había sido preso entonces, y su madre muerta en los momentos en que, con otras mujeres, seguía a los hombres que luchaban en defensa del ayllu. Finalmente su padre cayó durante una epidemia de tifoidea, en la cárcel, invadido de piojos y muerto-de-hambre. Jacinto ya podía considerarse dueño de algo: ¡esta era la verdad! No por otra razón, la mujer de Timoteo pudo abrirle la cabeza de tal pedrada. ¡Una madre no hace eso!

No era esto, sin embargo, lo más importante, ahora

que, frente al lago, veía las balsas flacuchentas, en las cuales apenas cabe un remero, virar ágiles, dando la impresión de que los llokillos del ayllu se hubieran puesto a caminar sobre las aguas...

El cielo es de una transparencia diamantina. Apenas una nubecilla enseña los dientes en el cielo. No hay viento. La brisa de la mañana se amainó hacia las ocho; ahora que el sol avanza hay calma y tibieza. Jacinto, pelando un talluelo de totora que se mete hambriento a la boca, hinca la *ñokeña* y arranca veloz hacia el lugar hondo de la rada donde viven los *karachis*.

Está alegre. No podía ser de otra manera. Diez y seis años son una obligatoria necesidad de alegría. Mucho rato estuvo mirando como un *wajsallo* la perspectiva del lago. Sí; porque la tristeza se deja en la *chujlla* para los *anuschojñis*, ladradores sempiternos, miserables esclavos. Un *llokillo* como Jacinto cuando tiene delante el lago, y en las aguas, metiéndose entre los *llachos*, un millón, dos, diez millones de *karachis* evolucionando en perfecto orden, por escuadras disciplinadas, descubre que no hay tiempo para resposos y lagrimeos. Salta. Silba. Canta. Grita...

—Ouí! ouí! ¡Janitaaaa! ¡ya te has pescado so karachi!

Entre tanto son veinte pescadores, unos perdiéndose en el totoral, otros hacia el centro, hombres y mujeres, todos afanados en lanzar la *majaña* de suerte que las púas, a manera de trinche, que han adosado al extremo, atraviesen el cuerpecillo gordete y espinoso del pez.

Esta alegría del ayllu habla a Jacinto con voz serena; le dice que su verdadero padre no existe; que no tiene derechos domésticos qué sustentar; que debe quedar reducido, para el resto de sus días, en un miserable *pallasiri*. En un *pallapante*, en un limosnero...

—¡Ouí! ¡Ouí! ¡Janitaaa! ¿So karachi?

Se ve virar en dirección a Jacinto un barquichuelo

verde, una esmeralda boyante. Lo conduce una linda chiquilla: Janita. Viene ágil, sin decir palabra, como si quisiera dar la sorpresa de su presencia, aunque sabe bien que Jacinto la observa sin reposo.

—¡Ouí! ¡Ouí! Janitaaa...

—¡Guay! ¿Te has roto tu cawisa so magro, Jacintito?

Quién habla así es una lindura del Titikaka. Es la totorilla más fina y pudorosa.

—¡Ni! Nadies, Janita..., responde Jacinto, mientras detiene el impulso de su balsa.

—¡Guay, Jacintito; ¿quién rompido, intonces?

—¡Cállate, Janita: isto mojar no me magro!

—¡Guay!

—¡Yo, virfano! ¡Yo wajchu!

—Usted istás buracha, Jacintito... ¡Mama Aulica...

—¡Janiwa, Janita, janiwa!

—¡Tatito Rius castigará osti, Jacintito, ti maldicis so magre!

—¡No me magre, Janita; no me magre!

—Intonces no te puedes casar osti, Jacintito...

Janita, se sentía desfallecer ante la tragedia de su amigo. ¡Sin madre! Le miraba llena de bondad mientras llevaba el ribete de su pollera a los ojos, para limpiar sus lágrimas.

—¿No karachia, Jacintito, ahura?, continuó.

Palabras que traducidas querían decir: «No tienes madre, amigo mío, mi hermanito, has quedado abandonado en el mundo? ¿Cómo era posible que un hermoso muchacho como tú no tuviera madre? ¿No habrá *karachis* para ti, *jilata*, hermanito?

—¿Casar? ¡Soy chequito todavía, Janita, para pensamiento casar!

—¡Wajra! ¡Usted eres vijo ya, Jacintito!

—*Janiwa*... ¡Piro, *walii*, respondió Jacinto.

Se rieron ambos, y presto se apartaron, pues Jacinto que observaba en el lago distinguió al pececillo

flúido y lanzó su arpón singlando rápido entre los totorales.

En la orilla los ayllunos se aprestaban a echar una nueva embarcación. Afilaban los rústicos cuchillos y se disponían a tuserle la *yampaj-nasa*, la *kapaj-nasa*, mientras los demás remachaban las lijaduras de *phalas* sobre el vientre abultado y verde. ¡He aquí un nuevo velero que llevaría la marca de las construcciones de Sillikachi-ayllu, famoso por sus balsas bellas y resistentes! . . . .

### III

Al rededor de la flamante embarcación se juntaron los indios de la comarca diciéndose la complacencia por el hecho trascendente de haber dado, con felicidad, fin a la nueva obra de los sillikachis: ella conduciría a través del lago, y de pueblo en pueblo, la fama de los productos del ayllu: Las *challwas* de Sillikachi! Los *humantos*, los *mauris*, el *chullu*, y . . . ¡los *karachis*! los *karachis* sin rival, movibles comprimidos de fósforo, cuyo caldo devuelve la energía al cerebro más debilitado. Esta era una nueva balsa de los *sillicachis*, y ésta, como aquellas que se ven deshacerse a diario, abandonadas sobre la playa, lugar favorito del *wajsallo*, rivalizaría con las mejores del Titikaka, por la cantidad de pasajeros que buscarían su servicio, por la seguridad de su viaje y la destreza única de sus nautas. ¡Allí estaba Tata Rauco! Sólo un balsero de Sillikachi sabe sortear las tempestades, descubriendo en el laberinto de callejones de totora, la ruta directa. Nunca se dió el caso de que un sillikachi se perdiera, o tuviera que apoyarse al reducto del camino, cuando, granizo y tempestad braman sobre el lago. Zahorí, lleno de audacia proseguirá el camino, seguro de no equivocarse; entre el limbo de la noche irá rompiendo la telazón de la lluvia menuda.

—¡Ouí! ¡Ouí!

Chillará si la sombra se anima de alguna figura humana, pues bien podría ser el *anchancho*, surgiendo de las aguas dispuesto a inferir el mal que constantemente depara a los sillikachis. El nauta conoce por el ligero resplandor de una estrella, o por el aliento de la tempestad, el camino que le conviene seguir, evitando la presencia de este espíritu maligno que a veces adopta alguna figura respetable, con el fin de hacerle caer bajo sus redes temerarias. La locura del balsero o el naufragio son el resultado del encuentro. Por ello, en la sombra gritará:

—¡Ouí! ¡Ouí!

Y el trasgo lacustre huirá descubierta en su maléfica complicidad.

He aquí por qué los habitantes de Sillikachi se citan alrededor de la nueva barquichuela, y asisten a la *ttinka*, ceremonia que consiste en «pagar» al lago la parte que le respecta en la recién nacida maravilla. Tata Rauco, con sus ochenta años, oficia lleno de misteriosa preocupación. Ha entregado al lago varias «mesas» consistentes en unto de llamo, incienso, caramelos, ají, etc., y finalmente le ha asperjado alcohol de cuarenta grados sirviéndose de una conchita marina expresamente traída para el objeto. Tata Rauco se ha dirigido en seguida al mismo lago; le ha hablado con la familiaridad de dos buenos y viejos conocidos...

—Tatay; ahora los sillikachis esperamos que sabrás corresponder a nuestro cariño, como otras veces, aplacando la voracidad de los *achachilas*, pues ya te hemos dado de comer bien y de beber. ¡No dirás que somos unos ingratos! ¡Ay, quizás sea ésta la última vez que el viejo Rauco pueda echar una balsita linda como ésta! ¡Ya estoy cansado, tatay! pero, mientras tenga fuerzas, bien lo sabes, llevaré mi afán hasta sus últimos extremos. ¡Ayúdame, Tata, y libra a los silli-

kachis, tus hijos, de todo mal; no les niegues tus peces, y dales siempre oportunidad de ganarse la vida!

Palabras que Tata Rauco dice musitando; que muchos de los sillikachis no han entendido en los días de su vida. Tata Rauco se lleva el brazo pelado a los ojos y seca una lágrima que serpentea entre sus arrugas...

Los sillikachis se afanan por extremar la alegría frente a la balsa obesa y pesada, concebida y construída por Tata Rauco, ayudado por todos los jóvenes y viejos del ayllu, colaborado por ellos. ¡Es una obra colectiva! Muchas veces la construcción de balsas es asunto personal, y aun en esos casos todo el ayllu concurre a la obra del sillikachi; pero en el caso de Tata Rauco, su edad, su ascendencia, obligan a solidarizarse en lo que se considera la obra común del grupo. Todo el ayllu, pues, se ha congregado al rededor de la nave de totora. Sus verdes talluelos parecen los nervios de la balsa; son sus nervios apretadamente unidos. El repecho que va a formar la *yampaj-nasa*, esto es, la prora, es semejante al tórax de un pújil. A babor, a estribor se extienden dos haces, recientemente amarrados, que constituyen los bíceps. Luego se alzan, partiendo de ellos dos palos que hacen vértices, en el cual se adosa un garfio, el *garagato*, del que se sujeta la phalas de la *gesana*, esto es, la vela de la barca. La *ecalina* y el *ikachu*, son aditamentos que se usan pocas veces.

Tata Rauco está atareado y sudoroso. Atiende brevemente para beber la porción de alcohol que le ofrecen en conchitas de mar, y torna a la faena de preparar el empujón que eche sobre las aguas la más bella obra que ha salido de sus manos. A todo pulmón va declarando Tata Rauco:

—¡*Qimsakallko-tunqa-marani!*

Sus ochenta años son su mayor orgullo y su mayor carga. No obstante, pocos hombres rivalizan con él en destreza y resistencia. Jamás dió muestras de fa-

tiga cuando granizó recio. Sus manos, manos lapídeas, imponen el respeto de los espectáculos de la naturaleza.

De pronto Tata Rauco da un pechazo a la balsa y comienza a inducirla hasta el agua a través de los *llachos*. Un griterío ensordecedor levantan los *llokillos*. Tata Rauco ha saltado sobre la balsa; su noble figura se destaca sobre el fondo de los totorales, el lago y el cielo. Mujeres y hombres hacen iguales demostraciones de júbilo, cuando ya la balsa maniobra en la rada, revelando la exacta proporción de sus partes y la belleza de su trazo.

Un momento todavía evoluciona bajo el gobierno de Tata Rauco. Los ayllunos miran ávidos. No saben si los alegra más la gigantesca figura del *achachi*, o su agilidad de chiquillo. Era Tata Rauco el balsero más hábil de la región. Era Tata Rauco el corazón más bondadoso del mundo...

#### IV

Cuando Jacinto se acercó, por el atardecer, con su *kepito* sujeto a la espalda para embarcarse con destino a la ciudad, Tata Rauco le hizo un gesto de amable condescendencia. Tras Jacinto llegó Tata Timoteo, que se dirigió a Tata Rauco en voz baja, a lo cual respondió éste invitando a subir al *llokillo*.

Jacinto miró Sillikachi con tristeza. Algo le decía que esta vez dejaría de ver el ayllu por mucho tiempo. Lo apenaba esta idea. No tener ya con quienes jugar; no poder en la madrugada meterse entre los totorales a comer el fresco y sabroso *chullu*, mientras los primeros rayos del sol penetraban hasta la *ecalina*, calentándole los pies rajados e impávidos; no pasarse ya cuatro horas a pleno campo, tras de las ovejas y vacas, saltando, gritando, viviendo la edad más feliz en el país más bello del mundo: ¡su ayllu! Esto le daba

cierta inquietud que acaso podría llamarse tristeza. Lo que sí lo puso a punto de lloriquear fué la presencia de sus amigos y amigas que, desde la orilla, lo miraban tristes y con los ojos asombrados. Janita lloraba. Alguno de los chiquillos se burlaba de sus lágrimas. Jacinto quería intervenir frenético. Janita le dijo:

—¿Si vas, Jacintito? ¿Rónde si vas?

—¡Il ciurar, il Pono, Janita!

—¿Aquin mi dijas?

—¡So magre!

La balsa había penetrado rápidamente al callejón de *Lampa-pampa*, permitiendo distinguir todavía en las sombras del crepúsculo las *chujllas* espedigadas en la planicie. Distinguíase la cumbre hirsuta de Akapana orificada en un pincelazo, y más allá los nevados de la cordillera, el lago hondo y estuoso, y la mole rolliza de la península. Tata Rauco viraba a la izquierda cobrando el ángulo para desembocar en el paso de Chucuito. Con ellos iban, además de buena carga de papas-nuevas, gentes de todos los ayllus, tres mujeres y dos niños de Sillikachi.

Al tumbar la noche izó Tata Rauco la *kesana*; y el viento la impelió inmediatamente con violencia, norte-sur, —*aruntaya*, viento de navegación— Asentándose, Tata Rauco, sacó su *chuspa* y comenzó a *chajchar*. Jacinto desató a su vez el *kepi* y dió buena cuenta de su fiambre, mientras los demás pasajeros hacían lo mismo, invitando solícitos al balseiro.

Una de las mujeres preguntó:

—¿Tendremos tempestad esta noche, tatay?

—No, respondió; esta noche será tranquila, y el viento nos conducirá sin fatiga.

Y dirigiéndose a Jacinto, exclamó:

—Ti sabes, wawa, dún-de te vas?

—*Janiwa, tatay!*

—Te vas casa comagre so madre: so pagrino. ¡Bin

cawallero! ¡El ayllu te sofres mocho, waway! ¡Mijor estás ciurar!

—Está bin, tatay!

—Hay que portar bin bunito. Cuando manda siñora, obedecer... Hay que limpio siempre todo.... ¡Nada sicuar! ¡Nada robar! ¡Bin mochachito, y intencis está osti bien!

—Ia, tatay!

Siguió hablándole aún Tata Rauco, con acento persuasivo y paternal; aconsejándole la forma cómo debía comportarse en casa de su madrina, en la ciudad; dándole noticias de las causas que motivaron su ausencia del ayllu; cómo Tata Timoteo y Mama Aulica debían de ser tenidos por él como padre y madre, pues lo habían sido, en efecto, cuando sus padres perecieron en la masacre de Kalakampana...

—Ellos no tenían la obligación de llevarte a su lado. Ese deber era de tus tíos; pero ninguno lo hizo por temor a despertar las sospechas del gamonal. Timoteo te llevó a su lado, y junto a él has crecido como un verdadero hijo. ¡No seas ingrato con quienes te hicieron bien! Tata Timoteo es un hombre digno de respeto. Fué el mejor amigo de tu padre. Con él luchó sin descanso, por expulsar de nuestro ayllu al gamonal. Por eso está pobre. Cuando seas grande y vengas hacia el sitio de las campanas, acuérdate: allí murió tu madre atravesada por una bala de los usurpadores. ¡Lo demás, nada debe importante!

—¡Yo wirfano; yo wajchu, tatay!

Tata Rauco tiene la misma inocencia de Jacinto. Medita en la suerte del chiquillo. El ha conocido a sus padres, y hasta fué un poco pariente de ellos, lo que, desde luego, no es una novedad en las familias del ayllu. Se levanta. El viento ha bajado. Arrea la *kesana*, vira la balsa al norte, *kachina*, rema activo, y entra a la garganta de Chucuito, cuando las estre-

llas comienzan a brillar y en el lago culebrea el reflejo...

Sillikachi se ha perdido a la vista; en cambio, en la lejanía, sobre el haz de las aguas, brillan millares de puntos luminosos.

—¡Isto il ciurar, Jacintito! dice, Tata Rauco, señalando las luces.

Jacinto queda estupefacto. Nunca concibió, a pesar de las noticias que le habían transmitido, que la ciudad fuese la aparición fantástica que surgía a la distancia.

—Il ciurar también li rompi il cawiza, tatay? preguntó.

—No; quesás; mijor, palo, látigo...

Miró desconfiado a Tata Rauco. ¿Palo? ¿Látigo? Verdad que no le consolaba en lo menor la idea de los garrotazos. Pero... La multitud de estrellas flotando sobre las olas ¿no era, acaso, suficiente motivo para cobrar el deseo de llegar lo más pronto posible? No dijo palabra, y Tata Rauco permaneció en silencio.

Le acometió luego una idea extraña:

—¿No hay Sillikachi en ciurar, tatay? preguntó.

—¿Sillikachi en ciurar? ¡Opa! ¡Isto poeblo rande, casas rande, bunito, plazas, miski, miski!

—¡Ajá!, dijo, por toda respuesta, y volvió a mirar hondamente sobre las aguas...

Orko-pata-1932. Puno (Perú).

Carlos Seura Salvo.

## LA DECLINACION EN CASTELLANO

**E**L fenómeno de las declinaciones, como parte de la gramática, tanto en la lengua española como en las otras lenguas, es un fenómeno *inconsciente*, es decir, surgieron sin formación previa, científica, ni convencional; aparecieron tal vez por razones de comodidad. El doctor Lenz confirma esta idea diciendo en la Nota 1 de la página 91 de *La Oración y sus partes*, tratando de la declinación: «La verdadera gramática es absolutamente inconsciente».

La ciencia gramatical es «a posteriori»; la lengua hace ciencia de los fenómenos cuando ya están desarrollados como el médico que diagnostica en presencia de la enfermedad latente y viva.

Pero, el hecho de las declinaciones no es un fenómeno universal en las lenguas, es privilegio de algunas; por ejemplo de las indo-germánicas. El mapuche no tiene declinación y está tan arraigada la pasión por las declinaciones que hay autores latinistas, naturalmente, que han llegado a construir, a inventar declinaciones para darlas a lenguas que no las tienen. El jesuíta Andrés Febrés, en la gramática mapuche *Arte de la lengua general del reyno de Chile*, 1765, en la página 9 del texto, pone este ejemplo descarado, verdadero parche de declinación:

Nominativo—Chao—el padre  
Genitivo—Chao-ñi—del padre  
Dativo—Chao-meu—al padre  
Acusativo—Chao, vel chao meu—el padre  
Vocativo—A chao—Oh padre  
Ablativo—Chao meu—con el padre.

Filólogos, como el doctor Lenz, se asombran de la audacia de estos autores. Esta pauta de declinación mapuche es simplemente una candorosa componenda. *Ñi*, en mapuche significa *su*, ejemplo: chao, ñi ruca (padre, su casa); meu, es una partícula cuyo significado depende de las palabras que forman la oración. Ejemplo: Ruca meu kepan (de la casa vengo); ruca meu amuaimi (a la casa irá); ruca meu moelei ñi chao (en la casa está mi padre). Ante este caso de postiza declinación se comprende, muy bien, la razón de aquella frase escéptica, al parecer, que se queja de las invenciones y arreglos que hacen algunos historiadores y que por analogía puede aplicarse a los gramáticos: «la historia no existe; existen los historiadores».

Fenómeno de algunas lenguas solamente las declinaciones tienden a desaparecer. El francés, por ejemplo, en la Edad Media conservaba restos de dos casos: el nominativo y el acusativo que se construía también con preposiciones. Hoy ya no. En inglés las declinaciones se perdieron quedando tan solo los genitivos, pero únicamente cuando se trata de genitivos de personas. Ej.; My father's book (el libro de mi padre). El alemán conserva todas las complicaciones de la declinación: der, des, dem, den, (artículo definido masculino *el*); die, der, der, die, (artículo definido femenino *la*); das, des, dem, das, (neutro). El castellano, como se sabe, declina sólo los pronombres. El sustantivo y el adjetivo no son declinables en nuestra lengua.

Antes que la mano implacable del cientismo moderno arranque de las gramáticas las hojas de las de-

clinaciones como el cura que sacó de la biblioteca de don Quijote los libros de caballería, porque trastornaban la cabeza del ingenioso hidalgo, estudiemos brevemente la estructura de las declinaciones. El doctor Lenz en la página 91 de la *Oración y sus partes* distingue dos clases de declinación: orgánica y sintáctica. Declinación orgánica dice es: «una variación en la forma del sustantivo por la cual se determina su función gramatical en la oración». Hay declinación sintáctica, agrega, si la función gramatical del sustantivo está determinada por el orden de las palabras o por la añadidura de palabras auxiliares».

El sentido que da Lenz a la declinación orgánica es, en dos palabras, el cambio estructural de la palabra; ejemplos: ego, mei, mihi, me; yo, mi, me. Como ese cambio estructural sólo se efectúa en el pronombre personal, de ahí que Lenz diga: «declinación orgánica existe en castellano únicamente en el pronombre personal».

El ya famoso filólogo alemán doctor Lenz, estudiando el valor de la declinación orgánica lo estima dudoso, porque sabemos muy poco, dice, acerca del origen de las flexiones de los casos indo-europeos. Filológicamente hablando, agrega, es difícil si no imposible establecer con claridad la diferencia entre una terminación aglutinada y una flexión. Así se explica que en muchas lenguas los gramáticos establecen declinaciones con 12, 15 y hasta con 47 casos aun 95 en algunas lenguas del Cáucaso, mientras otros declaran con mayor razón que casi todos estos casos no son más que sustantivos con posposiciones aglutinadas».

Propiamente la declinación sintáctica no es declinación en el sentido anteriormente dicho. ¿Por qué? Hay declinación sintáctica si la función gramatical del sustantivo está determinada por el orden de las palabras, por medio de las preposiciones o por los complementarios que Lenz llama *auxilios funcionales*

*orgánicos*. Analicemos la declinación sintáctica en el mismo ejemplo que cita la *Oración y sus partes*. El entusiasmo venció la dificultad; la dificultad venció el entusiasmo, o mejor, el entusiasmo venció a la dificultad; la dificultad venció al entusiasmo; o la dificultad la venció el entusiasmo; el entusiasmo lo venció la dificultad. En este ejemplo se emplean los tres elementos que abarca la definición sintáctica: orden, preposiciones y complementarios. Al decir el entusiasmo (sujeto) venció la dificultad (complemento directo) o viceversa, la dificultad (sujeto) venció el entusiasmo (complemento directo) y al agregar las preposiciones *a* y *al* y los complementarios *la* y *lo* no se puede decir que se haya declinado sino que se ha indicado en la modificaciones del ejemplo citado, sólo la idea que corresponde a los casos de la declinación propiamente dicha. Casos existen solamente cuando hay declinaciones, es decir, cuando una misma palabra tiene terminaciones especiales según su función gramatical en la oración. Para mayor claridad va este otro ejemplo: *patri dedi librum meum* (al padre le dí mi libro). *patri* es dativo que en castellano se expresa por *al padre*, pero esta expresión significa sólo la idea que traduce el caso; pero no el caso mismo. La palabra o frase *al padre* es un sustantivo con preposición o un complemento. De aquí se desprende que en los sustantivos no hay declinaciones y sólo queda de ellas un resto en los pronombres, únicos nombres declinables en castellano (lo dice también Bello en página 391 de la Nota VI). Por lo tanto es un error de la gramática de la Real Academia cuando dice: «la declinación en castellano es propia también del nombre además del pronombre».

La declinación del nombre en castellano es simplemente una traducción de la declinación latina. Bello cita este ejemplo:

Nominativo—la flor—(flos)

Genitivo—de la flor—(floris)

Dativo— a la flor— (flori)

Acusativo—la flor—(florem)

Vocativo—la flor—(flos)

Ablativo— con, de, por, sin, sobre la flor—(flore).

Don Andrés Bello se pregunta: ¿qué es lo que quiere decirse cuando se asignan seis casos al sustantivo flor? Yo no sé lo que quiera decirse; pero sí sé lo que esto supone, y es que en los nombres castellanos han de encontrarse, a despecho de la lengua, igual número de casos y de la misma especie que en los nombres latinos. ¿Por qué un nombre precedido de la preposición *de*, es unas veces genitivo y otras ablativo? La razón es obvia; porque *de la flor* se traduce en latín unas veces por el genitivo (floris) y otras por el ablativo (flore) antecedido de las preposiciones *ab*, *de*, *ex* equivalentes todas a *de* en castellano. Ahora ¿por qué *con la flor* y *sin la flor* que significan cosas enteramente contrarias forman, sin embargo, un mismo caso? Porque en latín es una misma la desinencia del nombre después de las preposiciones *cum* y *sine*. Yo no acierto a columbrar otra lógica en la mente de los que así han latinizado nuestra lengua, en vez de explicarla por sus hechos, sus formas y sus accidentes peculiares. Nuestros nombres indeclinables no tienen verdaderamente casos. Lo que hacen es servir de sujetos o de términos y en este segundo oficio o forman complementos sin preposición alguna o necesitan una preposición para formarlo, pero sin alterar jamás la desinencia del nominativo. Esta doctrina de Bello está en perfecto acuerdo con la doctrina de Lenz. No así con la Real Academia con quien difiere fundamentalmente. Consecuente con su criterio de que los nombres también se declinan, la gramática de la Academia pone en la página 192, la declinación de la palabra *casa* al estilo del ejemplo del nombre *flor* analizado antes por el mismo Bello y censurado por carecer de

fundamento razonable. Adquirido el concepto científico de la declinación no se comprende cómo la Academia ha podido desentenderse del verdadero sentido de este fenómeno gramatical y enseñar objetivamente por cuadros esquemáticos y por doctrina literalmente expresa que: «la declinación es *la unión de una preposición con un sustantivo*».

Siguiendo las enseñanzas de la docta corporación académica, los autores standardizan en sus textos la doctrinas de la declinación en un cuadro escalonado de casos llegando a formarnos tal idea de declinación que nos parece que ella no fuera otra cosa que un nombre encerrado en un cuadro.

Y esto que parece un chiste es tan cierto que al ver en los textos de gramática los pronombres agrupados para facilitar su estudio, lo primero que se ocurre es que se trata de una pauta de declinación. En la página 193 de la gramática de la Real Academia se lee lo mismo que el nombre se declinan los pronombres interrogativos, demostrativos, relativos e indefinidos y se pone este ejemplo: ¿quién es? ¿de quién es? ¿para quién es? etc. Dentro del concepto de declinación que tiene la Real Academia, no es ninguna novedad decir eso; lo que hubiera sido una novedad y bien sensacional decir qué palabras no se declinarían conforme con ese criterio.

Lo que comúnmente se cree que es declinación como en el ejemplo de la palabra *casa* que pone la gramática de la Academia, es sólo la equivalencia de la idea correspondiente a los casos propiamente dichos. Tenemos, pues, en las declinaciones del castellano un problema cuya solución la dará el tiempo, haciéndolas desaparecer o conservándolas como hasta hoy por una especie de culto al pasado.

## LANCHAS EN LA BAHIA

### III

**G**UACHIMAN de la W!...

Había dejado de remar y abocinando las manos lanzaba a través de ellas el grito de llamada. El grito surgía recto y de un solo tono, pero el viento cogíalo y lo dividía en muchos gritos, que tomaban distintas trayectorias y que vibraban sobre el mar con diferentes tonos, hasta caer al agua como pájaros que hubieran volado mucho tiempo.

—Grita no más...—murmuró Rucio del Norte.

—Me parece que tendremos que dormir a bordo—exclamó Alejandro, de pie en la proa.

Puse de nuevo la caña junto al pecho, me incliné al levantar la pala y avanzando un paso la hundí en el agua. Me erguí, dejándome luego caer hacia atrás, mientras la pala, impulsada por el peso del cuerpo, partía en surco fugitivo la superficie azul acero del mar. La lancha se movía lentamente, como de mala gana, balanceándose un poco. Cuando la caña me tocó el pecho, me enderecé y repetí el movimiento. Era un movimiento sencillo y mecánico, que exigía más habilidad que fuerza, pero en cuya realización fijaba yo toda mi energía, palpándome de rato en rato los músculos de los brazos, esperando encontrar-

los como los de Rucio del Norte, trenzados como gruesos cabos, o como los de Alejandro, largos y elásticos.

Volví a gritar.

—Me parece que gritas para descansar del remo—comentó irónicamente Rucio, volviendo su cabezota roja.

Rió Alejandro y contesté, picado:

—Si te parece mal, no volveré a gritar...

Rucio lanzó una carcajada. Una gaviota, detenida en la copa de una boya, alzó el vuelo.

—¡Je, je, je!—remedaron en una lancha.

—¿De qué te ríes, alcatraz?—rezongó el lancharo.

—Me río de la risa—respondió el hombre.

En la oscuridad sólo se veía una camiseta. La cara y el resto del cuerpo desaparecían en la sombra.

—¿Y por qué no te vas a reír de tu abuela?

—Porque no tengo, roto atrevido...

Inclinóse el hombre y algo pasó zumbando sobre la lancha, cayendo al agua. Rucio buscó a su alrededor un proyectil, pero no había allí sino barricas de carburo, pesadísimas.

—No te tiro una barrica de carburo... por no martarte.

—¿Para dónde van?—preguntó el hombre, ya en tono amistoso.

—Al fondeadero. Si ves al guachimán de la W, échalo para allá... ¿Andas trabajando en el carbón?

—En el carbón.

—Dale recuerdos a las sábanas, entonces.

Reímos y volví a remar: adelante, atrás, adelante, atrás, una, dos, tres...

—¡Para de singlar! ¡Stop!—gritó Alejandro, alzando un brazo.

Me detuve. Estaba bañado en sudor y cansado, pero me sentía alegre, animoso. Varios días llevaba ya sobre esa lancha, días de sol, de viento, trabajando desde el alba, con los pies desnudos, en camiseta, en-

dureciéndome, tostándome. Sin embargo, cuando me invitaron a trabajar como lanchero tuve miedo, pareciéndome que aquel trabajo era superior a mis fuerzas, propio solamente para hombres como aquellos que veía desde la orilla: resueltos, hábiles, fuertes.

—No es ninguna cosa del otro mundo—me dijo Alejandro—y sólo es cuestión de costumbre y de voluntad. No hay ningún trabajo que pueda acobardar a un hombre.

Nos conocimos en el malecón. Aquel día, viendo entrar un vapor a la bahía y llevado de mi curiosidad por las cosas del mar, pregunté a un hombre que estaba cerca de mí:

—¿Qué vapor será ese?

El hombre respondió sin vacilar:

—Es el *Fresia*, hermano de aquel que está allá: el *Flora*.

Y requerido por mis preguntas, fué nombrando vapor por vapor, velero por velero: allí estaban los vapores de la Compañía Kosmos, de color rojo y negro, silenciosos, inmóviles, detenidos por la guerra; los barcos de la Sudamericana, negros los cascos, blancas las cubiertas y con chimeneas coloradas; vapores que hacían la carrera a Panamá, a Ecuador, a Nueva York, y que volvían cargados de plátanos, de azúcar, piñas y naranjas; los pequeños vapores carboneros, con chimeneas amarillas, de los cuales los trabajadores salían como de una caverna, negros y sucios como el vientre mismo del barquichuelo; los barcos de los canales del sur, anchos de quilla, con una estrella ocre en la chimenea; las goletas que van a Papudo y a Juan Fernández, tripuladas por chilenos, con capitanes españoles y buzos griegos; un paquete de la P. S. N. C. alzaba en el centro de la bahía su gran chimenea negra y su perfil extranjero. Esa lancha pertenecía a tal compañía, aquella a tal otra. Alejandro sabía hasta los nombres de los botes:

—El *Saca-Pica*, el *Sin Pepa*, el *Coquimbano*...

Mientras hablaba, lo examiné: era alto, esbelto, de piel rosada, lampiño, con ojos claros, dientes blanquísimos; vestía de azul. Sus ademanes y su voz denunciaban a un hombre del pueblo. Su traje aparecía sin una mancha y era duro y tieso, como si su dueño no se lo pusiera sino cada cierto tiempo, no sintiéndose a sus anchas dentro de él.

—¿Usted trabaja en el puerto?

—Sí—respondió—; soy capataz de la Casa W. y Cía.; uno de los capataces de mar.

—¡Guachimán de la W!—recordé.

—¿Es acaso guachimán usted?

Rió bondadosamente:

—No. Los guachimanes son hombres viejos, retirados del trabajo fuerte.

Seguimos conversando. Cuando supo que me encontraba sin trabajo, me ofreció trabajar con él.

—Pero, ¿me admitirán?—pregunté, casi ruborizado de alegría.

—¿Por qué no? El capataz de cuadrilla tiene derecho a elegir su gente.

—Es que...—dije, titubeando,—yo he sido guardia nocturno de la Casa B. y Cía.

—¿Y eso qué me importa a mí y qué le importa a nadie? Usted es un hombre sin trabajo y nada más; hay que ayudarlo. Pero, eso sí: si quiere trabajar conmigo tendrá que hacerse socio del Sindicato de Trabajadores Industriales del Mundo, al cual yo pertenezco y sin cuyo permiso no puedo darle un lugar en la cuadrilla.

—Yo no tendría inconveniente; pero, hay otra cosa: yo no sé si serviré para ese trabajo.

—¡Bah! ¿Y por qué no?

Y al día siguiente, ante el asombro de Miguel, acompañado de Alejandro, embarqué en el remolcador de la W. y Cía. Era un obrero más del mar. A

bordo el capataz me presentó al otro camarada de trabajo, quien, plantado sobre sus pies como un elefante sobre sus patas, no me hizo saludo alguno, limitándose a mirarme de arriba a abajo.

—Este compañerito va a trabajar con nosotros.

—Muy bien.

Era Rucio del Norte. Ya a bordo de la lancha, yo, sin saber qué hacer, miraba azorado hacia un lado y otro, sin decidirme a sentarme ni a estar de pie. Entretanto, mis camaradas desamarraron, Rucio se puso el remo y momentos después atracamos al costado de un gran vapor oscuro. Desde cubierta arrojaron un cabo para amarrar y allí nos quedamos, mirando hacia arriba, a la espera, hasta que un hombre se asomó a la borda del barco y gritó algo.

—¡Listos!—contestaron los lancheros.

—¡Guarda abajo!

Se oyó un golpe sordo que estremeció la pared del barco y una gran red llena de barricas saltó del barco hacia el vacío. Sentí que algo se me helaba en la espalda y busqué a mi alrededor un lugar donde parapetarme o esconderme. Me pareció que aquella carga llenaría toda la lancha y nos aplastaría como lagartijas al hundir la embarcación. Pero la carga no cayó, sino que descendió despacio, a pequeños saltos y tirones, deteniéndose a la altura de un metro sobre la lancha.

—¡Arrea despacio! ¡Para!

El hombre dirigía la maniobra desde la cubierta del barco. Alejandro y Rucio se tomaron de las cuerdas e intentaron balancear la carga, pero ésta era pesada y apenas se movió. Yo, lleno de confusión, les miraba hacer. Pero la voz de Rucio me estremeció:

—¡Atrinca, pues, ñatito!

Comprendí que me llamaba y en el llamado conteníase tan profundo y tierno sentimiento de compañerismo, que abandonando mi temor y sin pensar ya

más que en ayudar a mis camaradas, me lancé lleno de bravura hacia la red, como un insecto contra una roca, colgándome de ella, forcejeando, con deseos de herirla y abatirla. Osciló la carga:

—¡Arrea!—gritaron los lancheros cuando la red, en su balanceo, llegó al centro de la lancha. Cayó la carga, desengancharon la red e izaron el pesado gancho. Alejandro y Rucio, escupiéndose las manos, empezaron a estibar las barricas. Comprendí que tenía que hacer lo mismo que ellos y escupiéndome también las manos, aunque sin saber para qué, cogí la barrica e intenté levantarla; pero la barrica no se alzó un centímetro del suelo. Repetí el esfuerzo, abriendo bien las piernas, y la izé un poco, pero como no supe que hacer con ella y como las fuerzas no me alcanzaran para más, la dejé caer. Me escupí de nuevo las manos, rabioso, próximo a emprenderlas a puntapiés con todas las barricas que había en la lancha, y la tomé otra vez. Pero una carcajada me detuvo. Rucio se acercó y me dijo:

—No, compañerito, así no. Lo primero que tiene que hacer es sacarse el paletó, el cuello y la corbata. Así tendrá más fuerza. En seguida, aquí no se trata de matarse. Estas barricas pesan ciento cinco kilos cada una y si usted quiere agarrarlas y pararlas, dentro de una hora tendrá que acostarse a descansar. Aquí se necesita más maña que fuerza, sobre todo cuando se tiene poca fuerza. Míreme a mí.

Tomó una barrica, puso una mano en cada extremo y haciendo presión con el cuerpo hacia la derecha, mientras que con la mano izquierda tiraba hacia sí, la hizo girar, y en seguida, aprovechando el mismo movimiento oscilatorio de la barrica, la empujó, haciéndola rodar sin esfuerzo alguno.

—¿No ve?—me dijo.—Ni me agito. Hágalo usted.

Mirándonos, Alejandro reía. Me saqué el paletó,

el cuello y la corbata y repetí sin equivocarme los movimientos que acababan de enseñarme.

—¡Bravo, bravo!—gritó Rucio del Norte, dejándome caer sobre el hombro una mano que parecía un cabrestante.— Este lanchero va a dar que hablar cuando se muera...

Esto me dió insospechados bríos. Dos horas más tarde dirigía la maniobra de la lancha, gritando las órdenes. Pero cerca de mediodía, cuando mayor era mi entusiasmo y diligencia, Rucio me llamó a proa y después de darme unos golpecitos en el pecho, como en señal de amistad y confianza, me dijo:

—Mi hijito lindo: lo primero que debe aprender un lanchero, es cocinar. Haga fuego en este caldero. Ahí hay leña y carbón y aquí tiene fósforos. En esa damajuana hay agua y en este saco están las provisiones. Aquí tiene la olla...

Y riendo a carcajadas me alargó un tarro aceitero, vacío y abierto... Quedé incorporado así al gremio de los hombres de mar, socio activo del Sindicato de los Trabajadores Industriales del Mundo, y entre Rucio del Norte, macizo y ancho como un trinquete, y Alejandro, vigoroso y esbelto como mesana, yo, con mis hombros estrechos y mis brazos delgados, era sólo como el palo macho de una goleta recién lanzada al mar...

—¡Guachimán de la W!

Parado en la cubierta de proa, con la mano haciendo pantalla a la boca, como impiendo que el grito tomara una dirección que él no quería, Rucio del Norte gritaba.

—¡Chis! ¿De dónde sacaste esa vocecita?—pregunté, riendo,

—Esta es voz de hombre, compañero—respondió Rucio dándose un puñetazo en el pecho—y no voz de cabro, como la suya.

—¡Te apuesto quién grita más fuerte!

—¡Echale, si sos diablo!

Volvió a abrir su enorme boca y un grito corrió sobre el mar como una pelota de cobre sobre un tejado de zinc. Tras él, poniendo en ello todo mi aliento y fuerza, lancé mi grito; pero al terminar exploté en una carcajada: junto a la voz de Rucio del Norte la mía sonaba como la de un niño junto a la de su papá.

—¿Por qué gritas tanto, animal?—preguntó cerca una voz cascada, lacrimosa.

Rucio rió:

—Oye, Eugenio, este sacó más voz que nadie... ¡Apurate, viejo de los diablos! ¡Guachimán de la porra!

—Miren qué niñazo, tan apurado... ¿Qué te están esperando tus queridas?

—¿Y por qué no? Hombre joven y nada mal parecido—repuso Rucio, contoneándose en la borda.

Extendimos una tela embreada sobre la carga y luego de calzarnos y recoger la ropa, bajamos a la diminuta embarcación del guachimán, hombrecillo enteco, viejo lobo de las caletas chilenas. Rucio se puso al remo y en pocos momentos llegamos al muelle. Nos encaminamos a un figón y allí comimos rápidamente, alcanzados ya por el sueño y el cansancio, silenciosos. Rucio se fué y Alejandro y yo, que vivíamos juntos, continuamos nuestro camino.

—Si no tiene donde dormir, véngase conmigo—me había dicho el capataz.—Tengo una cama ancha, de dos plazas, casi más grande que la pieza. La compré una vez que se me ocurrió tener mujer y me ha durado más que la mujer... Gastos inútiles que uno hace.

Vivía Alejandro en una pequeña pieza que arrendaba en lo alto de un cerro y desde el cual se veía toda la ciudad y el mar. En la noche, mientras el lanchero, medio dormido, intentaba leer unos libros que tenía en un estante de colihue, yo me asomaba a la

ventana y miraba desde allí la ciudad; las anchas avenidas que van hacia las Delicias, las calles del centro, estrechas, amontonadas, que se dividen de pronto en dos, partidas por las proas de los edificios; la gran mancha oscura de las callejuelas que nacen en la Plaza Echaurren, el laberinto de los callejones en los cerros, moteados de luces que amarilleaban como dedos de oro invertidos creciendo en la tierra negra de la noche. Luego, el mar, las luces de los barcos, el relumbrón del faro de Playa Ancha...

—Esta noche tengo mucho sueño—murmuró Alejandro.

Acababa de prender la lámpara y de pie en el centro de la habitación, con las manos en los bolsillos, cerraba los ojos, gozando al sentir en los párpados el peso del sueño.

—Yo también estoy que no veo...

—Acostémonos; mañana tenemos que madrugar. Antes de las doce hay que dejar la lancha desocupada.

Nos acostamos en silencio, con movimientos suaves, como si temiéramos ahuyentar el sueño.

—¿Apago?

—Apague.

—Hasta mañana, compañerito.

—Hasta mañana.

Dormíamos la noche de un tirón y al alba estábamos ya en pie, haciendo el desayuno. Llegábamos al muelle antes de la salida del sol.

Aquel día un remolcador condujo la lancha hasta el malecón y allí la amarramos con gruesos cabos a los mojones de hierro; giró la grúa y un hombre vestido de azul se asomó a la orilla:

—¿Listos, niños?

—¡Siempre listos, ñato!

Descendió el gancho y colgamos la primera carga, luego la segunda y la tercera. Trabajábamos sin hablar, sin perder un segundo, mudos, quejándonos a

veces por el esfuerzo violento, pero quejándonos con rabia, empujando las barricas, haciéndolas girar, rodar, peleando con ellas, insultándolas, mientras que por el rostro y el cuerpo nos corrían regatos de sudor, empapándonos la camiseta, cegándonos, mojándonos la boca con un líquido salobre que recogíamos con la reseca lengua, inconscientemente. Al terminar de cargar la red, nos retirábamos del centro de la lancha y afirmados en la borda, con los brazos abiertos, respirábamos a todo pulmón, echados los rostros hacia atrás y mirando el cielo, donde el sol era la boca de un horno que arrojaba llamas.

—Esto es buenazo para botar la calentura—exclamó Rucio del Norte, respirando ruidosamente.

No le contesté, lo miraba: Rucio, vestido de sacos harineros, descalzo, afirmada la espalda en la borda, echaba hacia adelante su enorme pecho, cuyo movimiento respiratorio recordaba el movimiento ondulante de las olas sin reventar. El cogote rojo, ancho, corto, dentro del cual la sangre corría como el cobre líquido por los moldes de las fundiciones, sostenía sin cansancio la cabezota poblada de grueso cabello rojizo, dura y firme como los mojones a que estaba amarrada la lancha. La cara, por el reflejo del pelo, parecía blanca desde lejos, pero de cerca se la veía cobriza, con un barniz grasoso en la piel. Los pelos de la barba eran tiesos como cerdas, y la boca grande, deforme, con labios hinchados y bestiales, y dientes blancos, pero cuadrados, agresivos. Toda la cara semejaba un mazo de recia madera blanca, y la nariz, aplastada, ancha, era como un nudo en medio del mazo. Y todo lleno de músculos, extendiéndose a través de su cuerpo como raíces de un árbol. No había en él de suave, de tierno, sino los ojos, pequeños y azules, húmedos, como de mujer miope.

A mediodía la grúa se llevó la última carga. Desamarramos y afirmando el remo en el murallón desa-

traqué la lancha. Iba ya a remar cuando apareció el remolcador. Solté entonces los remos y me tendí de espalda en la popa, poniéndome una mano frente a la cara para defender los ojos de la luz vivísima del sol; me quedé inmóvil, sintiendo cómo la lancha corría dócilmente a la siga del remolcador. Alejandro iba de pie en la proa, y Rucio, sentado en la borda, con el rostro lleno de innumerables gotitas de sudor, golpeaba con los desnudos talones sobre las costillas ásperas de la lancha.

—Por hoy, no tenemos nada qué hacer—dijo Alejandro, una vez en el muelle.—Después de almuerzo voy a ir a la Casa, a ver qué nos dan para mañana.

—Me parece que nos mandarán al carbón. Hoy llega el *Don Carlos* de Lota—repuso Rucio.

Bostezó y después de darse una palmadita en la barriga, exclamó:

—Creo que tengo hambre. ¿Vamos a almorzar?

Rucio del Norte no comía: devoraba. La cuchara iba y venía del plato a la boca y de la boca al plato, sin interrupción, mecánicamente, como cangilón de noria. Cuando concluía de tomar el caldo, dejaba la cuchara y cogiendo con los dedos el trozo de carne de la cazuela, lo engullía casi entero. Si tenía algún hueso, lo arrojaba bajo la mesa.

—Para que los mozos no ganen el sueldo sin hacer nada...

Cortaba luego las papas por la mitad y tomándolas con la punta del cuchillo las introducía, como por una escotilla, en la boca de cuadrados dientes. Tomaba un trago de vino, se secaba los labios con los dedos y sosteniéndose con las manos al borde de la mesa, se echaba hacia atrás. Yo reía. Aquel hombre era una caldera.

—Listo—decía.

Cada vez que terminaba un plato, se golpeaba la barriga, como auscultando el estado de su estómago:

—Todavía me queda un huequecito...

Quedaba al fin satisfecho, sacudido por convulsiones que lo hacían saltar sobre el asiento, eructando ruidosamente.

—No como más, no como más, aunque me rueguen —mugía.

Después de almuerzo nos sentamos en la orilla del malecón. Una bandada de gaviotas graznaba al volar tras los desperdicios que flotaban en el agua. Un enganche de obreros partía para el norte. Estaban los hombres sentados en el suelo o en sus equipajes y se les veía serios, tristes; había también oscuras mujeres, flacas, sucias, desgredadas, tristes también, y niños raquíticos, mugrientos, que se apretujaban contra sus padres mirando al mar con ojos de angustia. Varios se embarcaban ya en una lancha, subiendo hasta ella por un tablón afirmado por un extremo en la popa de la embarcación y por el otro en la playa. Algunos equipajes cayeron al agua; los sacaron chorreando. Un hombre cayó también al agua y salió caminando hacia la playa, mojado hasta la cintura, convertido en un estropajo. Más que hombres eran animales. Los embarcadores, indiferentes, dirigían la maniobra desde la orilla.

Rucio del Norte dijo de pronto, apretando los puños:

—Me dan ganas de saltar a la playa, pescar a uno de los embarcadores por el cogote e ir a dejarlo al medio del mar. ¿Ha visto qué manera de embarcar a la gente? Peor que chanchos... Parece que la culpa la tuvieran los trabajadores, que se dejan llevar así, pero no es cierto, porque si se niegan a embarcarse en esa forma, los dejan varados en la playa, y ¿qué hacen?, casi todos son del sur y antes de morir de hambre prefieren cualquier cosa. Y en el norte es peor... Y en el vapor; amontonados como bultos, durmiendo en la cubierta, mal comidos, se enferman

los niños... ¡Por la madre! Vámonos de aquí porque me están dando ganas de matar a alguien...

Rechinó los dientes:

—¡Animales! A mí me iban a llevar así... De un puñete les volaba la cabeza.

Estaba indignado y mientras andaba siguió rezongando, murmurando; escupía con rabia a un lado y otro, soltaba puntapiés a los perros que encontraba y daba puñetazos en las paredes y los postes. Yo, cohibido por la rabia repentina de aquel hombre no me atrevía a decirle nada para calmarle. De pronto se detuvo:

—Yo me voy por aquí. Hasta mañana.

—No te vayas, Rucio; acompáñame al Sindicato.

—¿Al Sindicato? ¿A qué? ¿A oír hablar leseras? Compañero, aquí, compañero allá, y de ahí no salen. Mejor me voy a dormir.

Y se alejó, balanceando su enorme cuerpo.

—Este Rucio es un animal. Para él no hay nada más que la violencia, la violencia en todo. Trabaja, come y bebe como un bruto. Es socio del Sindicato, pero no aparece por allá sino cuando hay alguna huelga: quiere matar a este, estrangular a este otro, y lo que pasa es que ligerito lo llevan preso. Se agarra a bofetadas con el primero que lo mira mal, y ya está: a la comisaría... Sin embargo, es buen hombre, excelente camarada... ¡Pero tan animal!

—¿Y de dónde es?

—De Iquique; es hijo de un marinero inglés y de una chilena.

—¿Y se llama así: Rucio del Norte?

—No; se llama John Mulholland. Pero no se le ocurra nunca llamarlo por su nombre; es capaz de tirarlo al mar. Tiene odio a su padre, que se llamaba como él y que lo dejó abandonado cuando era muy chiquillo.

—¿Y la madre?

—Murió de hambre y de pena. Yo la conocí y conocí al padre; también soy de Iquique. Ella era muy bonita, delgada, morena. El era rubio, macizo. En Iquique le llamaban *El Bichicuma*. Borracho, brutal, pependenciero, no había hombre que le resistiese más de una bofetada... Desertó de un buque de guerra inglés, enamorado de la madre de Rucio, que en ese tiempo era prostituta, y se casó con ella. Pero un día se embarcó y no lo vieron más. La madre murió cuando Rucio tenía ocho años. Se crió en la calle, durmiendo en cualquier parte, robando, mendigando...

#### IV

El día sábado Rucio del Norte me hizo una proposición. Al principio no comprendí. Nadie me la había hecho hasta entonces.

—¿Dónde quieres ir?

Y el lanchero, dándome un golpe en las costillas y sonriéndome de lado, dijo:

—Donde hayan niñas, pues, señor... ¿Que no te gustan las niñas?

—Pero, ¿qué niñas?

—Niñas, pues, ñato, niñas... Para divertirse un rato.

—Bueno, vamos—acepté. La idea de divertirme no me asustaba, aunque no sabía bien en qué consistiría aquella diversión. Nos encontramos en el muelle al anochecer. Habíamos terminado a media tarde la descarga del carbón y luego de bajar a tierra y cobrar la semana de trabajo, nos separamos. Y al verme aparecer de nuevo en el muelle, Rucio me dijo:

—Buena cosa, Eugenio, que estamos buenos mozos...

El también aparecía limpio, afeitado, pulcro; un traje marrón, con muchas arrugas, cubríalo a duras penas, como un retobo pequeño a un bulto demasiado

grande; le quedaba corto, y los botones y las costuras amenazaban estallar cuando se movía o accionaba. Calzaba zapatones de color; la camisa, de franela color gris, con cuello pegado y cordoncillos que colgaban a manera de corbata, se veía abierta en el cuello, mostrando la piel del pecho, roja y áspera.

—¿No tienes botón ahí?

—No me duran nada. En cuanto me agacho o bostezo, saltan.

—Póntelos.

—Para que se vuelvan a saltar... No vale la pena. ¿Vamos a comer?

No comimos en el figón de costumbre:

—Si vamos tan elegantes, son capaces de robarnos el sombrero.

Tenía un sombrero claro, con cinta negra, que le quedaba sobre la cabeza como una callampa sobre una roca; no lo lucía sino los días de fiesta y los sábados en la tarde y lo llevaba casi siempre en las manos, poniéndoselo cuando necesitaba accionar y quitándoselo al terminar el discurso.

Comimos reposadamente, conversando sobre el trabajo, sobre los vapores, sobre la bahía. Rucio del Norte se bebió una botella de vino. Aquella noche no comía como siempre, sino que despacio, correctamente, como un caballero, tal vez temiendo ensuciar su traje marrón o su sombrero claro, que había puesto cuidadosamente sobre una silla y junto a él. Después de comida echamos a andar por las calles del puerto, esas estrechas calles que nacen y mueren en el mismo sitio, detenidas por los cerros y por el mar; se veían transitadas por gente vacilante, que tan pronto era absorbida por las cantinas como expulsadas de ellas, abriéndose las puertas de súbito, como a puntapiés, y dejando salir, junto con ellos, un vaho caliente y pastoso, como de pesebrera, notas de piano que parecían sonar bajo el agua y gritos, risotadas e impre-

caciones, que zumbaban y rebotaban en las paredes de los edificios.

Caminábamos desgánadamente, como sin rumbo; nos detuvimos en una de las bocacalles de la Plaza Echaurren, que con su iluminación pobre y sus árboles de oscuro follaje parecía un pozo de sombra, dividido por la amarillenta faja de luz de la calle. Algunos hombres y dos o tres mujeres vagaban entre los árboles. El paisaje me sobresaltó un poco. Miré a mi compañero y lo ví tranquilo, como indiferente, muy distinto a mí, que empezaba a sentirme desasosegado. Varias veces estuve a punto de despedirme de él y marcharme a dormir, pero este deseo no fué lo bastante fuerte; había algo más fuerte; mi curiosidad y mi temor de aparecer ridículo o infantil. Por lo demás, siempre me quedaría libertad para marcharme cuando quisiera.

Mi amigo, dándome un suave golpe con el codo sobre el brazo, me invitó a seguir, y seguimos. Atravesamos la calle, penetrando en la oscuridad de la plazuela. Desde lejos, aparte de aquellas personas que se deslizaban entre los árboles, yo había supuesto que la sombra que llenaba la plazuela y que subía hacia los cerros, se encontraba desierta, pero a medida que avanzábamos aparecieron seres que se movían en ella como peces en agua fangosa, grupos que hablaban a media voz, mujeres que pasaban y volvían a pasar taconeando nerviosamente, como si quisieran llamar la atención de alguien. Un poco más adentro de la oscuridad brotó una canción, una canción a muchas voces, altas y bajas, que ondulaban en las orillas de la noche:

Mañana me voy *pal* puerto  
a bailar cueca porteña...

Unos hombres pasaron cerca de nosotros; sus vo-

ce discordantes se esforzaban en levantar y sostener en el aire la canción que amenazaba caer como un globo sin gas; la animaban con gritos, con palmadas, con agudos chillidos de jaleo. Al llegar a la calle la canción cesó, desvaneciéndose en la luz. Una mujer se desprendió de la noche y pasó junto a mí, rozándome. En la sombra sólo vi su silueta y el fulgor de los ojos que parecían llenarle toda la cara, agrandados por la pintura. Un olor a polvos y a colonia la seguía.

—Empieza a picar el bagre...

La frase, aunque graciosa, me fué indiferente. Marchaba como a tientas por aquel camino que no conociera ni sospechara. Miraba hacia todas partes, hacia adelante, hacia atrás, hacia el suelo, hacia las casas, oscuras, cerradas, con aleros que les daban aspecto de hombres cubiertos de gorras con viseras, que observaran la vida que bullía allí. Creía que de algún lado surgiría algo imprevisto, sobrecogiéndome, asustándome; pero nada sucedía. Mas de pronto apareció una calle que serpenteaba perezosa sobre el cerro y en la que de trecho en trecho veíanse luces rojas, blancas, azules, verdes, que colgaban de lo alto de las puertas y que al brillar en la noche con apagados fulgores daban la impresión de que la calle estaba iluminada a través de un grueso vidrio pintado de rojo, de blanco, de azul, de verde.

—¿Qué calle es ésta, Rucio?

—La Subida Claver.

Era la feria de la prostitución porteña, pero la feria pobre, habitada por mujeres vestidas con telas que se ajan tan rápidamente como ellas y tan baratas como ellas también; la feria frecuentada por los proletarios de mar y tierra, los lentos panaderos, los bulliciosos vaporinos, los vivaces zapateros, los tiznados trabajadores del dique y de las chatas; por los marineros de la armada, con sus trajes azules con

pantalón de campana; por los hombres de mar extranjeros, japoneses silenciosos, ingleses melancólicos, yanquis con caras de puño, polisilábicos alemanes, restallantes españoles. Allí estaban también las mujeres, vestidas de mil colores, sentadas en los umbrales de las casas, mostrándose en la penumbra como flores violentas, de aroma fuerte, flores crecidas en las mareas nocturnas del puerto y regadas con la sangre de todos los tripulantes del océano. Las había morenas y rubias, blancas y pálidas, esbeltas como manzanillones, gordezuelas y graciosas como cacharros, monstruosas como sapos, riendo, conversando las más y serias y graves como mercaderes concienzudos las menos. La calle bullía de hombres y mujeres y se oían gritos, silbidos, frases en *slang*, imprecaciones en chileno, largos ladridos germanos, murmullos japoneses, masticaciones yanquis.

Cuando Rucio del Norte empezó a ascender la calle, estuve a punto de cogirme de uno de los brazos de mi amigo. Me pareció que entraba a un mar revuelto, donde, marinero incipiente, iba a flotar como una chalupa dejada al garete; pero la vergüenza detuvo aquel movimiento y avancé, y mientras avanzaba mi cabeza llenóse de silbidos y vértigos de mareo; sentía las piernas débiles y un escalofrío se detuvo sobre mi cuerpo como una lagartija roja y verde, vibrátil. Anduve torpemente, como un campesino por una ciudad, confundido por las voces inauditas, los movimientos insólitos, mirando todo sin ver nada, pues mis ojos pasaban de un punto a otro sin detenerse en ninguno, atraídos por innumerables motivos al mismo tiempo, y mi cerebro, hacia el cual se dirigían todas las imágenes como hacia un solo espejo, empezó a vibrar, solicitado y herido por los llamados, las sugerencias, las insinuaciones, los deseos, que flotaban allí como ondas en un campo eléctrico. En mi garganta palpitaba algo que no concluía de absorber

y que se resistía a ser expulsado. Avergonzado de mi sensibilidad casi femenina quise dominarme, sobreprometerme, mostrarme y portarme como hombre, aunque fuera a pesar de mi angustia. Comprendí que debía detenerme, calmarme haciendo el esfuerzo que fuera necesario y recoger mis nervios, que flotaban en medio de la ola como una red abandonada, agavillándolos con mano dura y soltándolos luego de uno en uno, como soldados decididos, mirando todo hasta saciarme; pero, al detenerme, un marinero tropezó violentamente conmigo, a tiempo que una mujer, que creyó que aquel joven se detenía por ella, empezaba a llamarme. Aturdido por el tropezón y sin saber lo que hacía, me acerqué:

—¿Qué dice?—pregunté con voz apagada.

—¿Por qué no entras, chiquillo?

—¿A dónde?

—Aquí, a mi casa, a conversar un rato.

—Es que... voy con un amigo—se me ocurrió.

—Llama también a tu amigo.

No supe qué contestar a esto y me quedé plantado como un estúpido frente a la mujer.

—Entra...

La voz de la mujer parecía tomarme de las solapas.

—Entra...

Y cuando, no teniendo razón alguna que oponer, iba a entrar, la voz de mi amigo me sacó como con un gancho del atolondramiento:

—¡Qué hubo, Eugenio! Vamos.

La voz me tranquilizó y dije a la mujer, excusándome:

—¿No ve? Mi compañero me llama...

—¡Vayase, entonces!—repuso secamente ella.

El brusco cambio de tono me sorprendió; creí haberla ofendido con mi negativa y me disponía a balbucear otra excusa, que no sabía cuál podía ser, cuan-

do ella, que ya no me prestaba atención, llamó a otro hombre:

—Entra, chiquillo...

El chiquillo era un hombre como una boya, y yo, que traspiraba y que llegué a sentir vergüenza, me retiré riendo nerviosamente.

—¿Qué te decía? ¿De qué te ríes?

—No sé... Me río sin saber por qué... Esa mujer me llamó y yo creí que me llamaba porque... No sé. Creí que me llamaba a mí porque yo le... Pero cuando le dije que no y ella, enojada, me dijo que me fuera... Pensé que la había ofendido, pero llamó a otro, como me llamó a mí...

—¿Y tú, qué creíste? ¿Que te iba a rogar y a llorarte para que entraras?

—No; pero, ¿por qué se enojó?

—No se enojó. Viendo que tú no tenías interés por ella, no te iba a decir; entre, mi hijito lindo... Así es la cosa. ¿No has oído contar lo que le pasó al fraile con el botero? Lo mismo que a ti, con esa mujer: un fraile llegó al puerto a embarcarse y al verlo, un botero que estaba allí, le gritó a otro: ¡oye, Chica-ca: atraca el bote, que el padrecito se va a embarcar!... Pero el fraile se embarcó en otro bote, y entonces el botero volvió a gritar: *No atraquís nada*, oh, mira que este fraile... tal por cual se embarcó en otro bote...

Llegábamos ya a los límites de la feria. La ola se aquietaba como en una playa extendida, pero el rumor de la resaca golpeaba aún las viejas murallas. Algunas mujeres, alejadas del centro del remolino, paradas en las puertas o sentadas en los umbrales, chistaban de modo suave a los hombres; hacían recordar a esos comerciantes pobres, que ocupan en las ferias los extremos y que ofrecen su mercadería con menos bullicio y más afectuosamente que los demás.

—Oye, Rucio, dónde vamos...

—A divertirnos.

—¿Y aquí?

—Aquí, no. ¿Tú crees que esta gente se divierte? A mi me gusta divertirme y bailar y cantar y tomar, a la chilena, con bulla...

Abandonamos la Subida Claver y nos internamos por una callejuela que parecía haberse perdido en el cerro y que daba vueltas y vueltas, subía y bajaba, como buscándose a sí misma. Había allí también mujeres y hombres y del interior de las casas salía un rumor de muchedumbre, un rumor que no se sabía si era de alegría o de pesar, pero que al abrirse las puertas irrumpía en griterío y azotaba los rostros, hacía ondular los trajes de las mujeres y lamía como una llama los negruzcos aleros y las desconchadas murallas.

—Aquí es...

Volví a sentir el mareo y la torpeza. Era una casa pequeña y humilde, hundida por los años hasta dejarla en desnivel con la acera. Ningún ruido oíase desde fuera; pero cuando Rucio del Norte, seguido por mí como por una sombra, bajó la escalera, abrió la mampara de vidrios blancos y rojos y avanzando unos pasos por el corredor detúvose frente a una habitación iluminada, cinco gritos lo saludaron y cinco mujeres corrieron hacia él:

—¡Rucio, es el Rucio!

Lo abrazaban, lo besaban, tiraban de él hacia un lado y otro, y él dejaba hacer, abriendo su boca con una sonrisa de bondad, gozoso de que su presencia despertara tanto júbilo. Pero se aburrió:

—Bueno, ya está, mujeres del diablo...

Zafóse de ellas y fué a saludar a una viejecilla sentada junto al piano, una viejecilla que era como la representación humana de la fachada de la casa: los años la habían hundido.

—¿Cómo le va, suegra?

La vieja levantó unos ojos cuya esclerótica parecía estar llena de migas de pan, sacó de entre su pañuelo de rebozo una mano semejante a una pequeña tortuga y poniéndola entre las manos rojas de Rucio, díjole con una voz que no le obedecía:

—¿Cómo te va, caña hueca? ¿Qué andas haciendo por acá?

Yo me quedé junto a la puerta, el sombrero en la mano, sonriendo como convidado vergonzoso; después fuí presentado a la dueña de aquella casa de diversión:

—Le presento a este joven, amigo mío. Esta señora es doña Isabel Ahumada de Riquelme, suegra mía y del que quiera serlo...

Y cumplida esta formalidad, Rucio del Norte, sin poder contener ya su deseo de alegría y de jolgorio, arrojó el sombrero al aire, abrió los brazos y gritó:

—¡Puchas que tenía ganas de bailar y de tomar!

Cinco minutos después el salón de baile era una campana donde la voz del lanchero volteaba de pared a pared, de espejo a espejo, de rincón a rincón, como un badajo incansable, con el mismo tono alto siempre y acompañado a veces por las carcajadas de las mujeres, las escalas del piano y el tamboreo precipitado de la tañedora. Cuando el acompañamiento cesaba, al voz seguía sola y se la oía hablar, cantar, reír; la alegría fluía por ella como por un chorro inagotable. Rucio del Norte perseguía a las mujeres, las cogía en brazos y las tumbaba sobre los sillones; reían a gritos, excitadas por la fuerza y el ardor de aquel hombre que lo llenaba todo, que lo dominaba todo con sus lomos anchos y su voz más ancha aun.

Sentado junto a la vieja, con el sombrero en las rodillas, como en una visita breve, presenciaba la barahunda que formaba mi amigo, quien, envuelto en ella, me había olvidado. Pero repentinamente cayó a mi lado como un aerolito:

—Oye ñatito . . . , diviértete, baila, toma, canta . . .

Estaba rojo, sudoroso, congestionado. Me abrazó:

—A este niño hay que tratarlo muy bien porque es amigo mío . . . Que le den de tomar lo que pida, yo pago, y cuando se me acabe la plata . . . él tiene más.

Saltaron y estallaron las risas; el piano, detenido un instante, volvió a sonar, retumbó el tamboreo, alzó su voz de trapo vibrante la cantora y Rucio del Norte, abandonándome, retornó a su torbellino.

—¿No sabe bailar el joven?—me preguntó la vieja, con su voz rebelde.

—No, señora, no sé.

—Aprenda . . .

—Sí, después . . .

Y allí quedé, olvidado, con aspecto de espectador indiferente. Las mujeres, atraídas por el foco formado alrededor de Rucio, ni siquiera miraban a ese joven que no se reía ni hablaba, cuya mirada era vaga y que parecía pedir permiso hasta para respirar. Tres mujeres rodeaban a Rucio del Norte; pero parecía no tener aún suficiente con ellas; bailaba con dos a un tiempo, mientras la otra, parada en la orilla de la alfombra, se desgañitaba animando el baile con interminables refranes y chillidos de rata. El lancharo, a quien el ruido parecía poco, se detenía y cantaba como podría cantar un toro, palmoteando las manos que sonaban como baldosas; la mujer zapateaba y hacía ruedas a su alrededor. Rucio del Norte abandonaba después su actitud y atacado de súbita locura golpeaba sus tacos sobre el suelo, mirándose los pies al mismo tiempo, como si pretendiera hacer un hoyo. Y era tanto su ímpetu que seguía zapateando aún después de callar el piano y el canto, animándose solo, hasta que detenido por las mujeres miraba con sorpresa a su alrededor y decía, asombrado:

—¡Bah! Me sobró caballo, entonces . . .

Y un verdadero aullido salía de su boca, un aullido

de animal sediento. Dos hombres, a quienes Rucio, abrazando, llamó amigos y camaradas, pero a los cuales seguramente no conocía, aumentaron el bullicio. La alegría subió al rojo blanco, amenazando tomar proporciones de revuelta.

Yo, entre tanto, me aburría; aquello repetíase con escasas variantes. Bostecé una vez y dos; sentía los ojos pesados y miraba la gente, los espejos, los sillones, el techo. ¿Qué hacía allí? Me bebí de una vez una botella de cerveza, y me bebí otra, pero nada sucedía en mi mismo ni a mi alrededor; sentíame como anclado. ¿Cómo irme y dejar a mi amigo? Concluí por afirmar la cabeza en la pared, cerrando los ojos, como si durmiera...

—Buenas noches...

Sentada junto a mí estaba una mujer, vestida de blanco, joven, morena, una mujer que no viera antes en el salón y que no sentí entrar ni llegar hasta mi lado.

—Buenas noches—respondí, mirándola con curiosidad, sorprendido por un saludo desusado allí, donde la gente se saludaba a gritos y a tirones.

—¿Tiene sueño?

—No...

—¿Por qué no baila?

—No sé bailar...

—¿Quiere que le sirva algo?

—Bueno...

Trajo dos vasos y una botella de cerveza y bebimos. Nos miramos mientras bebimos. Fué a dejar sobre una mesa los vasos y la botella y volvió a sentarse junto a mí. La miré entonces fijamente y sostuvo la mirada sonriendo: no era fea ni bonita, pero simpática, con la nariz correcta, la boca regular y carnosa, sin afeites, la barbilla un poquillo levantada. El cuerpo era redondito y gracioso. Llevaba aros de carey y un collar de cuentas de vidrio. Me sonreía y en su

sonrisa no ví sino una sonrisa sin intención, como una sonrisa de amigos; los ojos oscuros y grandes sonreían junto con la boca. Cuando terminé de examinarla, me examinó ella: aquel joven no era ni feo ni buen mozo, serio, alto, delgado; la piel morena, casi cobriza, los ojos negros y de largas pestañas, la boca común; la frente alta y el cabello negro; la nariz recta, firme. Era muy joven; el hombre nacía en él como una raíz lenta, pero segura.

—¿Está solo aquí?

—No; vine con un amigo.

—¿Con quién?

—Con Rucio.

—¿Es amigo de él usted?

—Sí; trabajamos juntos... Y usted, ¿dónde estaba?

—Acostada; me dolía la cabeza.

Conversábamos, mirándonos de lado, pero torcí el rostro y la volví a mirar fijamente y ella sostuvo la mirada sonriendo. Sentí que algo se me quedaba en la garganta e hice un esfuerzo, como si tragara saliva seca. Pasó. Continuamos conversando, a frases breves, a preguntas y respuestas y poco a poco fuí entregándome; ella me animaba con sonrisas. Parecía tener el don de inspirar confianza y sus ademanes medidos, sin la violencia de las otras mujeres, poseían cierta delicadeza que atraía, en lugar de intimidar. Su voz era suave, sin mimos, llana. No parecía tener otra intención que la de conversar y rechazó a uno de los hombres que quiso bailar con ella, afirmando que no sabía.

Mientras charlaba recordé que aquella mujer era semejante en condición a las que momentos antes viera en la calle. Junto con recordar esto, me sorprendió descubrir entre aquellas mujeres y esta mujer una diferencia muy grande: aquellas me intimidaban; ésta, no. ¿Por qué? ¿Sería por su actitud y conducta, dis-

tintas a las de las otras? ¿Sería que se presentaba ante mí no como lo que era sino como lo que quería ser? Esta posibilidad me confundió. ¿Qué quería ser y qué podría llegar a ser? Una especie de calor muy suave o de frío muy fino empezó a brotar de mi piel. Muchas veces había visto mujeres que me gustaron y que llegué a desear, aunque sin saber para qué las deseaba; pero eran mujeres que era necesario abordar, hablar, enamorar, acciones de las que había sido incapaz hasta entonces y que me parecían superiores a mis fuerzas, pues mi timidez se alzaba muy alto entre ellas y mí. Y he aquí que ahora, sin que yo hubiera hecho nada por ello, una mujer que empezaba a gustarme, que me gustaba ya, como me gustaron aquellas que no abordé, hablé ni enamoré, aparecía a mi lado. Esta era una prostituta, pero en ese momento y en ese tiempo yo no discernía muy bien la diferencia que existe entre una mujer honrada y otra que no lo es. Criado en un ambiente familiar duro, casi cruel, del cual salí violentamente, expulsado por una presión que mi crecimiento espiritual no pudo resistir, sin haber tenido más intimidad femenina que la de mi hermana y la de mi madre, sin puntos de contacto exteriores que me proporcionaran medios de comparación, la palabra prostituta, hasta aquella noche, no había tenido para mí sino una significación abstracta. La primera significación concreta me la habían dado aquellas mujeres que gritaban como mercaderes majaderos en las puertas de los burdeles de la Subida Claver. Aquellas lo eran... Y ésta también lo era, pero, a pesar de serlo, yo no la sentía como tal... ¿Y por qué la iba a sentir como tal si sus ademanes, su actitud, sus gestos, sus palabras, no me causaban la impresión que me habían causado las otras? Lo era de una manera general, pero no de una manera particular, porque...

Una violenta discusión empezó dentro de mí, una

lucha entre mi deseo y mi temor, entre mi curiosidad y mi ignorancia. Pero lo nuevo fué venciendo y a medida que vencía, la sensación de frío y de calor aumentaba, crecía con mis reflexiones y mis pensamientos, que durante largo rato giraron alrededor de la mujer como la bolita alrededor del eje de la ruleta, sin saber dónde se detendría. . . .

Un tumulto reventó en el salón: Rucio del Norte habíase quitado el vestón y de pie en el centro de la sala, reteniendo la carcajada, recibió en la cabeza el contenido de una botella de cerveza. El líquido le corrió por las mejillas y el cogote, desapareciendo bajo la camisa, que se llenó de grandes manchas negras. Los hombres, riendo con estertores de asfixia, tirábanse contra los sillones, y las mujeres, hipando, despeinadas, gritaban como histéricas. La locura llegaba a la más alta gradación.

—¡Ah!—rugió Rucio—. ¡Pero ahora me toca a mí!

(Concluirá).

# HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

## REFLEXIONES DEL MOMENTO

**C**UANDO se pretende explicar un acontecimiento es necesario recurrir a la consideración de los hechos vecinos a él en el espacio y, sobre todo, en el tiempo, para comprobar que su acaecimiento está conforme con lo que habitualmente estamos acostumbrados a presenciar.

En estas explicaciones es posible adoptar dos posiciones intelectuales totalmente diferentes que corresponden a dos tipos de explicaciones radicalmente distintas para nosotros.

La primera posición intelectual consiste en buscar la explicación por la averiguación de los hechos anteriores a aquel que se quiere explicar y, cuando este camino es capaz de satisfacer plenamente nuestra inquietud cerebral, entonces decimos que el fenómeno pertenece a aquellos de que se ocupan las ciencias físicas (Astronomía, Física y Química).

La segunda posición intelectual se presenta cuando la explicación física de un acontecimiento es insuficiente. Entonces se recurre a considerar los hechos posteriores a él y cuando es necesario acudir a este segundo camino para calmar plenamente la inquietud cerebral, decimos que el fenómeno estudiado pertenece a aquellos de que se ocupan las ciencias morales (Biología, Sociología y Moral).

Así, por ejemplo, si vemos pasar una piedra que va rodando, diremos que se trata de un fenómeno físico, porque para explicarnos el suceso nos bastará saber de dónde viene. En cambio, si vemos pasar un caballo, o un perro, o, sobre todo, un hombre, diremos que el fenómeno es moral, porque para explicarnos el hecho nos será preciso saber también para dónde va, ya que sería insuficiente el dato de dónde viene.

Todo acontecimiento susceptible de ser explicado físicamen-

te lo llamamos *fenómeno muerto* y todo suceso que requiere una explicación moral lo llamamos *fenómeno vivo*.

La diferencia entre la vida y la muerte no parece, ser pues, de índole fenomenal sino intelectual. Es más subjetiva que objetiva.

Todo fenómeno muerto tiene un carácter fatal, es decir, queda suficientemente determinado por el pasado. En cambio, la determinación de los fenómenos vivos se hace no sólo en función del pasado, sino también del porvenir y, por eso, tales fenómenos son libres.

La Moral es la ciencia de la *libertad* y la Física es la ciencia de la *fatalidad*, así como la Matemática es la ciencia del *orden*.

Debe entenderse, pues, por libertad la capacidad manifestada por ciertos fenómenos de determinarse en parte en función del porvenir. Mientras mayor sea la influencia del porvenir más libre es el fenómeno. Esta capacidad es un simple hecho científico independiente de todo flúido metafísico.

Se debe a la incompetencia de la muerte para explicar la vida el que el genio teológico radique la esencia de ésta en espíritus especialmente ideados para el efecto.

Esos espíritus inventados por la fantasía y adornados por la poesía del hombre no son sino la personificación abstracta del concepto de la vida, así como los números son la personificación abstracta del concepto de la cantidad. Tales espíritus manifiestan objetivamente para el cerebro teológico y subjetivamente para el cerebro positivo la capacidad absoluta de determinarse totalmente en función del porvenir sin intervención del pasado. Ellos son la vida misma, la libertad perfecta.

El que los hombres hayan creído en la existencia efectiva de esas entidades se debe a la incapacidad de la razón primitiva de distinguir las realidades objetivas de las construcciones subjetivas. Los hombres también creyeron en la existencia efectiva de los números y, asimismo, poblaron los cielos, los mares y la tierra de Dioses, de Monstruos, de Fantasmas y Vestiglos, productos de su imaginación.

El deslinde fenomenal entre la vida y la muerte quedará eternamente indeterminado, porque habrá siempre hechos cuya explicación puede ser de ambas naturalezas: física o moral; así como jamás se podrá señalar con precisión en el espectro, por razones objetivas, el límite entre el verde y el azul.

La pretensión *materialista* de explicar la vida por la muerte no es más irracional que perjudicial, pues obliga a comprimir la imaginación con grave daño de la libertad intelectual del hombre.

Afortunadamente la ineficacia real de las explicaciones fatalistas o físicas, de los fenómenos libres o morales, ha contribuído más al desprestigio de semejantes atentados que a conculcar las concepciones superiores de la razón humana.

La vida la sentimos dentro de nosotros mismos y, por eso, aquel que quiere comprender su propia conducta no se puede contentar con averiguar el *por qué* de sus actos sino que ha de recurrir además a considerar el *para qué* de ellos.

¿Cómo es posible entonces creer que sea racional y conveniente descartar las explicaciones morales en la interpretación de la naturaleza cuando sin ese tipo de explicaciones no comprenderíamos nuestra propia existencia?

Sólo se debe al orgullo de la razón teórica, que se quiere cobijar bajo el manto de prestigio de las ciencias inferiores (matemáticas y físicas), el deseo de hacer preponderar las explicaciones físicas sobre las morales, so pretexto de una vana certeza científica, sacrificando la simpatía y la racionalidad de las concepciones.

---

Para comprender un momento histórico será preciso, pues, que lo expliquemos, tanto en función de sus antecedentes reales como de sus finalidades ideales.

Esta es la posición lógica que se debe adoptar para hacer la apreciación de la hora presente y así se podrán explicar científicamente las inquietudes que conmueven a nuestra generación por toda la redondez de la tierra.

Al mismo tiempo, adoptando dicha posición lógica, será dable determinar cuál es la labor que hoy día corresponde a los hombres encargados de manejar los destinos de la especie.—  
A. LAGARRIGUE R.

## COSIMA WAGNER

**M**ARIA de Flavigny, hija del vizconde de Flavigny, paje de María Antonieta, oficial realista y emigrante en Coblenza, nació en una media noche del año de 1805 en Frankfurt sobre el Main. Su madre, hija del banquero holandés Juan Felipe Bethmann y de Catalina Schaaf, tuvo por nombre María Isabel

y era viuda del socio de Bethmann Jacobo Bassmann. Augusta Bassmann, hija única de este matrimonio, se casó con Clemente Brentano, del que se divorció tres meses más tarde. Trata de enrolarse como dama de honor en el séquito de los desterrados a Santa Helena, contrae matrimonio con Ehrmann, de Estrasburgo y se suicida. María Isabel tiene pasión por aquel francés que el magistrado de la ciudad arresta por no tener su pase en orden y vence, por fin la resistencia de sus parientes. Compra Flavigny la hacienda «Le Mortier» en Turena. Este ha sido educado en los libros de Horacio, Rabelais, Montaigne, Lafontaine, Voltaire y es también un buen cazador. La pequeña María es alemana por su madre, habla su lengua con su aya y su cocinera vienesa Adelaida, aprende los cuentos de Grim, las fábulas de Gellert, monólogos de Schiller, sonatas de Haydn y Mozart. Juega con caracoles exóticos, musgos, perlas de vidrio y animalitos de madera de Nüremberg. Conserva una cicatriz en la frente, de un paseo al campo en Viena. Huye en 1815 de Napoleón a casa de su abuela en Frankfurt. La anciana señora von Bethmann, ya ciega, se sienta majestuosamente en su trono. La acompaña el tío Mauricio, cónsul general en la corte de Basilea y la tía Hollweg. Toma lugar un día un caballero de edad al lado de María en un banco del jardín y pasa su mano sobre su cabellera, es Goethe.

Vuelta en 1816 a la Turena. Los perros de caza Mylord y Fígaro. Un joven aldeano suspira por la señorita del castillo y ésta se burla de él porque ha dicho que su piel es blanca como el azúcar. Es enviada a París para su primera comunión a casa de la abuela Huguenin y recibe lecciones del señor Abraham, ceremonioso profesor de Menuett de María Antonieta, que lleva siempre el violín en el bolsillo. Nuevamente a Le Mortier. Sensibles novelas. Amores con un joven de la hacienda vecina que se pone tonto después. Muere el padre repentinamente. Un año en Frankfurt en la sociedad de los diplomáticos de los estados confederados. Al Sagrado Corazón; fiebre nerviosa por la estrictez de las monjas. Salida del convento. La niña es un partido. El conde Lagarde, de 45 años de edad, no se atreve a conquistar a la tímida señorita. Desaparece de la casa su coche y elige a una sobrina. María se casa con el coronel de caballería, conde Carlos d'Agoult. La princesa Tré-Mouille lo ha propuesto a su madre. Esta es socia del Faubourg de Saint-Germain y frecuenta la corte, visita a la duquesa de Angulema, Rossini, la Pasta, la Malibran. Se admira en los salones a un pianista húngaro-alemán que es casi un niño, al pálido y melencólico Francisco Liszt. María lo ve en la casa de la condesa von Rantzau y después en

su propio salón, en el castillo Croissy. María tiene dos hijas, Luisa y Clara.

En 1834 le profetiza la Lenormand que se enamorará de un hombre que hará sensación y la llevará a otro país. Liszt ha tenido ya queridas aristocráticas en París, a la etérea y virginal condesa de Saint Crig, a la coqueta Laprunéde que lo retuvo un invierno entero en los Alpes. Tiene 23 años de edad cuando conoce a María y ella 29. Mira a las hijas de esta mujer y se desentaja su semblante. Fervorosa confesión empapada en lágrimas. La muerte de Luisa, que ha aterrorizado a su alma, acerca a María con más fuerza hacia él. Pasan de Berna a Ginebra, a Wallensee y a Bex y se detienen en la capital de Ginebra, en la calle de Tabazau. Wolf, admirador de Liszt, se encuentra allí; el joven Hermann que ha escrito en tono suplicante a Liszt, perturba el idilio. Liszt, con sus conciertos dedicados a los carbonarios italianos, es aclamado con júbilo. Acompañados de la Sand y sus hijos y montados en mulas llegan de paseo hasta la cima de Chamonix; y María visita en Nohant a George Sand, a quien sirve de gran modelo la escritora Daniel Stern (seudónimo de María). Se dirige, en seguida con Liszt a Italia, a Milán y al lago de Como. En Pascua de Navidad de 1837, según Blandine (que se casó, más tarde, con Emilio Ollivier, ministro de Napoleón III), les nace una segunda hija que toma por patrón a San Cosme. Pero se llama también Cosima la heroína florentina de un drama de Jorge Sand. Liszt la nombra tiernamente «Cosette». En Milán, las soirees de Rossini, un conflicto de Liszt con los milaneses que lo insultan porque los ha injuriado. Venecia. María siente ya que es un estorbo para él, descubre buquetes y cartas perfumadas con escudos y se deshace en celos. Liszt deserta a Viena. María se enferma. Le dice cuando vuelve que es un don Juan improvisado. Pasan a Génova y Lugano. En un álbum le escribe María una cita alemana de Goethe: «Si es verdad que el amor es capaz de sufrirlo todo, puede reemplazar muchas otras cosas también». Permanecen en Roma hasta el verano de 1839, Nacimiento de Daniel, muy parecido a Liszt. Se separan en Octubre. Se juntan de nuevo con los niños tres veranos consecutivos en las islas Nonnenwerth del Rin. María vuelve a París y abre su salón. Liszt y ella, que lo sorprende en esta ciudad viajan por Inglaterra. Rompen en 1844. Su odio se pinta, según Jorge Sand, en su novela titulada *Nelida*. Blandine y Cosima, «las dos moscas», pasan a educarse en el aristocrático pensionado de Madame Bernard de París. Daniel, vigilado por su abuela, al Liceo Bonaparte. En 1851 compra María un bien raíz en los Campos Elíseos, la «Casa Rosada». Las niñas estu-

dian a Homero y Beethoven. Emerson, Mickiewicz, Herwegh, Gutzkow, Meyerbeer, Fanny Lewald frecuentan el círculo de las relaciones de la condesa d'Agoult en calidad de celebridades extranjeras. Cambian las hermanas la «Casa Rosada» por la de la calle de Casimir Périer, N.º 6.

La joven Cosima está presente cuando Liszt lleva allí a Berlioz y al director de orquesta Ricardo Wagner, toca la «Muerte de Siegfried». Berlioz guarda amable decoro por esta contrariedad. Entusiasmada escucha Cosima, ya de 16 años de edad. Cuando cumple 18, la lleva Liszt con Blandina y Daniel a Alemania, a Altenburgo. Toma aquí a su cargo, la madre de Hans von Bülow a las niñas y conduce a las «Erlköniga Töchter» a un pensionado de Berlín. «Estas admirables muchachas, escribe von Bülow, a la hermosa señora Laussot, «llevan con justicia su nombre»—«llenas de talento, de espíritu y vida, son interesantes apariciones, como rara vez se ven. Otro que no fuera yo se consideraría feliz de tratar con ellas. A mí me contiene su manifiesta superioridad». Pero ya en 1857 se anuncia a Joachim (gran violinista berlinés) que él, su madre y mi «novia, señorita Cosima Liszt» irán a Hannover a asistir a una representación de «Lohengrin». En Agosto una última carta de soltero al «camarada» Ricardo Pohl: «mañana temprano, a las 8, llegada del futuro suegro, que ya lo será en verdad cuando recibas estas líneas. A las 11½ casamiento en la iglesia católica; a la una almuerzo; a las 6.30, viaje y a las 3 de la tarde del Miércoles 19, llegada a Baden-Baden. Soy verdaderamente feliz, tanto que cuando pienso en la posibilidad de casarme con otra mujer más tarde, me indigna una idea de tan mal gusto. Mi mujer es una amiga completa. como no puede uno imaginárselo de otra manera». Y ya en Agosto se cumple nuestra acariciada idea de ver a Wagner en Zurich. Bülow estaba con Cosima en el lago de Ginebra. «Ahora celebro una cosa muy diferente de la luna de miel y mi mujer no es celosa», al genio de Wagner. Dejando a un lado todas las miserias de esta vida, tengo la suerte de estar al lado de este grande y buen hombre». Se alojan primero en los «Cuervos» y en seguida, en el «Asilo», como se llama la casita de Wagner. Bülow se ocupa de sacar en limpio al «Tristán», de cuyo tercer acto está muy conmovida Matilde Wesendonk. Tocan el «Siegfried» y Wagner canta las partes correspondientes. Elisa Wille asiste a estas reuniones. «Cosima», así cuenta Wagner, en su *Vida*, escuchaba con la cabeza baja y no hacía manifestaciones de ninguna clase. Cuando se le hablaba, se pone a llorar».

A fines de Septiembre se trasladan Bülow y su mujer a Viena.

«He tomado mucho cariño a Hans y a Cosima, escribe, Wagner a Liszt». «Los ví partir con mucho sentimiento». Nos hemos comprometido a encontrarnos otra vez en el próximo verano. En Julio de 1858 acuden Bülow y su esposa a la cita. Llega también la señora Mina Wagner que es recibida por su servidumbre con arcos de triunfo y flores. Arde ésta en cólera contra Matilde Wesendonk. Los esposos Wagner dan lugar a una «terrible escena» ante Bülow y su esposa. El cantor Tichstchek, es el único huésped de la casa de Wagner. Wagner desocupará esta casa, su situación es desesperada. Los sufrimientos se comunicaron a todos. «Amigos cobardes, siniestramente inquietos. Inconsolable consunción». Liszt no aparece. La condesa d'Agoul que aloja en el Hotel Baur-au-Lac, visita a su hija y yerno. «El 16, me dejan los esposos Bülow, Juan en un mar de lágrimas y Cosima silenciosa y sombría». Pasando por Ginebra, se dirige Wagner a Venecia. Allí lo alcanza una carta de Bülow en la que le dice de Cosima: «Ha acostumbrado hasta ahora a reprimir su locuacidad delante de ti, retraer sus modales abiertos y expansivos. Ha habido en esto una falsa cortesía por el respeto a tu persona. Teme todavía que la creas infantil e insignificante para poder amarte y entenderte. Y es ella una de las muy pocas personas que desearía precisamente eso». Minna no contestó a Cosima.

En Enero de 1859 ha dirigido Bülow en la «Sing-Akademie» de Berlín los «Ideales» de Liszt y desafiado los silbidos del público con el espíritu de lucha que no se le puede negar a este don Quijote; pero Hülsen ha dado al «Lohengrin» en la ópera. «Mi esposa, escribe Bülow al amigo, «limpiadora de botas y comisionista» está fuera de sí de encanto y yo mismo tan dichoso por esto como molesto por lo que se ha aflijido a causa de la tempestad que ha caído sobre mí y que todavía dura». Cosima dirige a Wagner una «loca carta» y se avergüenza de ella: «tú lo sabes, ella también te ama. Hemos llorado juntos. Actualmente hospeda a Daniel en su casa, enfermo del pecho desde Agosto a Diciembre. Después muere su hermano, apagándose lentamente». Sus últimos días, dice su esposo, fueron noblemente aliviados con los cariñosos cuidados de mi buena mujer». Wagner da conciertos en 1860 en París y Bülow es su fiel ayudante. Cosima da a luz en Berlín a una hija, Daniela Senta; francamente, escribe, esto fué más terrible de lo negro que me lo había imaginado». Fiasco del «Tanhauser» en la ópera de París. La fiesta musical de Weimar. Parte Wagner con Blandine y Olivier a Reichenhall donde Cosima hace una cura de leche. Sostienen las hermanas alegres conversaciones, a puertas cerradas, pero se oyen sus risas.

Wagner dice que ya que su padre no se ocupa de ellas, las va a adoptar como hijas y bromea por las vivezas de Cosima. Tiene ésta a la despedida, una casi tímida mirada de interrogación para Wagner.

En Febrero de 1862 se traslada Wagner a Maguncia para quedar más cerca de su editor Schott. Aloja en casa del arquitecto Frickhöffer, cerca del Rhin, al lado del castillo. Cosima y Bülow lo visitan allí en Julio. Toca Wagner en su piano Erard. «Los maestros cantores». «Prescindiendo del sentido y del objeto de la obra, escribe Cosima a Liszt, se podría comparar el trabajo artístico con el del sagrario de San Lorenzo de Nüremberg. Lo mismo que el escultor, ha encontrado el artista la forma más graciosa, fantástica y pura». También Schnorr, el predestinado Tristán, aloja con su esposa en la casa de Wagner. Paseos por las orillas del Rhin, a Bingen, Schlangenbad, Drachenfels (Wagner hecha de menos su cartera). Asisten en Osthofen a un matrimonio de aldeanos. En Wiesbaden pierde Cosima 10 Louisdor en la ruleta, la mitad de un honorario de teatro de Wagner y que éste se encarga de volverlos a ganar. Cuando canta en Biebrich la despedida de «Wotan», experimenta Cosima la misma impresión que en Zurich» con sólo la diferencia que en esta ocasión, el éxtasis se ha convertido en apacible transfiguración. Todo es silencio y secreto. Me tomó de tal manera la seguridad de que me pertenecía, dice, que, en plena excitación excéntrica, no pude ya contener mi arrogancia ya desahogada». La conduce por su propia mano al hotel de Francfurt en un coche de una rueda. Amenaza a Wagner una catástrofe, Schott no le paga. Cosima se ha enfermado. «Representa una admirable comedia, escribe Bülow a su hermana, al vivir todavía conmigo, pero soy de una naturaleza tal que me sobrepongo a lo femenino; mi mujer es de un espíritu tan fuerte, que no sólo no necesita de protección, sino que más bien me la ofrece a mí».

En Octubre parte Cosima a París, visitando de paso a Wagner en Francfurt. Blandine ha muerto de parto en St. Tropez. A principios de 1863 se dirige Wagner a San Petersburgo, pasa a Berlín, come con Bülow, pasea con Cosima en un coche tapizado de atlas color gris del Hotel de Russie. Cosima está embarazada. Cuando vuelve Wagner de Rusia, da a luz una hija que llama Blandine. Una tercera visita de Wagner a Berlín en este año. Vuelve a pasear con Cosima en coche: «esta vez, callando, dejamos las bromas a un lado, nos miramos mudos, abrumados del vivo deseo de confesar el peso de una verdad cuya infinita desgracia no necesitaba de palabras para expresarla». «Los años que mediaron de la separación de Cosima en Zurich, se disipan en

Wagner como «un sueño desierto, entre dos días de la más grande decisión de la vida».

En Mayo de 1864 se encuentra Wagner en la corte de Luis II, «el joven magnífico», «el rey querido». Empiezan las luchas por la fama. El 29 de Julio escribe Wagner de Starnberg a Elisa Wille: «Ayer llegó la señora Bülow con sus dos hijas y una aya». Su esposo la seguirá inmediatamente. Viene muy nervioso y pasa continuamente enfermo. «Agréguese a esto un matrimonio desgraciado, una joven esposa, adornada de increíbles dones naturales, imagen admirable de Liszt, pero superior a éste en inteligencia». Cosima se desempeña ante Wagner, como se lo expresa un día a Lenbach: «Cada día comprendo menos cómo un ser como Wagner ha podido llegar a este mundo que habitamos. Yo no pienso sino en cumplir la misión en que descansa mi felicidad». Le obsesiona la idea de separarse de Bülow. Este es llamado para dirigir la orquesta del rey en München. Yendo un día a la iglesia en Carlsruhe, Cosima con Liszt, le habla a éste sobre sus proyectos. Liszt evita la conversación y escribe a Carolina Sayn-Wittgenstein influya en las determinaciones de «Cosette». La sigue a München y Starnberg. En Septiembre visita a su padre en Weimar; se arrodillan juntos en Berlín ante la tumba de Daniel. Acompaña a Liszt a París. En Abril de 1865 nace en München «Isolde» cuyo padre es Wagner. En Agosto se trasladan Bülow y Liszt a Hungría. En Agram se sienta Cosima a la derecha del arzobispo Primas. Desde el Vaticano agradece Liszt a Carolina «la prudencia y cordialidad con que se ha expresado de la situación creada entre Cosima y Bülow. En Enero de 1866 fallece en Dresden Minna Wagner. Los enemigos desean ansiosos el escándalo. En Febrero pide explicaciones Bülow al diario policial de Augsburgo por haber publicado la noticia de que el día del entierro de la esposa de Wagner, se presenta Cosima a la comedia de München con un ostentoso traje blanco. Se queja Bülow de esta «impertinente falta de decoro», pues «la señora von Bülow es la hija del reverendo padre Liszt de Roma, que no figura en actos públicos, puesto que no es artista, cantatriz, escritora, etc., es sólo una señora cuya fotografía no se vende ni se exhibe en las tiendas de artes. En Marzo dirige Bülow una carta a Carlos Bechstein, diciéndole que «su esposa se traslada por quince días a Ginebra, a casa de Wagner. Este pobre solitario necesita de un poco de consuelo y amistad». Se va con los niños y ocupará por de pronto la villa de «Les Artichaux» y después, en Lucerna, la casa de campo de Tribtschen, rodeada de álamos frente al lago y del escenario de Rigi, Bürgenstock y Pilatus por los otros lados. He convenido con Cosima

de que se separe otra vez de Wagner, para volver después y quedarse definitivamente con él. En Abril la encontramos con Liszt en Irlanda. En Mayo ha vuelto a Lucerna, Bülow está excitado y no sabe qué partido tomar. La sigue y para encubrir las apariencias, permanece dos meses con ella. Está de acuerdo en la separación, pero se le rechaza la proposición de que Cosima y Wagner se casen dos años más tarde, permaneciendo ella mientras tanto en casa de su padre. Bülow reta a duelo al redactor del «Correo popular de München», Luis II castiga al opresor con un saludo a los «queridos huéspedes de Tribschen» por medio de una carta en que se habla del noble y magnánimo carácter de su estimada esposa». En Agosto confía Bülow sus «penas» a Joachim Raff y comunica a «Bechstein» su traslado en calidad de soltero a Basilea». En Febrero visita a Cosima que ha dado a luz una mujercita. Se la inscribe en el Registro Civil con el nombre de Eva María, hija legítima del Director de la orquesta real de Baviera, Hans von Bülow, residente en Lucerna y de Cosima Francica Liszt». Se convino en que la familia Bülow, sin Eva, se traslade primeramente a München. Se arrienda una casa en la calle de Arco, en la que ocupa Wagner dos cuartos. En octubre celebra Liszt una conferencia con Wagner en Tribschen cuyo resultado se ignora.

En Mayo de 1868 escribe Wagner desde Tribschen a Elisa Wille: «mi noble amiga está ya desde hace mucho tiempo con sus hijos en casa. No vemos a nadie». En Junio, estreno de «Los maestros cantores» en München. No voy a Lucerna, dice Bülow, pero mandaré allí a mi mujer y a mis hijos a tomar aires. Le escribe a su hija Daniela que ya la ve saltar con Loldi en las playas del lago, donde el buen tío Ricardo les dará hospedaje. «A pesar de todo, el «pauvre papá», los quiere. En Noviembre comunica a Bechstein: «mi mujer, enferma del ánimo, se traslada a Versailles, a casa de su hermanastra. Ud. comprenderá que esta separación, indispensable para su salud, no me tiene muy contento». En Abril de 1869, está otra vez Cosima en casa del «muy solitario Maestro» y Bülow «enteramente solo». Le sobrevienen impulsos de «librarse un día de sus pesares». Se reconoce ser un mal nadador». Por Pentecostés, primera visita en Tribschen del profesor Nietzsche de Basilea. Cosima viste un traje de cachemira color rosa, adornado con ensajes legítimos y sombrero florentino con una corona de rosas color carne. La genial mujer de Bülow, hija de Liszt, entusiasmó al Profesor. El 6 de Junio nace Helferich Siegfried, el hijo: terminación del «Siegfrid». Bülow se queja a Cosima de la crueldad de su suerte. Ha hecho bancarrota, reconoce, sin embargo, que ella tiene en

todo razón y no vuelve atrás. Se dan pasos para la separación. Le pregunta, entre tanto, a Bechstein si no se encuentra en Berlín un boticario compasivo que le suministre una dosis de ácido prúsico. «Estoy agotado». En Junio se presenta Wagner a Elisa Wille como casado ya con Cosima. «Cosima sabía que debía ayudarme y lo ha hecho». Ha desafiado el oprobio y tomado sobre sí la responsabilidad». El 18 de Julio se declara la separación de Bülow en favor de los recién casados. En Agosto bendición matrimonial en la iglesia protestante de Lucerna». Sólo una semana después de efectuado el matrimonio de Cosima, he tenido noticia de él por los diarios», escribe el abate Liszt a Carolina, pues Cosima no me escribe desde hace un año». Nietzsche es testigo, pero es soldado de sanidad en Francia. Aparece por Navidad en Tribschen con un escrito para Cosima sobre «el concepto dionisiaco del mundo».

El matrimonio de Wagner es una forma ideal del espíritu de la vida, es en esta época plebeya, no sólo para Nietzsche, un acontecimiento extraordinario. Nadie se somete mejor a él que Bülow, cuyo respeto por Cosima, la «Madame», celebra desde Roma, «considerándola la grande y digna compañera del más grande poeta y artista de nuestro siglo». Nietzsche le envía en el año nuevo de 1872 el «Nacimiento de la Tragedia» que Cosima le agradece porque le ilumina el «Tristán», la impresión más fuerte de mi vida». El 25 de Abril abandona Wagner Tribschen y se traslada a Bayreuth. «Vagamos entre las ruinas», escribe Nietzsche a Gersdorff. «Domina la pena por todas partes en el aire y las nubes; el perro no come, la servidumbre solloza. Empaquetamos los manuscritos, las cartas y los libros; ay, qué dolor! La familia de Wagner vive al principio en Bayreuth solo de la fantasía. Se coloca en Pentecostés la primera piedra del teatro y de la casa. Se reconcilian, por fin, Wagner y Liszt. Por tu intermedio dice el más joven al de más años, se ha acercado confidencialmente hacia mí tu renacida e íntima esencia que ha colmado mi anhelo». Pero Liszt no asiste a la fiesta y Wagner se desengaña. Sólo en Agosto le es permitido recibir en Bayreuth la visita «del grande y querido amigo». Cosima, es en verdad, escribe Liszt en Septiembre a Carolina, mi «terrible fille», como la llamaba antes, una mujer extraordinaria, de grandes cualidades, altiva ante el juicio de la multitud, y digna de la admiración que inspira a los que la conocen, desde su primer marido Bülow. Se ha dedicado con todo entusiasmo a Wagner como Senta en el «Buque Fantasma». Será su salud. porque la oye y sigue sus consejos. Cosima se sobrepone a sí misma. Pueden otros conde-

narla, pero para mí es un alma digna del perdón de San Francisco, y de la manera más admirable, mi hija».

El año de 1876 es el de la primera representación de las fiestas de Bayreuth, el triunfo! Liszt asiste al «Ring». Luis II invita a Cosima a su palco y sus hijas obsequian al rey un ramo de flores. Este es también el año de la caída de Nietzsche. Ya había dicho en Mayo de 1875 a Cosima que el trozo de piano del «Crepúsculo de los Dioses», era «el cielo en la Tierra». Ahora se dirige a Llingenbrunn. «Me disculpé ante Wagner sólo con un telegrama fatalista». En Otoño se encuentra con Wagner en Sorrento, pero el poeta compositor vive únicamente en el misticismo del «Parsifal». Nietzsche envía a Bayreuth dos ejemplares de su «Humano, sobrehumano». Cosima está arredrada de este libro dedicado a los espíritus libres». Es triste ser mezquino y falso, escribe a la hermana de Nietzsche, petulante y pobre de alma», y concluye con estas palabras de conmiseración: ojalá aproveche la traición». En Febrero de 1882 ve Nietzsche en Génova a Sarah Bernhardt en «Dama de las Camelias». «Me recordó, dice, en sus efectos y manera a la señora Wagner». Pero no puede librarse del culto que le inspira la amiga. Después de la muerte de Wagner lo pinta de la manera siguiente en una carta que dirige a Cosima. «Ud. ha vivido su destino al que ha sacrificado todo y aún más allá del amor por aquel hombre, creó Ud. lo más alto, lo más grande que haya ideado el amor y la esperanza. A Wagner sirvió Ud., a él perteneció Ud. y dió para siempre su nombre, al que no ha muerto con la vida del hombre, pero que nació como él. De esta manera la miro hoy a Ud. Así la ví antes, aunque a gran distancia y siempre como a la más estimada señora que ha honrado mi corazón. «La señora Cosima Wagner, declara en 1887, es la única mujer de gran estilo que he conocido, pero carga con la responsabilidad de haber echado a perder a Wagner». Cosima es para Nietzsche la divina Ariadne». Concluye su carta este loco con esta frase: «Ariadne, te amo».

En Noviembre de 1882 se encuentra Liszt en Venecia como huésped de la familia Wagner que ha arrendado al Duque de la Grazia el entresuelo del palacio Vendramin y describe el andamento» de la casa «como» «umilissimo sclavissimo» de la princesa Carolina. Permanece allí hasta Enero de 1883. El 13 de Febrero fallece tranquilamente Wagner de un ataque al corazón, apoyado en las espaldas de la esposa que no había sospechado semejante fin. Cosima está en peligro de muerte. Llega a Bayreuth, donde el ruso Jukowsky, Adolfo Gross, Hans Richter, Hermann Levi han transportado el cadáver de Wagner. Dirige,

más tarde, entre bastidores las representaciones, del teatro de Bayreuth. «Mi hija Cosima, escribe Liszt a Carolina, hace lo posible por no sobrevivir a Wagner». En 1884 la ve solo por un minuto en tinieblas, después de los ensayos de «Parsifal». En 1886 visita a su padre en Weimar; en Julio él a ella en Wahnfried con motivo del casamiento de Daniela con Thode. De Colpach en Luxemburgo, donde visita a Munkacsys, vuelve al «Tristán» y «Parsifal». Cae a la cama el 1.º de Agosto. Cosima ha cuidado casi 50 años la herencia del teatro de Wagner. Dirige las representaciones de Bayreuth al través de dos generaciones, aún más allá del plazo de protección legal de las obras de su marido y de la guerra mundial, como una norne, o sea, la diosa de la suerte que vive en un pozo, al lado de las raíces del árbol sagrado del mundo, regándolo constantemente en un ambiente que no había conocido.—PAUL WIEGLER.

(Traducido del alemán por el Dr. Aureliano Oyarzún).

## BARRES, ZOLA, BARBUSSE.

**E**NTRE 1900 y 1910 se afianzó la tendencia espiritual que todos hemos sentido en grados diversos y que cada cual interpretó según su idiosincrasia. Unos la aplicaron al ideal de las derechas y otros al ideal de las izquierdas.

Maurice Barres había publicado por entonces *L'Appel au Soldat*, *Les Déracinés*, *Sous l'oeuil des barbares*, todas las obras que le dan silueta. Por encima de su instinto, irrespetuoso en todas partes, la juventud abría para él un paréntesis auspicioso. La obra bien afirmada, el mismo distanciamiento, la magia de un estilo impregnado de raíces helénicas, levantaban un revuelo de adhesiones. También entraba por mucho la saludable irradiación de la voluntad realizadora y la rapidez del encumbramiento que había dado, en un lustro, al fundador anónimo de la revista juvenil *Taches d'encre* dos sillones ganados a fuerza de energía; uno en la literatura y otro en el Parlamento.

Se anunciaban los roturadores de la reacción victoriosa que acabó con las torres de marfil para dar a los escritores un sentido humano en medio de las luchas modernas. Barres se lanzó por el camino de la tradición y de los principios conservadores. Otros eligieron, cediendo a las exigencias de la hora,

el sendero de las teorías avanzadas. Pero al margen de las preferencias de doctrina, todos saludamos, en conjunto, la corriente hacia la acción social, que debía ser después una de las distintivas de la literatura del siglo, hartos de la contemplación parnasiana, hostil al indiferentismo decadente, orientado hacia la identificación del poeta con las corrientes que animan a la colectividad.

Fué Barres uno de los conductores del movimiento que con o sin el nombre de arte social, empujó a Daudet y a Maurras hacia las derechas y a Mirbeau y Zola hacia las izquierdas, en medio de la movilización de talentos que dió a la política cierto sabor de optimismo. Partidario del general Boulanger, líder en el asunto Dreyfus, teórico, durante la guerra, de la unión sagrada, Barres desarrolló en las diferentes etapas de la vida de su país una campaña resuelta, sin que esa actitud de combate fuese obstáculo para la realización de la obra artística. El roce con las muchedumbres; el paso por la plaza pública, la vibración del mitín, no quitaron al luchador su refinada sensibilidad, ni su lirismo.

Demás está decir que desapruébo el nacionalismo patrioter y la tendencia cesarista. Pero hay que celebrar la entereza con que Barres defendió su credo. El arte y la acción, la literatura y la propaganda se confundieron dentro de una sola aspiración, que fué el eje de su existencia. Académico y diputado, supo distribuir su tiempo entre la erudición y la polémica. Quien escribe este artículo le vió afrontar los denuestos de una asamblea hostil. Cubierto al principio de injurias, amenazado individualmente, expuso, sin embargo, su convicción contra viento y marea; y si su voz no cambió el sentir de la mayoría, impuso, por lo menos, el respeto ante una opinión.

Estrechamente ligado a sus mayores, Barres representó, acaso, dentro de su concepción retardataria, la última chispa del incendio napoleónico y nada es más difícil que explicar la paradoja que le hizo ser al mismo tiempo tan provinciano, tan patriota y tan universal.

Personalmente, era un hombre seco, poco comunicativo, que cultivaba escasas amistades. Sólo hablé con él una vez:

—*Je suis un peu espagnol*. . . —me dijo, confirmando las predilecciones de turista que le llevaron a escribir sobre Toledo páginas inolvidables.

Son las únicas palabras que recuerdo de nuestro diálogo, que debió ser escueto y duro como el horizonte de Castilla.

Emilio, resulta, desde luego, mucho más comunicativo, mucho más grande, no sólo por la obra y por la acción, sino por el

concepto de la evolución humana. En la *Novela de las Horas y de los Días* he dicho toda mi admiración por el novelista y por el hombre de conciencia. Ese libro es un diario de notas y en las que corresponden a la fecha en que murió el autor de *Germinal* dejé correr a chorro limpio el entusiasmo juvenil.

Al abismo sin fondo del asunto Dreyfus arrojó Zola cuanto tenía y podía tener; reputación y destino. Porque en las rudas polémicas de aquellas horas, confundiendo la actitud del ciudadano con el talento del artista, la pasión se traducía en negación global. Extinguidos hoy los rencores en generaciones nuevas que aquilatan lo durable, la gran figura recupera sus proporciones y su relieve. Serenado el mar, se abre el ciclo de la apreciación exacta. Siempre se regatea al vivo lo que de antemano se sabe que se ha de conceder al muerto. Pero han transcurrido los veinte años al cabo de los cuales, según Víctor Hugo, padre común, renace el escritor de sus cenizas. Y el grupo fiel que desde hace varias décadas se reúne en Medan en los primeros días de Octubre rinde homenaje a la vez al hombre de acción y al novelista austero.

Casualmente Henri Barbusse—que es el *aboutissement* dentro de la trilogía, y a mi juicio el más grande porque en él cuaja y se cumple el recorrido de la espiral, primero intervencionista, después denunciadora y constructora al fin de vida nueva—acaba de publicar sobre Emilio Zola una obra fundamental.

La figura de Barbusse es clara y significativa. La aspiración del escritor a magnificarse purificando el medio que le rodea cobra bajo su pluma el sentido revolucionario que corresponde al momento. La guerra alteró el ritmo de todas las cosas y fiel a la pauta nueva, la voluntad renovadora enlaza el lirismo con la sociología, para concretar ideales, trocando el ensueño indeterminado en ímpetu concreto hacia la reconstrucción.

Alto, flaco, sarmentoso, como si surgiera en él el zumo de doloridas tierras pedregosas, Barbusse mantiene su apostolado por encima de los intereses. Se diría que el pensamiento absorbe al hombre y le empuja, ajeno al cuidado de sí mismo, hacia una indefinida elevación, sin quitarle la sencillez pristina y el gesto familiar.

Todos los conocimientos, todas las metamorfosis, todo el avance de la humanidad ha sido ganado con ayuda de divergencias. Son los descontentos, son los cismáticos los que han impuesto en los siglos el progreso de los pueblos con su correntosa rebeldía. Barbusse puede ser el prototipo de los intelectuales que hoy pugnan por derribar un límite. Límite que re-

sultará acaso mañana tan falso y tan convencional como otros límites que se han salvado en otras épocas. ¡Hay tantas verdades que parecían intangibles y que el espíritu renovador del hombre substituyó por verdades nuevas en la marcha ininterrumpida hacia la superación!

Limitándonos al panorama francés, podemos así sintetizar en tres nombres—sin que esto implique negar la influencia de otros igualmente ilustres—la evolución de la literatura hacia la acción. Unos defienden principios de autoridad y disciplina. Otros propagan tendencias de emancipación igualitaria. No hemos de juzgar ahora las doctrinas, ni hemos de insistir, mucho menos, sobre nuestras preferencias. Lo que importa, en general, es el deshielo de las alturas, el declive que arrebató a los escritores por el cauce de la vida hasta los remolinos del pensamiento contemporáneo. Ya no son posibles las tan mentadas torres de marfil. Nos hallamos sitiados por grandes problemas. Desde el punto de vista X, o desde el punto de vista Z, todos hemos de contribuir a estudiarlos, y, como consecuencia lógica, a resolverlos.—M A N U E L U G A R T E.

Especial para *Atenea*.—Niza, Marzo 12 de 1932.—(Reproducción prohibida).

## ELEMENTOS DEL TEATRO

**U**N arte no se renueva por el exterior, en tanto que la sensibilidad del artista no ha cambiado, las formas que él emplea para realizarse no tienen razón alguna para cambiar. Pero un alma nueva impone nuevas formas.

El teatro nuevo no es el resultado de simples modificaciones del decorado ni la creación del algún *metter en scene* de fantasía más o menos ancha. Es el producto del espíritu que anima la vida de la post-guerra.

En Francia, desde Jodelle hasta Bataille, el teatro ha evolucionado en línea directa sin otras modificaciones que aquellas que conciernen al tiempo de duración de la obra, a la unidad o multiplicidad de los decorados u otros detalles puramente exteriores. El fondo mismo del drama no se ha modificado. Su única manera de expresión ha sido el texto.

Una nueva visión del mundo, nuevas maneras de pensar y de sentir, exigen un teatro que les corresponda. Nuestra sensibilidad no está de acuerdo con el contenido dramático rutinario. Hasta ahora el teatro nos ha dado un esquema del hombre de-

masiado incompleto. Cada dramaturgo lo ha estudiado desde un punto de vista diferente; se le ha cambiado de situación social y hasta de lenguaje; se le ha hecho marchar a través de las más diversas intrigas. Pero siempre ha quedado el hombre, el individuo analizable, tal que lo inventaron los humanistas. Y el hombre, en realidad, es mucho más que eso. Junto a su vida consciente, corre el río de su vida inconsciente. Sus sueños oscuros, su memoria adormecida, sus instintos contenidos los complementan. En la sombra de su alma habitan los antepasados y el niño que fué y los otros hombres que hubiera podido ser. Y todo eso no acusa su presencia en el campo de la consciencia sino por breves relámpagos, formando esa vida sombría y silenciosa que es su otra vida. Materia dramática inexplorada y riquísima.

Los grupos humanos tienen una vida propia, independiente de la de los individuos que la componen. Y al igual que un carácter aislado, cualquiera comunidad es una entidad dramática.

Pero el universo no es sólo el hombre y los grupos humanos. En torno a ellos está todo lo que vive, todo lo que vegeta, todo lo que existe. Toda la vida diaria y su misterio: la silla preferida, el árbol, la puerta que se abre o se cierra, la alcoba, la mesa con su olor a madera vieja, y la lámpara, y el lecho y el mecánico corazón del reloj. Son las personalidades inanimadas como la fábrica o el navío, el bosque o la montaña. Quedan aún las fuerzas de la naturaleza: el sol, el océano, el viento, el calor, la bruma, la lluvia, más poderosa que el hombre y que lo oprimen, transforman su cuerpo, pesan sobre su voluntad, sellan su alma.

Estos son los grandes dominios de la nueva dramaturgia. Se extienden hasta el infinito. Después del hombre y de su misterio interior, después de las cosas y su misterio, quedan los misterios más grandes: la muerte, las presencias invisibles, todo lo que está por encima de la vida y de la ilusión del tiempo.

Basta hacer este ligero inventario de toda la riqueza que se ofrece al teatro nuevo, para darse cuenta de la insuficiencia de los procedimientos tradicionales en el momento de abordarla.

No se trata de hablar de todo esto, hay que hacerlo sensible. El diálogo no traduciría la vida inconsciente. La sola definición mataría su inconsciencia. Y la vida de las cosas exige un medio de expresión que sea adecuado.

Dice Gastón Baty: «El texto es la parte esencial del drama. Es al drama lo que el carozo a la fruta, el centro sólido a cuyo alrededor se ordenan las otras partes, los otros elementos. Es

igual que una vez saboreado el fruto, el carozo asegura el nacimiento de otros frutos parecidos, el texto, cuando se han desvanecido los prestigios de la representación, espera en una biblioteca que llegue el día de resucitarlos».

El rol del texto en el teatro, es el rol de la palabra en la vida. La palabra sirve a cada uno de nosotros para formularnos a nosotros mismos y comunicar eventualmente a los demás lo que nuestra inteligencia registra. Exprime directamente, claramente, nuestras claras ideas. Y exprime también indirectamente, nuestros sentimientos y nuestras sensaciones en la medida en que nuestra inteligencia los analiza; no pudiendo dar de nuestra vida sensible una transcripción integral y simultánea, la descompone en elementos sucesivos, en reflejos intelectuales, como el prisma descompone un rayo de luz. El dominio de la palabra es inmenso, puesto que abarca toda la inteligencia, todo lo que el hombre puede comprender y formular. Pero más allá, todo lo que escapa al análisis, es inexpresable por la palabra.

De nuestros sentidos a nuestra alma hay estrechos caminos que no cruzan la ruta de la inteligencia. La alegría directa, inmediata, que nos da un hermoso cielo, un bello paisaje, un cuerpo hermoso, la volvemos a encontrar purificada, pero no menos directa e inmediata en la obra pintada o esculpida que ha inspirado; y no encontramos nada de ella en los comentarios literarios que dicha obra suscite; el placer que estos comentarios puedan proporcionarnos será absolutamente diferente. Así, intervienen en ese drama los medios de expresión plásticos, coloreados, luminosos. Luego todos los otros: juego, mímica, ritmo, ruidos, música. etc.

Gracias a ellos podremos escapar a la rutina, pasar las fronteras, traducir en el drama integral, nuestra integral visión del mundo.—A. ROJAS GIMÉNEZ.

## UN JOVEN ESCRITOR CHILENO, JUAN MANSOULET

**A** Juan Mansoulet le conocimos algunos años atrás. Estudiaba en el Conservatorio de Música. Todas sus aspiraciones convergían a ser concertista. Le entusiasmaba poder interpretar algún día, una vez en posesión de la técnica, a sus músicos favoritos. Además, como una posibilidad económica que le ayudaría a satisfacer su pasión por el viaje, por el nomadismo sin intermitencias, pues en Mansoulet existe la auténtica cali-

dad del vagabundo que va desarrollando la cinta de los caminos, el nudo monótono de los pueblos, por una necesidad ingénita, tan imperiosa como si fuera biológica. Lo estático para él no tiene sentido. Su dinamismo endógeno le obliga a pragmatizar en acción exterior, su deseo de fuga, su irremediable cariño por el viaje. De ahí que, de pronto desapareciera de la ciudad, sin alcanzar su cartón de concertista, para lanzarse al vagabundaje necesario. Después de varios años ha vuelto como representante del Mundial Circus y hecho todo un escritor.

Hemos conversado largamente con Juan Mansoulet. Su gesto pausado, lento, poco a poco fué animándose. Su voz se hizo firme, resuelta, al ir desgranándonos su vida circense que Juan Mansoulet empezara como representante del Circo Uruguayo, circo pobre que anclaba sus carpas y su alegría trasnochada sólo en los pequeños pueblos provincianos del sur, como un velero errante y desmantelado por el litoral mediterráneo de la frontera del país. Un día estando en Puerto Octay, a la orilla del Lago Llanquihue, una de las maravillas de la lámpara de Aladino, vigilándola desde el occidente las cúpulas brillantes e inmensas del Osorno y del Calbuco, entusiasmó al empresario para que partieran a la Argentina. Así se hizo y, a lomo de mulas y caballos, la caravana nómada traspuso por el Paso Pérez Rosales la enorme espada de los Andes cuyo filo parte en dos al continente austral. Llegaron a Bariloche y ahí y en otros pueblos aledaños empezó el circo a funcionar haciendo una buena temporada. Pero sobrevinieron algunas dificultades y el circo se disolvió, teniendo Juan Mansoulet que regresar sólo a Chile, en un viaje lleno de peripecias, conociendo el frío desamparado de las cumbres y el hambre mordiente. Pero aquí vuelve a empezar y ahora como empresario del Circo Colón, en el que duró cerca de medio año recorriendo la zona central de Chile, para ir a sufrir un nuevo fracaso económico, quebrando la empresa en Chimbarongo, un pueblecito de huasos tristes.

Después viene una época más incierta aún, luchando a patadas con la vida, conociendo la miseria en sus facetas más humillantes, sabiendo del impotente dolor del proletario. En Santiago, tocando a veces en los cabarets, en un cine o en cualquier parte, es de pronto representante de los Huasos de Pichidehua y un día parte con ellos hacia el norte, en una gira que les es bastante fructífera. En Coquimbo se aparta de éstos, dirigiéndose al Perú, que recorre en su parte sur, dando algunos conciertos de música de Bach, Debussy y Stravinsky, presentándose como pianista francés. Pero el bluff no le sirve en esos pueblos de escasa cultura y donde domina el porcentaje indígena

siendo su éxito económico muy pequeño lo que lo obliga desde Mollendo a retornar a Chile.

De nuevo en su país, Juan Mansoulet se va a Temuco donde trabaja como profesor de piano. Hace clase a particulares en esa ciudad, en Lautaro y otros pueblos regionales. Le va bien, no tiene motivos para quejarse, pero abandona Temuco dirigiéndose a Imperial—la Imperial del Sur que Pablo Neruda encerrara, cantando, en uno de sus *Anillos*—haciendo su residencia en ella. Pero los meses pasan interminables, con sus lluvias sombrías y persistentes, con sus temporales violentos y discontinuos que animan y empujan la cercanía del océano austral. El pueblo le aburre. Una noche va a un circo que da la última función en el pueblo después de una temporada lamentable, se encuentra con un clown amigo y el circo, estando sin representante, deja a Juan Mansoulet como tal.

Al otro día parte con el Circo Arabe, abandonando todos sus compromisos de profesor de piano, su situación económica ya firme, por lanzarse a la aventura de los días inciertos. Viajando de pueblo en pueblo, con alternativas de fracasos y éxitos, llegan a Lonquimay donde el resultado de taquilla es desastroso. Entonces Juan Mansoulet, en alta noche, a las dos de la madrugada, huye del hotel en que estaba hospedado por carecer de dinero para cancelar su estada. Recorre la distancia de Lonquimay a Curacautín a pie, 62 kilómetros andados lleno de frío, con hambre, con el cansancio sujetándole los pasos, con la noche inmensa sobre las espaldas. Pero el alba librándolo, fortaleciéndolo...

Una tarde cualquiera llega al lugar donde habita su familia. El otoño en Perquenco, la quietud mojada y amarilla de la aldea serenan un poco su espíritu. Se dedica un breve tiempo a labores agrícolas que luego le hastían. Una mañana cae en sus manos *Rien de Nouveau dans L'ouest* de Erich María Remarque. Su sencillez,—así nos dice Mansoulet—, su falta de artificio literario, le impresionan. Ve en Remarque sólo a un hombre que cuenta un período alucinante de su vida, sin adornos, escuetamente. Ve que él puede hacer lo mismo y aunque su vida circense, desde luego, no tiene el espectáculo brutal y tremendo, repugnante e infame de la guerra, cree que puede ser de cierto interés vaciar en un libro sus observaciones e impresiones recogidas en el ambiente de los circos. Poco a poco este deseo va dominándolo y haciéndose una imperiosa necesidad, contar lo vivido.

Así nace entonces su libro *Maromeros*—el único que ha

publicado—escrito en algunos meses, por el ex-aspirante a concertista.

«*Maromeros*» no es un libro orgánico. Es cierto que existe la armonía ambiental, la unidad temática. Pero el conjunto se resiente de adornos redundantes; escenas escasamente diferentes en su estructura anecdótica, mas en verdad idénticas, lo que le da monotonía al libro. Tal vez con un poco más de condensación, de supresión de muchas páginas que le quitan interés, habría sido más apretado, más armónico su conjunto. Por eso, antes que un libro orgánico es una serie de cuadros yuxtapuestos, ágiles y vivos, donde la vida de los circos, insignificante y aporreada, aparece observada con precisión y naturalidad. Seguramente por esto alguien lo encontró un poco grosero, sin tomar en cuenta que Mansoulet en su libro ha narrado su vida circense con la mayor fidelidad. Acaso ello sea un defecto, pues notamos en el autor de *Maromeros* una especie de ausencia de capacidad para la creación novelesca, ausencia que nada le quita sin embargo, a su poder narrativo y que tal vez acentúe su manera desordenada de relatar, de conducir el movimiento, sin respeto a las transiciones, sin ningún equilibrio expresivo, pero en forma muy precisa y pintoresca, desde luego.

Digno de elogio es, además, en Mansoulet que en esta época de standardización en la literatura—como en casi todas las actividades humana—aparezca limpio de influencias literarias o ideológicas, aunque usando a menudo un lenguaje que lo traiciona, con muy poco dominio de la técnica, con muchos defectos de estructura, pero donde rebulle un innegable temperamento de escritor al que sería un tanto difícil encontrarle un pedigrée de ascendencias determinadas. Y hay que tener presente que Mansoulet es muy joven aun y ya poseedor de las cualidades esenciales, faltándole sólo aquellas que se pueden adquirir. El sentido de equilibrio, de control, la higiene que da la cultura, harán de él seguramente, al galopar de los años, un escritor completo.—ARTURO TRONCOSO.

## LOS LIBROS

### NOVELA

LA QUINTRALA, por *Magdalena Petit*.

No es para mí un hallazgo el libro de Magdalena Petit (1). Conozco, casi en totalidad, su producción, lenta y honrada. El año pasado publiqué en esta Revista un pequeño estudio, que era una tentativa para precisar el rico espíritu que fluía con tan distintas apariencias a través de su obra dispersa. Creo que logré sacarlo del dominio de lo insalvable—fatal estado del escritor en ciernes—con el fin de preparar la comprensión de lo venidero, es decir, de lo definitivo. Imposible e inoficioso sería agregar hoy algo más sobre la verdadera naturaleza intelectual de Magdalena Petit, que dista mucho de plasmarse con pureza en una obra como la *Quintrala*. Si la auténtica escritora, cuyo libro evidente aguardo, vale más que el contenido de su novela, éste nos muestra un nuevo aspecto literario que, a pesar de completarla, no la revela. Mi exigencia es excesiva, no lo dudo. Pero para llegar a exigir más de un escritor, es menester que éste nos tenga pendientes,

(1) Editorial Zig-Zag, 1932, Santiago.

que gravite y permanezca vivaz como el mar frente a nuestro hondo sentido de las cosas.

La literatura es algo muy superior al bello oficio de escribir; rebasa sus mismas formas y nos hace revivir en gracia de claridad, más aun, nacer como dioses, para vivir como hombres por vez primera. Magdalena Petit sabe quien es el único escritor posible.

Tal vez mis palabras no tengan eco de novedad en un ambiente de cultura cierta, pero no está demás repetirlas hasta la saciedad en el estrecho ámbito de esta América improvisada.

La parca labor de crítico o de penetrante observador del mecanismo humano de Magdalena Petit, es un acicate contra ese tipo de literato profesional, pérfida herencia española. Es una continua y punzante reprobación del escritor prodigioso, que nunca dirá nada, porque siempre tiene algo que decir.

Sin embargo, debemos juzgar *La Quintrala* ateniéndonos a la intención con que, ex profeso, su autor la llevó a cabo. Intención de aliar una realidad teratológica a cierta fantasía natural, imponderable, sin deformaciones. Intención de filmar

in mente algunas escenas culminantes de la vida de esta mujer extraña y caprichosa, que aun echa como un rojo soplo de brujería y aviva el dormido brasero de la Colonia.

El arte puro de Magdalena Petit presta una perfecta unidad a la novela cinematográfica y resucita el alma de las cosas viejas. Su delicado poder de evocación contrasta con las mortecinas reconstrucciones coloniales de algunos chilenos modernos, que dan la sensación de almacenes de antigüedades. Si la *Quintrala* cae hoy en manos de un alienista perdería su misterioso prestigio, que enraíza en la exorcisada, mitómana y atra-yente ignorancia colonial. Dejaría de ser ese personaje lleno de terrible encanto, para convertirse en un caso clínico, frío y blanco hasta la crudeza. El gran mérito de este escritor maduro es el de haberse olvidado de sus conocimientos psicopatológicos y el de haber dejado despuntar apenas su clara intuición moderna, conservando así en la atmósfera de la novela un satánico claroscuro, donde flotan supersticiones fervorosas como verdades inauditas, como ensalmos. ¡No obstante la ciencia, doña Catalina fué una posesa!

Pero el acierto básico del libro—fuera de su alta poesía y de los dones del estilo—es el de haberle concedido capital importancia a la amistad de la *Quintrala* con el *Padre Figueroa*, otorgándonos escenas como símbolos que sintetizan los medios ambientes, el sentido estricto de la vida colonial. ¡A la santa sombra del convento augustino se desarrollaba una cruenta historia de las-

civia y maleficio! ¡Bajo la abigarrada pedrería, ocultos en el cálido aroma de los sahumeros, hervían los más oscuros instintos, las más fé-tidas intrigas!

Magdalena Petit hace hablar a sus personajes con singular maestría. El *Padre Figueroa*, la *Josefa* y *Ñatucón Jetón* se imponen, inolvidables. La visualidad y el oído de Magdalena Petit poseen un máximo de afinación. La perfección del capítulo en que dibuja el milagro del Cristo y la de muchos párrafos rotundos, la hacen merecedora, como dijo otro crítico, de figurar en una Antología. La livianura de Francia apura y suspende su prosa que es, como las lágrimas de Doña Catalina, un brillante en fusión. Confieso que me duele sustraerme al embrujo de citarla, debido a la falta de espacio. En sus páginas—que perdurarán gracias a su pensamiento organizador—se quema el material simple del libro de Vicuña Mackenna, cobra movimiento y vida original *La Quintrala* dialogada de Bórquez Solar. Sin embargo, deploro que el autor no tenga una noción cabal del paisaje chileno, sobre todo, del paisaje aconcagüino, donde el sol se hace pulpa ubérrima, locura vegetal y el néctar de las flores embriaga como un licor. La mañana en una hacienda de Talagante no es espectral, mucho menos si la recorre una mujer crepitante de endiablada lujuria, en cuyas venas hay flujos y reflujos de sangre india, embebida de opulencia campestre. Magdalena Petit puede esbozar paisajes para ciertos estados de ánimo que se confunden con

los de ella misma, sin darse cuenta que, muchas veces, desflocan la raigambre íntima del personaje o estompa su presencia.

Comprende su pudor, que la hace tratar sin fuerza ni acuciosidad, tan solo con sugestión, una de las tantas aventuras del amor sanguinario de Doña Catalina con sus esclavos indios. Pero un valiente análisis de Tupac-Tupac, de Huemul, el hermoso Huemul, y de toda la legión de los que hicieron arder sus entrañas para dormir en la muerte el dulce sueño del amor satisfecho, daría más luz sobre la encandilada lívido de *La Quintrala*, que constituye su razón de ser.

Comprendo este pudor, pero no olvido que, cuando el arte es puro, transfigura, clarifica y ennoblece el más sórdido material humano.

En suma, el libro de Magdalena Petit es el de una artista que avanza segura hacia la primera fila de los escritores chilenos.—*Carlos Vattier B.*

LOS QUE SE VAN. (Cuentos del cholo y del montuvio), por *J. Gallegos Lara, E. Gil Gilbert y D. Aguilera Malta.*

Tres cuentistas ecuatorianos, y de innegables condiciones los tres, han reunido en este volumen *Los que se van* (1) una serie de cuadros criollos impresionistas, a veces con inclinaciones al agua fuerte, en que aparecen, con relieve magnífico, el

(1) Zea y Paladines, editores. Guayaquil, Ecuador.

hombre de la sierra y el pescador de Guayaquil.

Relatos vigorosos en que el hombre y el paisaje se destacan sin esfuerzo visible, plenos de emoción y de naturalidad, con riqueza de estilo en que no se ve el trabajo fastidioso, este libro ecuatoriano nos ha hecho pensar en Javier de Viana y Montiel Ballesteros, y en Horacio Quiroga y en nuestro Mariano Latorre.

La maravillosa sorpresa que nos ha traído este libro pone en evidencia el mutuo desconocimiento que aleja a estos cercanos países de América, unidos casi todos por el intercambio comercial, y separados intelectualmente, como si fuesen pueblos de diversas razas y de lenguas distintas.

Los gobernantes de América no han querido ver, cegados en su politiquería lugareña, que los pueblos se acercan más por el espíritu que por el comercio.

Pero volvamos a este gran libro ecuatoriano. Gallegos Lara es quien nos da la prueba más evidente de la maestría que han alcanzado en el cuento criollo los escritores de Ecuador. *El Guaraguao, Era la mamá, Los madereros y La Salvaje* son aciertos definitivos, que le sitúan entre los mejores cuentistas de Suramérica.

Tal vez el único reparo que en justicia podría hacerseles, y también a los otros autores que integran este libro, sea el abuso de la frase corta, que en muchas ocasiones da la impresión de leyenda peliculera. Pero esto no aminora el positivo valor artístico de sus cuentos.

Enrique Gil Gilbert y D. Aguilera Malta no logran todavía, a pesar de sus cualidades sobresalientes, el dominio que ya alcanzara su compatriota en el arte no muy sencillo del cuento moderno, y que está de manifiesto en casi todos sus relatos. *El Tren* y *El cholo que se castró* nos parecen lo mejor de ambos autores. Acaso les falte cierto encuadramiento de las escenas y de los tipos, y acaso caigan en el pecado bien disculpable de dar importancia excesiva a motivos que no lo tienen. Pero así y todo, la obra de Gil Gilbert y de Aguilera Malta que nos ha sido dable conocer, no es la obra vulgar de los jóvenes prosistas americanos.

Temperamentos bien semejantes los tres, coloristas fáciles, conocedores del pueblo de su tierra y de su lenguaje característico, muestran a toda la América que la tierra de Montalvo tiene grandes valores intelectuales, y anuncian la obra maciza y de enjundia que ya vendrá.

RÍO ARRIBA, novela, por *Alfredo Pareja y Diez-Canseco*.

¿Cuántos novelistas frustrados hay en América y en el mundo? Creemos que no existe género literario que haya tenido tantos cultivadores sin talento como la novela. Y acaso tiene más que otros, porque es cosa sabida que da más dinero que todos.

Este libro (1) ecuatoriano que acabamos de leer pretende encasillarse a sí mismo entre las novelas,

(1) Editorial *Talleres Gráficos*. Guayaquil, 1931.

sin una sola cualidad que justifique su pretensión.

Falto de ambiente, sin paisaje, con muñecos que hablan mal y se mueven como autómatas, no tiene médula humana ni interesa en ningún sentido. Es apenas un libro más.

Y cuidado que su autor tiene publicados dos libros anteriores, que califica también de novelas: *La casa de los locos* y *La señorita Ecuador*, que felizmente no conocemos.

Claro que no es para asombrarse el hecho de que un libro nos resulte malo. Pero, lectores y comentadores muy constantes de toda obra suramericana, nos duele un poco el tiempo perdido en páginas insignificantes, mal escritas y sin contenido apreciable.—C. P. S.

## CRITICA

RECONOCIMIENTOS (Críticas), por *Ramón Doll*.

Talleres Gráficos Argentinos L. I. Rosso. Buenos Aires, 1932.

En un reportaje que se le hiciera al autor de *Reconocimientos* y que viene como prólogo de un libro anterior a éste, titulado *Crítica*, Ramón Doll define certeramente su posición:

De la actual crítica que estamos haciendo en el país, Argentina, (la generación que anda por los treinta o más años, según Doll), creo poder afirmar sin equivocarme que tiene dos características: está dominada, cualquiera sea su etiqueta ideoló-

gica, por un tono afectivo uniformemente colérico contra la producción intelectual y artística; es indisciplinada, no sistemática o en todo caso sistemáticamente negativa.

Por lo menos en cuanto a la crítica que hace Ramón Doll estamos en condiciones de asegurar que esas son sus características ya que no así de la que hace la generación de los treinta o más años, debido a que la desconocemos, no pudiendo constatar entonces la efectividad del juicio de Doll. Por lo demás, esta característica, de persistencia tan agresiva, le dan no escaso interés a la obra de Ramón Doll, poco extensa aún—ha publicado cuatro libros hasta ahora—pero a menudo bastante contentiva de agudeza analítica, de claridad en la exposición y de abundante fuerza dialéctica que lo hacen aparecer entre los jóvenes críticos argentinos como el más preñado de sobresalientes cualidades.

*Reconocimientos*, el último libro de Ramón Doll, es un conjunto de artículos críticos sobre variados temas, artículos alejados en su mayoría de la realidad argentina en la cual acostumbra a hurgar con frecuencia este escritor, ensayando preferentemente el estudio de la literatura autóctona y su relación con el medio ambiente, llegando a conclusiones muy aceptables, penetrantes las más, cuando no a muy finas sugerencias, a proposiciones cargadas del más auténtico sentido crítico y que esperamos ver desarrolladas por el mismo Doll, pues demuestra estar capacitado para ello, ya que es en estudios de esta clase

donde tiene sus aciertos más notorios. También, cuando se preocupa de la realidad política y social de la Argentina.

Los temas tratados en *Reconocimientos*, desde luego con una evidente agilidad mental, son de índole diversa como decíamos, sobresaliendo entre ellos los titulados «La mentira literaria del chaplinismo», «Introspección y locura», «Una palabra sobre la libertad», etc. En este último subtítulo «En el mensaje de «Los hermanos Karamazov» se preocupa Doll del sentido profético de este libro de Dostoyewski, manifestando que «piénsese lo que se quiera es evidente que «Los hermanos Karamazov» resultan una verdadera alegoría anticipada del hecho ruso actual».

Estractemos lo expuesto por Doll.

Dostoyewski, ya en su «Diario de un escritor» decía que el único pueblo de la tierra donde no se ha perdido la esencia de la doctrina de Cristo, es el ruso. Depositario de tal tesoro, es decir, de lo único posible de encender de amor el corazón de los hombres, el pueblo ruso es el llamado a efectuar la conciliación de todos ellos, en la comunidad de Cristo. Consecuencialmente, deberá gobernarlo la teocracia, pues un Estado laico, con poder solamente temporal sin estar subordinado al espiritual «sería incompatible con una misión que trasciende la existencia histórica de ese mismo Estado».

En seguida señala Dostoyewski dos peligros que necesariamente deben ser evitados para que no se trunque el destino del pueblo ruso: el primero, de un poder espiritual que lo

cierre a la comprensión y al ejercicio de su libertad; el segundo, que esa libertad se trasmute en abyección. Entonces, tanto por exceso como por ausencia de libertad podría el pueblo ruso hundirse en la esclavitud. «El anticristo vendría así a sojuzgarlo, ya escatimándole su libertad con los sofismas a que alude «El gran inquisidor», ya inficionándolo con una filosofía de la libertad que en definitiva sirva para encadenarlo al desenfreno puesto que la lógica de la desobediencia es tan férrea como la de la sumisión. Es así como Smerdiakov se convierte en el instrumento ciego de Yvan».

Según Dostoyewski, en el capítulo del «Gran inquisidor», la iglesia católica al anularle la consciencia y el ejercicio de su libertad al hombre, ha preparado el advenimiento del anticristo. «Frente a una iglesia que llama a sus afectos ovejas y borregos, y ante la cual la personalidad del hombre abdica irremisiblemente, Dostoyewski recalca el fervor del pueblo ruso que al conservar en su entraña el sentimiento pleno de la palabra auténtica de Cristo, conserva, por ende, la lucida consciencia de su libertad y responsabilidad. No hay pueblo más digno que el ruso, dice el ztaretz Zozima».

Ahora, para hacer presente al pueblo ruso el peligro que lo espera si se olvida de la única libertad auténtica, es decir, estar inmunizado a la opresión de las pasiones y apetitos, crea Dostoyewski el *karamazovismo* del cual se salvará Rusia sólo por el amor a Cristo. «Y es que sin la base de la ortodoxia todo es peligroso para Rusia y en primer tér-

mino la cultura europea que resulta en verdad un arma de dos filos en manos de un pueblo que no descansa sobre esa base. Dostoyewski indica ese peligro creando a Ivan y Smerdiakov. Una filosofía como la de Ivan llega a la mente de un tarado como Smerdiakov y su efecto desastroso es hundirlo en la locura y la muerte. En cambio, el pueblo sano de Rusia, tiene una instrucción religiosa suficiente como para asimilar la cultura europea, considerándola a servicio de verdades fundamentales que también según Dostoyewski, esa cultura no ha desconocido jamás».

Aquí Ramón Doll se pregunta: ¿Qué recóndita relación hay entre este mensaje de Dostoyewski y la revolución rusa? Qué semejanza hay entre esa misión de salvación que Dostoyewski confía al pueblo ruso, manteniendo incontaminada la ortodoxia cuya consecuencia lógica en la política es el bolchevismo actual? Falta saber qué significación le hubiera dado el escritor a ese hecho: ¿Habría considerado al comunismo como uno de los últimos efectos mortales que sobre el Smerdiakov ruso viene produciendo la cultura europea? O, por el contrario, entendería que Rusia ha comenzado efectivamente a ejercer la misión de universal conciliación que le anunció el profeta?» (1).

(1) No está demás recordar que en «Los endemoniados» Dostoyewski hace decir a uno de sus personajes, el estudiante Chatov, las siguientes palabras:

«Si un gran pueblo no cree que solo en él se encuentra la verdad, si no cree que es el único llamado a resucitar y salvar al universo con su verdad, deja de ser inmediatamente un gran pueblo para convertirse en materia etnográfica. Jamás un pueblo verdaderamente grande podría contentarse con desempeñar un papel secundario en el mun-

En verdad la interrogante apasiona, como dice Doll y sería de extraordinario interés pretender dilucidarla, desde luego empresa sumamente difícil, pero cuya tentativa no estaría exenta de compensaciones. Doll acaso podría desarrollarla.—A. T.

## HISTORIA

HISTORIA DE LA MEDICINA, por  
Juan Marín.

En un folleto (1) ha editado Juan Marín su interesante lección inaugural dictada en la Universidad de Chile el 25 de Abril del presente año e intitulada *Introducción al estudio de la Historia de la Medicina*. Marín es un espíritu múltiple y ante todo profundamente artista. Un tema de esta naturaleza se transforma por la sugestión que le imprime el autor, en un panorama lleno de vibración y de interés. No es una lectura árida, como lógicamente lo sería en manos de investigadores sin otra norma que el dato objetivo. Este opúsculo de apenas 25 páginas encierra, en rápidas pinceladas la historia de la medicina desde sus orígenes hasta nuestros días, y su lectura tiene todo el atractivo de un novedoso ensayo. Además el profano puede penetrar sin esfuerzo en un campo considerado sólo como pri-

do, ni siquiera le basta un papel importante, es preciso absolutamente que sea el principal». *Los endemoniados*, tomo segundo, Colección Universal, Madrid, 1924.

(1) Imprenta de la Armada. Santiago, 1932.

vativo de los hombres de ciencia. En la historia de la medicina puede seguirse, paso a paso, la historia de la humanidad, en sus alternativas de progreso y en su obstinado empeño por apartar las sombras que la ignorancia o la superstición han colocado frente al hombre. Y esto por razones que el propio autor da en la página 6 de su folleto:

En la Historia de la Medicina interesa tanto el más simple elemento narrativo como el más valioso documento bibliográfico.

Hay en ella una mezcla de leyenda y de historia; hay elementos místicos y experimentales; hay componentes artísticos, casi diríamos estéticos, a la vez que factores del más puro cientismo.

No podemos desperdiciar ni los unos ni los otros.

Hay, por otra parte, una gran lección de moral y de fe, del hombre en el hombre que parece desprenderse y flota sobre toda la historia de las ciencias, especialmente de la medicina; el ejemplo de Empédocles o de Miguel Servet, de Paracelso o de Luis Pasteur, de Roberto Koch o de Fernando Widal, despiertan en nosotros el ansia de emulación, el apetito de perfeccionarnos y de realizar también grandes o pequeñas cosas.

En el poeta que es Marín, hay un crítico. En el crítico hay un hombre de ciencia. Toda su personalidad es la de un espíritu de ondulante inquietud. Su lección inaugural lo muestra como un ensayista y además como un profesor que sabrá animar la materia para ofrecerla en interesantísimas lecciones. Esta lección inaugural es la mejor prueba.—D. M.

POESIA.

LAS MEJORES POESÍAS LÍRICAS DE  
LOS MEJORES POETAS, por *Juan  
Guzmán Cruchaga*.

A los nombres de Gabriela Mistral, Daniel de la Vega, María Monvel y Carlos Préndez Saldías, que la Editorial Cervantes incluyera hace tiempo en su Biblioteca de los grandes poetas, añade ahora el del emocionado autor de *Agua de Cielo*.

Chile es el país suramericano con mayor representación en esa Biblioteca. Y esto puede servir de argumento no despreciable para los que afirmaron alguna vez que en estas tierras sólo se daban los historiadores mediocres.

El bien ganado prestigio de que goza en América Juan Guzmán Cruchaga tiene ahora su resonancia en España, donde la consagración no es cosa fácil para los valores de este continente y donde siempre se acoge con reservas toda obra escrita en español por quien no viva en la península.

Pocos poetas chilenos tienen, como Guzmán Cruchaga, una labor tan depurada y tan simple de poesías auténticas. Desde *Junto al brasero*, su obra juvenil, hasta *Agua de Cielo* hay en los cantos de este lírico una depuración ascendente que ya ha logrado dar la pequeña obra maestra, fuera de todas las escuelas y de todos los pasajeros movimientos artísticos.

Con elegancia espiritual va diciendo su canción angustiosa sin la violencia de una mueca, cuidándose

de sugerir más que de expresar, y dando un leve tinte de melancolía al ritmo aristocrático de su estrofa.

Poemas suyos viven en boca de las gentes, como esa bellísima *Canción* que ya se ha popularizado en Chile, y su poesía *Los Caminos humildes* ha sido publicada en innumerables revistas de América.

Esta selección que de sus versos hace la Editorial Cervantes no es sino el reconocimiento muy justiciero a uno de los grandes valores de la lírica nacional, ya consagrado definitivamente por sus cinco libros editados en Chile y difundidos en toda América.

Transcribimos su bellísima poesía *Una voz decía...*, que pone de manifiesto su riquísimo temperamento lírico y su absoluto dominio de la forma:

La luna me besa  
la boca quemante...  
¿Quieres beber sueños  
en mi beso, amante?

El aire del monte  
rizó mis cabellos.  
Se aromen tus manos  
al jugar con ellos.

Y como no hay frutas  
en los huertos mudos,  
reciban tus labios  
mis senos desnudos.

En la boca limpia  
me besó la luna.  
Beso como el mío  
no te dió ninguna.

DESDE AQUÍ... (Versos de ayer),  
por *N. García Berisso*.

«La casi totalidad de este libro  
no responde en su esencia a mi

actual posición frente a mí mismo», nos dice este joven poeta uruguayo en palabras iniciales del volumen.

Hay poesías fechadas en 1923 y en 1931, y aunque es respetable el número de años corridos entre ambas fechas, no vemos gran diferencia entre unas y otras. No ha logrado siquiera García Berisso un mediano señorío de la forma. Entre sus *Apóstrofe al tirano argentino Uriburú* y su soneto *In fraganti*, escrito en 1923, nos parece mejor este último, a pesar de su insignificancia.

Con temperamento poco interesante aparece este poeta a través de las noventa páginas de este libro que comentamos. Sin hondura subjetiva, no es tampoco paisajista, y carece en absoluto del don de sugerir, característica muy justa de los grandes líricos.

Medianía espiritual acentuadísima, además de una franciscana pobreza de expresión, hacen que *Desde Aquí...* no sea augurio muy feliz de cosechas futuras. Todo poeta verdadero, aun en los balbuceos de su iniciación, dejó ver siempre algún asomo de su personalidad.

En *Ruego*, la primera poesía del volumen, hay este verso de técnica infantil que así, aisladamente, bastará para confirmar ante el lector lo que ya hemos dicho:

«y escuche nuevamente yo el  
claro rui señor».

Acaso las palabras que citábamos al comienzo de este ligero comentario prometían una nueva postura literaria, en armonía con el

rumbo que algunos han querido dar a su afán de poetas. Pero no creemos que obtenga éxito como vanguardista el mediocre cultivador del verso clásico que hay en García Berisso.

El soneto que copiamos a continuación confirmará lo que decimos:

A Froilán Vázquez Ledesma.

¡Salve romántico y altivo esteta,  
de corazón magnánimo y vehemente!  
Bohemio y soñador de tersa frente,  
que en tu vida y tu canto eres poeta.

Fué empeño de tu mente siempre  
[inquieta  
combatir al humano prepotente,  
y esparciste de Acracia la simiente,  
con la rara elocuencia de un profeta,

Vino y amores con fervor libabas,  
los mercantes del templo repudiabas  
y sufriste a los émulos de Zoilo.

Partiste... y nos quedaron tus  
[cantares,  
reflejando las cumbres luminaras  
de tu musa augural. ¡Invicto Froilo!

Y lo transcrito no responde a una búsqueda afanosa, sino al azar de una página abierta.—P. S.

## ENSAYOS

VIDA DE MANUEL RODRÍGUEZ, por  
*Ricardo A. Latcham.*

No busquemos en este libro tan interesante y tan vivo de Ricardo A. Latcham, *Vida de Manuel Rodríguez*, (1) la falla menuda de estilo o en ciertos momentos la precipitación, tan natural en un espíritu nervioso y vehemente, como el suyo. Latcham es un animador. Anima

(1) Editorial Nascimento, Santiago, 1932.

cuando habla y anima cuando escribe. La juventud, por lo demás, tiene estas impacencias que chocan en un país cuya solemne gravedad ha llegado hasta convertir gran parte de su literatura en un canto monótono, melancólico. A la tru-truca plana y sorda, responde la queja plañidera de la quena... América comienza a salvarse de estas quejumbres, en la obra de los nuevos intérpretes y animadores que están dando un sentido a su vida y a su historia.

Porque traer un muerto hasta el centro de nuestra atención y dejarlo allí tendido, como simple testimonio de la época, sin lumbre interior alguna que haga arder su aniquilada corpulencia, trabajo de cargador de puertos, y luego descubrir sus prendas y contarnos que anduvo en tales o cuales empresas, puede todo eso ser la obra de un severo ordenador de cifras, fechas y datos, pero no nos dirá, en cambio, nada del hombre, del espíritu que animó ese cuerpo, de las penurias o esperanzas que bulleron en su naturaleza, de las relaciones que el hombre tuvo con su tiempo y de las reacciones que el hombre experimentó en su postura con el tiempo. El tiempo mismo tuvo su atmósfera, sus torbellinos, sus pasiones limpias o envenenadas. Fué tiempo de escepticismo o de ingenua creencia. Tuvo el tiempo una tónica, como la tiene el nuestro, y será más tarde descubierta por los que han de venir.

El documento revive en las manos del animador. La ceniza se convierte en materia palpitante. Se

retrocede para despertar la materia muerta, para descubrir en ella, en el latido más ínfimo, una postura vital que nos haga sentir la coherencia de nuestro tiempo con el pasado, en lo que ambos tienen de humano. A veces se retrocede y se muere entre los muertos...

En el libro de Latcham encontramos la época y el hombre. Este en función de aquélla. Los temperamentos habituados a encontrar en Manuel Rodríguez un héroe de leyenda— el pueblo, la tradición, formó esas historias pintorescas— sentirán en este libro un vacío. No es un anecdotario de Manuel Rodríguez, no obstante, contener algunas muy sabrosas, sino una interpretación del hombre, de acuerdo con la más estricta documentación. Revive, sin embargo, con un carácter eminentemente popular. Es de la pasta del pueblo. Tiene sus astucias, sus arrestos, su donjuanismo veleidoso, su inconstancia. En medio de esa sociedad pacata, apegada a la tradición y a la comodidad, salta el turbulento guerrillero, con toda la prestancia de un héroe picaresco. Se burla de la muerte. ¿No es eso quizá el más característico de los dones raciales de aquel tiempo? Vivió en ebullición permanente, sintiendo una patria a su modo, queriendo hacerla a su modo, sin un dominio que lo retuviera, porque su naturaleza rebelde estaba más cerca de los huasos y de los arrieros que de los solemnes descendientes de oidores. Tuvo el instinto sin duda de que la patria era eso, el pueblo y no la parte social estirada y grave, que se sentía adherida a

la colonia y al vasallaje y de la que muchos miembros llegaron a prestar apoyo a los realistas contra la independencia. Por eso el elemento conservador lo miró siempre con recelo. Por lo menos en su aspecto de conspirador y de rebelde, no le entregó su complacencia.

No es un personaje de rango en la independencia. Está siempre en segundo término, en la agitación, en la efervescencia, en el capricho. Sentía a Carrera con la impetuosidad de un discípulo, y en cambio a San Martín y a O'Higgins, como los espíritus severos que estarían siempre dominándolo y conteniéndolo. La Independencia tuvo también sus intrigas y sus pasiones. No fué únicamente un drama en alto tono. Había la cosa pequeña, la venganza, el chismorreo, el fantasioso pelambrillo, tan del gusto chileno, como lo otro; los rencores, las fuerzas desencadenadas, en instintos, las luchas sordas entre lo más denso de la pelea. Así se forjó la albada de esta hora en ebullición. Con todos los gérmenes, que han subsistido a lo largo de su historia política y social, reviviendo o rebrotando, cada vez que las fracciones del rebelde popular se han encontrado con las huestes solemnes y cejijuntas del conservadurismo.

Astuto y agudo lo era Rodríguez, como nadie de entre aquellos personajes. Más que eso, psicólogo. Un observador que daba en el clavo. He aquí lo que decía a San Martín acerca de la dominación española:

«Cada caballero se considera único capaz de mandar; no quiero junta por no dividir el trono. Pero

lo célebre es que en medio de esta ansia tarascal se llevan con la boca abierta esperando del cielo el ángel de la unión...»

El libro de Latcham es una historia viva. Un tumulto de hombres. Costumbres y rasgos de la época están animados por un extraño dinamismo. Se mueven con existencia propia. Salen del documento, se desprenden de las secas páginas históricas o epistolares en que estaban atados y buscan la atmósfera que sin duda les fué familiar. Pero especialmente es un acierto como interpretación de la época, aunque no lo sea como estilo, puesto que a través de la biografía se ha hecho una náalisis psicológico de nuestra raza y se han trazado los primeros cuadros políticos y sociales, de la Independencia, con agudo sentido crítico.—*Domingo Melfi.*

EL SENTIDO DE LA CULTURA ESPAÑOLA (Ensayos), por *Federico de Onís.*

Don Federico de Onís, autor de un ensayo titulado *Disciplina y rebeldía* y de varios capítulos acerca de los escritores españoles contemporáneos, acaba de dar a luz de publicidad un nuevo libro de ensayos, editado por la Residencia de Estudiantes de Madrid. La obra oral y escrita de Federico de Onís es bien conocida de todos los que nos ocupamos en explicar la cultura hispánica en los Estados Unidos. Por diez y seis años este profesor salmantino se ha dedicado a propagar nuestros valores culturales desde

su cátedra de la Universidad de Columbia, en conferencias por todo el país, México, Puerto Rico, en textos de uso universitario y en medulosos artículos en revistas eruditas. Los intelectuales hispanoamericanos debemos estar profundamente agradecidos al señor de Onís, por su amplio concepto de cultura hispánica que le ha hecho interesarse en nuestra literatura y darla a conocer a los estudiantes norteamericanos en forma dignísima. En efecto, en Oxford ha dictado cursos sobre Rubén Darío, en Columbia sobre literatura gauchesca y en varias ocasiones ha dado conferencias sobre nuestros escritores, Gabriela Mistral, J. F. Rivera, Díaz Rodríguez, Arévalo Martínez, etc. Mientras que nuestros hombres de letras conocen a fondo la literatura española, pocos son los peninsulares que se interesan por la nuestra y por este motivo escritores como Unamuno, Diez Canedo, Azorín y Federico de Onís deberían comprometer nuestra gratitud para siempre.

Ha recogido Onís en este libro de ensayos varios discursos pronunciados entre 1912 y 1929. Variadísimo —y contradictorio a veces— es el panorama ideológico que podemos abarcar entre estos años. Sin embargo, todos los rayos de su pensamiento convergen en el mismo punto: la explicación de la grandeza espiritual de España, de la gran España, hoy extendida por tierra de América. El mismo nos expone su plan de trabajo:

Forman este tomo varios trabajos que, aunque de diferente tema,

tienen de común el referirse a España y a la significación de su cultura. Unos examinan facetas de la realidad española en el pasado; otros, en el presente y porvenir; pero es común a todos ellos el que pasado, presente y porvenir tratan de unirse en la misma interpretación. Se busca, por lo tanto, en ellos el valor permanente de España, y para definirlos se confronta con el de otras culturas nacionales o con lo que llamamos cultura europea o unidad abstracta de la civilización moderna occidental.

El primer ensayo, *El Problema de la Universidad española*, discurso leído en la apertura del curso de la Universidad de Oviedo, en 1912, es el trabajo de más aliento del presente volumen. Hace en él el bosquejo histórico de las universidades de Salamanca y Alcalá, su grandeza en la Edad Media y el Renacimiento, respectivamente, y la decadencia en los tiempos modernos. La actitud de la España católica frente a Europa, frente al Renacimiento, es uno de los problemas determinantes de las diferencias culturales de este país y creemos que el profesor de Columbia ha hecho un análisis luminoso e imparcial de ella. Severas palabras salen de sus labios, al referirse a la organización universitaria actual, al estado de ánimo del joven español «huérfano que tiene que gastar sus energías prematuramente para abrirse un camino entre las asperezas de la vida, sin ayuda de nadie y llevandouestas la carga de la madre viuda y los hermanitos débiles». Y en verdad, lo que afligía entonces a las universidades españolas sigue afl

giéndolas todavía, a pesar de la Junta para Ampliación de Estudios, cuya noble labor naufraga en la indiferencia general.

Mi manera de entender estas cosas coincide exactamente con la del señor de Onís. Para mí, como para él, la Universidad fué un gran dolor, el dolor de comprender nuestra miseria, nuestra pobreza, el desaliento de nuestros conductores espirituales. Desorientados, perdidos, entre concepciones antiguas y modernas, los profesores de España y de América golpean su frente contra el muro de lo imposible. El concepto de Universidad no existe en América. Los estudiantes sacrifican cuatro a seis años de su vida para aprender un oficio, en el cual no figura para nada el interés científico desinteresado. Si no fuera por el diploma que autoriza a nuestros médicos a dar puñaladas a sus enfermos haciéndose pagar; a nuestros dentistas a limarles los dientes a sus clientes sin ser castigados por éstos; a nuestros abogados a robar en forma autorizada; a nuestros profesores a repetir, como loros lo que aprendieron de otros loros como ellos, nadie pasaría jamás por esos claustros. Cuando el doctor de Onís dice: donde falta cultura original no puede haber universidad en su riguroso sentido, nos revela la verdad de nuestra pobreza. Si la universidad es la orientadora de la tradición cultural, la centralizadora de la vida científica de un país, la fomentadora de la difusión de las energías espirituales de los pueblos, nosotros no podemos tener universidades. A, porque no tenemos una

tradición cultural sino que vivimos fuera del círculo racial que nos señala nuestro origen; B, porque en nuestros países no existe la vida científica; C, porque nuestras energías espirituales, en sus manifestaciones primitivas y anárquicas, no pueden ser encauzadas ni fomentadas. ¿Qué es entonces la universidad hispanoamericana? La respuesta es lógica y precisa; un establecimiento creado porque existía en los pueblos europeos, de carácter profesional, al cual asisten los jóvenes que desean ganarse la vida en forma fácil y holgada. Debido a la carencia de interés científico especial, la mentalidad universitaria hispanoamericana se manifiesta en una gárrula actividad política, en un radicalismo de manifestaciones y discursos, en una tendencia absurda hacia la oratoria y el periodismo y en una curiosa aptitud para negar los hechos aceptados por la ciencia moderna.

El capítulo que dedica Onís al Estudio del español en los Estados Unidos debería ser leído muy especialmente por todo hispanoamericano de cultura. Ha observado Onís dos clases de españoles en contacto con Yanquilandia: los recalcitrantes y los débiles. Los primeros son los inadaptables, los que odian lo que no sea español; los segundos los faltos de vida interior, que se dejan seducir por las grandezas aparentes de lo extranjero. Certera observación. Yo también he vivido cerca de esta gente. Hay aquí hispanoamericanos que miran a los yanquis como verdaderos salvajes y que en diez años de estancia en este país

no aprenden el inglés; hay otros, por el contrario, que creen que las Asociaciones de jóvenes cristianos son la cúspide de la cultura; que los rascacielos forman el ideal arquitectónico de hoy; que el jazz es música; que la ley seca es un éxito moral; que el mascar chicle es elegante. Los primeros no quieren ver; son ciegos voluntarios; viajeros inútiles. Los segundos son simplemente imbéciles.

Habla el profesor de Onís en este ensayo de los pocos españoles que han pasado por este país dando honra a la patria: Sorolla, Zuloaga, Casals, Granados, Mardones, la Barrientos, la Bori, Benavente, Baroja, Unamuno, Blasco Ibáñez, el Dr. López Suárez, el Dr. García Banús, el profesor Nonidez. En estos últimos años yo agregaría otros nombres: Fernando de los Ríos, Madariaga, de Falla, Iturbe, la Argentina, Diego Rivera, Orozco. Habla también del movimiento hispanista, de la legión de profesores que se dedican a enseñar nuestra literatura y nuestra lengua; de la Sociedad Hispánica; de las cordiales relaciones con Hispanoamérica; etc. En todas estas páginas se observa un espíritu de tolerancia y de franqueza admirable. Admirable de claridad y de casticismo es el capítulo que Onís dedica al Concepto de Renacimiento, aplicado a la literatura española. En el ensayo titulado Waldo Frank y la cultura española, después de estudiar la labor hispanista de este escritor, dice Onís: «Todos los norteamericanos interesados en Hispanoamérica—y debían serlo todos—deben saber que el via-

je de Waldo Frank a Hispanoamérica ha tenido más repercusión allá que el de ninguno de los grandes intelectuales de todo el mundo que han visitado esos países». Lástima grande que Waldo Frank sea más conocido en los países de habla española que en los Estados Unidos y que sólo muy contados sean los norteamericanos que se hayan dado cuenta de sus viajes por nuestros países. Para sincerarme debo declarar que yo no comparto la admiración de Onís y la mayoría de los intelectuales nuestros por la labor de Waldo Frank.

En su capítulo último Onís interpreta el Baile de la *Argentina*. Otra vez va al corazón de España, basándose en leyes nacionales de ritmo y gracia: «Individualidad, libertad, impulso hacia arriba, gestos inesperados y contradictorios, dramatismo y ternura, gracia y violencia, todo sujeto a un ritmo interno al que siempre se vuelve como en las libérrimas canciones españolas, constituyen el alma de España, que vemos encarnada en la *Argentina* cuando baila». Certera interpretación de carácter nacionalista es ésta. El arte de la *Argentina* es un arte típicamente español, popular español, espontáneo y romántico, que no tiene las aspiraciones trascendentales, nunca bien logradas, del arte contemporáneo de Yvonne Georgi, de Kreutzberg y de Mary Wigman.

Recomendamos el libro presente a los profesores españoles e hispanoamericanos y en especial a los que hayan vivido, o vivan, en los Estados Unidos. El estilo de Onís es

claro, directo, tiene seriedad de cátedra; carece de figuras retóricas. Su propósito es tan noble que a veces abandona su imparcialidad para ir a lo castizo; su amor por lo español tan profundo que a veces se apasiona y llega a conclusiones, a primera vista caprichosas. Por esto nos es profundamente simpático, como hombre, como español, como escritor. Y nos proponemos algún día en que podemos gozar del reposo necesario ir al fondo de lo típicamente español a través del espíritu duro y tierno, áspero y fino, joven y escéptico, amable y combativo, contradictorio siempre, de nuestro querido maestro Federico de Onís.—  
*Arturo Torres Rioseco.*

University of California.

#### DARÍO EN LAS MANOS DE RIOSECO,

La nutrida y nunca suficiente bibliografía sobre el tránsito y obra de Rubén Darío se ve acrecida con «*Clasicismo y Americanismo* en la obra de Rubén Darío. Estudio precedido de la biografía del poeta», por nuestro antiguo conocido Arturo Torres Rioseco, catedrático de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de California, en Berkeley. Los publica *Harvard University Press*, Cambridge, Mass.

La introducción, que es una de las partes en que, a pesar de su brevedad certera, Rioseco calentó sus hornos intelectuales hasta los términos del ardor—el libro en lo general está escrito con frialdad que no excluye erudición,—nos dice

que el nombre de Darío «brilla en el horizonte de nuestra vida literaria, muy por encima de escuelas y tendencias. Fué romántico por su independencia artística, por su entusiasmo y su fervor, por el culto supremo de su yo; fué clásico por la pureza de su dicción, por sus altos ideales, por la armonía total de su obra y por su serenidad; y fué modernista porque trajo nuevos temblores de sensibilidad a nuestra poesía, porque abrió nuevos caminos y porque antepuso su afán de renovación a todo deseo de triunfo fácil e inmediato». Conforme a este breve análisis, Darío se nos muestra como hombre-síntesis. Justo. Sólo que, cuando líneas adelante Rioseco afirma que «los poetas de hoy, afiliados a escuelas modernas y futuristas, han negado a casi todos los maestros del Modernismo, pero observan una respetuosa admiración por el autor de *Prosas Profanas*, entonces nos parece que Torres-Rioseco se equivoca, pues así como ya se va estimando de dudoso gusto por algunos aludir a Queiroz y a France, con Darío comienza a pasar lo mismo. Lo niegan los hijos de su sangre. Se hace notar, en la misma introducción que glosamos, que Darío fué un poeta originalísimo, que poseyó en alto grado el poder de asimilación. Esta característica debió ampliarse en el capítulo sobre su americanismo, reforzando con esa peculiaridad—que es tan frecuente en los escritores continentales—el acertado diagnóstico. Ya Francisco Contreras en su *Rubén Darío*, refiriéndose a la labor poética de éste, an-

terior a *Prosas Profanas*, hacía notar que aunque adoptó procedimientos extranjeros hasta el punto de calcar algunos de sus poemas sobre modelos franceses, y forjó no pocos neologismos y galicismos de vocablo y de sintaxis, su extraordinaria personalidad logró hacer de aquellas piezas imitadas obras personalísimas, y mediante su sentido del idioma obró con tacto en la creación de esos nuevos elementos verbales.

En la biografía de Rubén, Rioseco nos ofrece, después de lo más importante, de lo ya conocido, nuevos datos epistolares que obtuvo de los amigos del genial nicaragüense.— Juan Ramón Avilés, Roberto Brenes-Mesén, Regino Boti, Ricardo Fernández Guardia y otros, proporcionan noticias que se ignoraban o eran poco conocidas. Fernández Guardia, algo puritano, refiere que hizo buenas amistades con Rubén, pero sin penetrar en su intimidad, porque el desarreglo de su vida no le permitió acercarse a él, tanto como era su deseo. (Ojalá Hernán Robleto, que estuvo junto al lecho de muerte de Darío nos ha referido algunos detalles de esos días, escriba la historia de la infancia del poeta, pues tiene datos preciosísimos al respecto). El autor, imparcial, encuentra justificada la indiferencia de Darío por las cosas de Chile, ya que la incomprensión y la desventura presidieron su estancia en el país de Rioseco. Recoge, también, esta vehemente apreciación de un prominente hombre español del 98, Ramiro de Maeztu: «Si, como sintió el dualismo de la forma

pura frente a la forma impura, hubiera sentido, con la misma perspicuidad, el de la vida pura frente a la vida impura, Rubén no sería meramente uno de los mayores poetas de nuestra habla, sino otro Milton (a mi juicio el poeta más grande que ha habido en el mundo) y hasta al fin de los tiempos encontrarían los hombres en sus versos la fuente de la vida.»

Analizando el casticismo en la obra de Rubén Darío, Rioseco observa que aquél siempre fué un enamorado de España y que su real y profundo conocimiento de los clásicos del mismo país le permitió escribir a los catorce años el soneto *En la última página del Roman-cero del Cid*, fielmente apegado al modo y decir del modelo. Juan Valera, a la aparición de *Azul*, aseguró que el libro estaba escrito en muy buen castellano. De añadidura—según Rioseco—la emoción racial pocas veces ha cobrado voz tan recia y acendrada como en las páginas de *España Contemporánea* y en multitud de poemas—*Pórtico*, *El elogio de la seguidilla*, *Un Soneto a Cervantes*, *A Goya*, *Letanía de nuestro Señor Don Quijote*, *A Colón*, *Soneto a Valle-Inclán*, etcétera.

Rioseco dedica un capítulo acucioso y de ancho alcance investigador a las *Resurrecciones e Innovaciones Métricas* de Darío, en el que mediante paralelos convincentes y felices demuestra que casi la totalidad de ellas no provienen de fuente francesa—salvo excepciones mínimas—sino de las más legítimas y cercanas de los poetas es-

pañoles antiguos. Para este fin Rioseco va refutando, con paso lento y seguro, las apreciaciones que Erwin Mapes hizo en su libro: *L'influence française dans l'œuvre de Rubén Darío*, publicado en París en 1925.

Para el autor, Rodó estuvo en lo justo cuando, en 1896, decía: «Rubén Darío no es el poeta de América». En efecto, hasta entonces el poeta ha rehuído la inmediata calidad americana, grosera y poco ambulante, como el mismo lo hizo ver con otras palabras, en páginas de amargo sabor. Pero la correspondencia de *La Nación* de Buenos Aires, que llevó al poeta a España el año 98, es el principio de otro capítulo en que la distancia, por una razón muy natural, le acerca a una América miserable o grandiosa, pero siempre maternal. Y ya en *Cantos de Vida y Esperanza* (1905) tal sentimiento se expresa con una pujanza y luminosidad sorprendentes. Rioseco aporta, en este punto, un caudal de ejemplos.

Sin agotar su paciencia, el autor, tras estudiar el paisaje americano en la obra de Darío, fija similitudes —lejanas o acentuadas— entre éste y algunos poetas españoles del XIX: Bécquer, Campoamor, Cano, Espronceda, Núñez de Arce y Zorrilla. Claro está que el paralelo alcanza áreas de producción muy reducidas y en ocasiones se establece con un solo poema.

Arturo Torres Rioseco, que según sus propias palabras trató de escribir «una obra digna del glorioso nombre del Maestro, puso a contribución un cariño y empeño que

nos obligan a anotarle muchos puntos buenos. Se ha esforzado por escribir algo nuevo—tarea difícil dado el vasto número de exégetas que le precedieron—y en gran parte su afán se ve cumplido. Ello debe dejarle una buena alegría, tan encendida como el lomo amarillo de su excelente libro. —Antonio Acevedo Escobedo.

LA SEPARAZIONE DELL'ECONOMÍA DALLO STATO, por *Agostino María Trucco*.

Es este uno de los más importantes volúmenes de la *Biblioteca Hallesint*, por su valor científico y técnico.

El autor empieza a examinar las causas económicas de la gran guerra y hace una crítica a las doctrinas pacifistas, y en particular a Norman Angello.

Según A. M. Trucco (1), el fracaso de las doctrinas pacifistas provienen de la ilusión de que los parlamentos nacionales y las conferencias político-económicas internacionales puedan dar vida a un nuevo ordenamiento internacional, eliminando las anomalías económicas que provocan las guerras económicas y las conflagraciones armadas entre pueblos. La realidad demuestra la absoluta insuficiencia de los organismos políticos nacionales e internacionales para remediar los desequilibrios económicos. Más aun, la política constituye una de las causas de las perturbaciones internacionales, en cuanto hace un ver-

(1) Ediciones Hallesint. Italia, Roma.

dadero abuso de los métodos proteccionistas.

El proteccionismo, si es cierto que logra defender al individuo en cuanto vendedor, es absolutamente impotente para defenderlo como comprador o consumidor, esto es, para defender su derecho fundamental: el de consumir. Por lo tanto, el proteccionismo lanza a los pueblos en un callejón sin salida, no solamente en cuanto la política proteccionista de cada uno de ellos es una barrera al comercio internacional de los demás, sino que dentro de cada país se agravan los desequilibrios en la distribución de la riqueza.

Para resolver el problema económico internacional, que consiste en encontrar mercados remunerativos a toda la producción posible, es indispensable plantear el problema en el campo exclusivamente económico, y concebir los medios técnicos-financieros capaces para realizar el aumento de la capacidad adquisitiva, asegurando así los mercados a la producción mundial.

El problema económico consiste esencialmente en un problema de precios: esto es, se trata de provocar en los precios mundiales de los productos, del capital y del trabajo aquellas fluctuaciones que determinen y mantengan las condiciones necesarias para que la producción pueda transformarse en consumo.

La guerra de tarifas o aduaneras pueden ser eliminadas si se logra establecer el equilibrio mundial de los precios, de manera que la distancia geográfica y el costo de los fletes de transporte constituyan una

protección más que suficiente para las industrias de cada nación y localidad.

En la primera parte de su libro, A. M. Trucco examina la función de los precios. En su exposición, de gran interés científico y técnico, habla entre otras cosas de las inconstancias en el valor de la moneda, de las perturbaciones económicas determinadas por el sistema del *dumping* y de la importancia social de los precios.

En la segunda parte, examina los varios prejuicios monetarios, especialmente con los relacionados con el papel económico de las reservas metálicas de los bancos de emisión.

Basándose en el reconocimiento de la impotencia de los organismos políticos, el autor demuestra la necesidad de que la obra de reconstrucción económica mundial sea emprendida por un organismo económico, enteramente apolítico, que constituya esencialmente el gobierno económico de la humanidad. Por otra parte, este gobierno no puede consistir en una especie de banco internacional, como muchos pretenden, sino en un nuevo organismo, que complete y gobierne la actividad económica y financiera de las actuales instituciones de producción, transporte, crédito y comercio.

La acción del gobierno económico internacional no debe, huelga decirlo, basarse en medios coercitivos, ya sea políticos o acuerdos sindicales. La economía debe separarse completamente de todo lo que es política y que signifique coacción sobre los individuos. El único instrumento para ejercer el gobierno

económico de la humanidad debe ser el egoísmo hábilmente aprovechado mediante nuevos tipos de contratos financieros con bancos, empresas y, en general, con todos los individuos que componen la sociedad económica mundial.

En las partes tercera, cuarta y quinta, del libro, Agostino María Trucco expone su plan de reorganización económica internacional, del cual se habla en un artículo de este mismo número de la revista *Atenea*, de la *Separazione dell'economía* de Agostino María Trucco en su libro *La seperazione dell'ecollo stato* constituye acaso una de las . . . . . Examinando muchos aspectos comerciales, financieros y económicos del plan de la *Hallesint*, el autor hace una exposición interesantísima de cómo ha llegado a concebir los medios técnicos-financiero con los cuales es posible llegar a una transformación profunda del mecanismo económico internacional.

La resonancia que las doctrinas de Agostino María Trucco ha tenido en Italia y en Francia, y sobre todo la seriedad y profundidad de sus argumentaciones, hacen de este libro una obra que debe ser conocida por todos los que quieren conocer las varias orientaciones de las ciencias económico-sociales de la época presente.—*Mario Antonioletti*.

## CUENTOS.

CAMPESINOS, por *Luis Durand*.

Dos conceptos superficiales aparentan desvirtuar actualmente, el

concepto verdadero del criollismo. El uno es imaginársele como cosa intrascendente y llana, arte zafio y, a lo más, pintoresco: algo así como una vistosa manta colchagüina, o un abigarrado bonete maulino. El otro, es creerle ya consumado, agotado por los *pioners* de nuestro subsuelo literario: Baldomero Lillo, Latorre, etc. Esto, sería como creer que, broceados los filones de oro de una mina, no hubiera ya por ahí más minas, ni filones de oro. . . .

El último cargo, por su índole supina, se deshace solo. Sobre el otro, conviene el querer insistir algún tanto. Considerar el criollismo como género fácil, inocente, es una inocente manera de considerarlo. Tanto, como si juzgáramos las matemáticas todas, por el valor elemental de las cuatro operaciones de la aritmética. . . . El criollismo no se reduce sólo a interpretar más o menos exactamente el lenguaje y costumbres campesinos o populares. Ni es un arte descriptivo o narrativo solamente. Debe llegar hasta la psicología. Aun, hasta la *psicología* del ambiente.

Es la dificultad; el oculto tesoro. Aquí, en *Campesinos*, Durand nos ofrece uno, en metal de buena ley. No el metal en bruto, o limpiamente objetivo; sino metal laborado a conciencia, artísticamente, imantado con atracción de humanidad.

Ya en su *Tierra de Pellines*, el autor se revelaba como un justo observador, y como un emocionado pulsador, del agro chileno. Todo, en los cuentos de ese libro, tenía vida, hacía sentir *su vida*: hombres, cosas, paisaje. Aun recordamos: «Una pie-

dra, aburrida de estatismo, rebota contra los troncos, y su rodar es perseguido por un reguero de terrones y cascajos»... Ahora, en *Campesinos* (1), afirma esas condiciones, insinúa otras, y, pese a algunos errores tipográficos o de corrección, y a algunas ligeras imperfecciones de forma, su estilo se mueve ya con más gallardía y espontánea malicia.

Tres cuentos, a nuestro juicio, sobre salen en méritos, en el presente volumen. El primero de ellos, *Remordimiento*, podríamos decir que es de forma; el otro, *Vino tinto*, de de análisis dramático; y *Cobardía*, el último, de ambiente. Un bello cuento de ambiente, es este último. Decimos de ambiente, porque creemos que éste es, precisamente, el verdadero sujeto del cuento, y que el autor, por modestia o por principios, desvió la *personalidad* preponderante de ese ascético ambiente de Aucó. Esa misma indecisión, esa cobardía de Rosendo Vidal, es debida, subjetivamente, a la imposición, a la sugestión austera del intangible personaje. Lo contrario nos sucede con *Remordimiento*. Quizá si por creer nosotros que la forma es el formulado *leit motiv* de este cuento, nos parezca que ella, a pesar de su evidente calidad, no alcanza su inconfesado propósito. El otro cuento, *Vino tinto*, es un gran cuento: un Gran vino. Con cierto gustillo añejo a Maupassant. ¡Lástima, ahora, que el autor no le haya filtrado cuidadosamente de algunos modismos y comparativos que sobrenadan, como partículas de

orujo, en su generoso líquido! Familiaridades del estilo...

«El estilo es el hombre». Así es, en realidad, este escritor. Gordo, campechano y bueno, como él, su estilo tiene abundancia sanguínea y efusiva. Por sus períodos carnosos circulan, claras, las ideas; y en sus diálogos parecen chispear sus ojillos miopes, tras los discretos lentes de la ingenua intención. Pero, bajo la gordura algo basta de Durand, hay una fina fibra de sensibilidad, que hieren románticamente subrepticias inquietudes: entonces, rojas o azules, florecen a menudo en sus relatos las bellas metáforas cordiales.

Cordiales. Porque, cierto es, quizá le falte a Durand un poquillo de metafísica, alguna sutil chispita cerebral; pero esto, precisamente, no es una falta; es una compensación: su exceso mismo de sensibilidad le impide, por ahora, análisis.

Por lo demás, hoy como ayer, el sentimiento es la parte primordial de toda obra de belleza, la santa levadura que le da vital sabor y alcanzamiento. Lo demás, el arte de ideas—ideas que el sentimiento fecunda—, es cosa de trabajo y de paciencia.—*Guillermo Koenenkampf*.

## EPISTOLARIO

### *El Medina de Amunátegui.*

Con motivo de la publicación de un interesante ensayo de Don Domingo Amunátegui Solar sobre la personalidad y la obra de Don José Toribio Medina, el señor Emilio Rodríguez Mendoza le ha

(1) Editorial Nascimento. Santiago, 1932.

dirigido la carta que reproducimos a continuación y que enfoca de un punto de vista muy personal, la figura del ilustre investigador.

*Santiago, 15 de Junio de 1932.*

Señor don Domingo Amunátegui Solar.

Presente.

Mi querido y respetado don Domingo:

Usted nos debía un retrato fielmente exacto de Medina, es decir, del hombre tal cual. Lo ha hecho espléndida y noblemente, pasando con rapidez ante los defectos y, en cambio, subrayando la enorme labor de nuestro historiógrafo.

Lo conocí bastante; pero no mucho, en los últimos años de su vida ejemplar.

Siendo Embajador de nuestro país en Madrid, empecé a prepararle una ovación en que habrían tomado parte las cuatro Academias Reales: la de la Lengua, la de la Historia, la de Jurisprudencia y la de Bellas Artes. Pues bien, y este rasgo basta para pintar su austeridad, su terror a lo espectacular, al sospechar de qué se trataba, se me fugó, no sólo de la Corte, sino de España... Era, como digo, la austeridad misma; una austeridad áspera y esquiva que, seguramente, molestó a más de uno de sus admiradores o amigos. Pero si he de decir la verdad, conmigo fué paternalmente bondadoso durante el período fugaz en que lo traté a diario.

La historia áridamente exacta que Medina hacía, la aplicaba también a los hombres, sin reparar en las molestias que esto podía reportar tanto a él como a los así tratados e historiados.

No alcanzó a tener conmigo diferencias ni respingos, porque en tal caso desgraciado, nos habríamos separado a la puerta de la Casa de Contratación, que fué donde tuve ocasión de conocerlo y acompañarlo más de una vez.

Conservo, pues, de Medina una imagen tal vez algo vaga; pero, eso sí, muy personal que, seguramente no es completa sino meramente fragmentaria y anecdótica y que lo hace aparecer en mis recuerdos dicharachero y alegre en medio de aquel ambiente para eruditos y también para cosas ya distantes: flores, mantones y giraldas...

Por lo demás, mi afectuoso recuerdo de Medina no me impide reconocer que usted ha hecho un retrato exacto y sobrio, como los que hacían los maestros clásicos, los cuales no fantaseaban sino que reproducían con extraordinario verismo el modelo que tenían delante. A propósito ¿conoce o recuerda usted el retrato de Pantója de la Cruz, llamado «Un Caballero de Santiago», es decir, de la Orden de Santiago de Compostela? (1) Es Medina en pinta, engolado y con la cruz de la Orden puesta como una venera barroca en medio del pecho.

Un parecido asombroso, casi extraño, patentiza de una manera im-

(1) «Escuela Española. Retratos Medias Figuras». Caro Reggio, Editor. Madrid.

presionante la ascendencia española de nuestro ilustre compatriota.

A su vez, en el retrato hecho por usted, prima la verdad sobre el afecto y el total ha resultado tan justo, que al estudiar a Medina no se podrá prescindir de esa semblanza, breve y, sin embargo, completa.

Moral e intelectualmente, el hombre de una sola trayectoria que fué Medina está allí en sus rasgos esenciales inclinado sobre los libros, los papeles y las medallas desde muchacho hasta que, ya muy anciano, lo echaron al «chaquetón de pino»—como decía Flaubert—con la pluma entre las manos y puestos, como para continuar la tarea más allá de la tumba, sus anteojos de erudito.

Era el método, el tesón y avanzando de papel en papel, de libro en libro, de archivo en archivo, llegó a reconstruir «el edificio colosal de la Colonia», como usted dice, haciéndole la justicia más alta a que podía aspirar su asombrosa labor.

No concibo un Medina sonriente, elegante y cortesano, sino como una fría corporización de los archivos. . . Era áspero y esquivo y sobre estos dos rasgos esenciales, subrayándolos, pasaba cortando en vivo la ironía, empozada en los ojos pequeños y descifradores.

Aunque yo sólo conocí la bondad que se aconchaba muy adentro, muy en el fondo de ese espíritu, sé bien que el Medina auténtico no es el mío, es decir, de la Andalucía encendida en los azules de Murillo, sino el que usted sintetiza en sus rasgos primordiales.

Era uno de esos hombres que,

divorciados del mundo, se sumergen en el pasado, que los encanta y que siempre encuentran más grato y apacible que el presente, atareado, achicado y sin pátina ni interés alguno.

Tal vez por eso los eruditos han sido casi siempre, copiando el acertado esquema psicológico de usted, «ásperos, duros, quisquillosos».

No les interesa o no comprenden el momento que pasa palpitando sino el que ya ingresó documentalmente a los archivos.

Desconfían de un mundo que no han conocido porque vivieron íntegramente en tiempos lejanos, de que sólo la muerte logra sacarlos, como quien arranca una hoja que hay que reintegrar a la historia.

Yo sé que Medina tenía pequeñeces, que por mi parte, insisto, tuve la suerte de no conocerle en nuestro encuentro andaluz. Pero qué es eso al lado de su inmensa labor!

Usted lo reconoce hidalga y ampliamente y si ha dejado constancia de ciertos rasgos y reconcomios, es porque el verismo del retrato así lo exigía: «tomó un Continente entero como su provincia—dice usted, haciendo suya la definición sinóptica de Garnett sobre Medina».

Para poner el retrato en una Academia, en una galería o en el salón de la casa, en estos países se exige que no se haga al muerto tal como fué en la amarga realidad de la vida, sino como lo ve el afecto o la vanidad de los deudos. Hacer a los hombres según esa amable receta familiar, es falsificarlos y, por mi parte, en las pocas páginas de historia pic-

tórica que he hecho, he trazado siluetas copiadas tal cual de la vida y no de aquellos *álbums* de felpa roja o azul que solían conservarse en las casas y en los cuales todos los retratos aparecían invariablemente de levita, con la izquierda solemnemente posada sobre la mesa y con un rollo de papeles en la diestra... En la diestra o dentro del imponente sombrero de copa.

A la inversa, sobre todo a los hombres ilustres, hay que hacerlos tal como los modeló el destino, la vida, el trabajo sin fin.

Es lo que usted ha hecho superiormente con Medina y por ello lo felicito cordialmente al agradecer el amable envío.

Admirador y amigo aftmo.—*E. Rodríguez Mendoza.*

## GLOSARIO

**E**L tiempo revolucionario en Chile es prolongación de la atmósfera revolucionaria europea. Es en definitiva el conflicto entre el hombre abstracto y el hombre real, de la nueva cultura. Una crisis de los viejos sistemas de la política y del pensamiento, incapaces ambos de adaptarse a las nuevas necesidades. En Chile el problema se complica por la orfandad intelectual de la masa. En general en América, las masas carecen de una firme dirección intelectual. Fuera de esto, un agudo problema político. Una crisis de la autoridad. De la autoridad en su más pura expresión moral. La masa palpa la distancia entre ella y el hombre político, como un fenómeno instintivo. Ha perdido la fe. Se siente abandonada y reclama un punto de amparo en la formación de nuevas élites directoras.

Sin desprendernos del sentido de elevación con que esta Revista ha estudiado siempre todos los asuntos, literarios o sociales, tratemos de fijar algunos de los aspectos de la crisis y del tiempo revolucionario. Desde luego la crisis de los partidos históricos chilenos, comenzó con la quiebra de la Constitución en 1924. Entre esa fecha y la exaltación de Montero al poder, hay un período turbio de tanteos y de ensayos que tienen una profunda semejanza con el caos. La dictadura no logró sino mantener el orden material. La zona moral, en cambio, quedó desguarnecida. Esto explica que durante todo ese paréntesis no haya surgido un solo hombre de auténtica grandeza. La indisciplina política generó la dictadura militar; pero fué, además, incapaz de reaccionar contra el mal que la roía. La masa política continuó en franca indisciplina, sintiéndose adherida a los mismos viejos errores doctrinarios que causaron la ruina del poder político. Al llevar a Montero al poder, olvidó de darle solidez y autenticidad al mando.

El mando estaba ya destruído, aniquilado desde 1924. Por eso, el mando constitucional de Montero era una simple ficción. Un hecho teórico, sin fuerza, sin vitalidad. La masa chilena ya no creía en la ley, justamente, por que los propios partidos históricos habían sido incapaces de defenderla cuando la que-

brantaron y pisotearon en 1924. Y por un sarcasmo muy corriente, en la mecánica de los sucesos políticos, fueron esos mismos partidos los que lo llevaron al poder. Su seguridad, era pues, ilusoria, lo mismo que su fuerza. La posición de Montero en el poder, era exactamente la de un solitario, en medio de una isla oscura que ceñía un mar pesado y confuso de pasiones contradictorias. Los sustentáculos de su poder eran débiles. Estaban constituídos por fuerzas anarquizadas y divididas. Los célebres partidos históricos estaban divorciados de la opinión nueva. Carecían de contacto con las nuevas angustias sociales, en el terreno económico. Eran la tradición política agonizante, el principio constitucional, vencido en 1924.

La era de las nuevas conspiraciones comienza después de 1924. Este fenómeno tiene importancia para el observador, porque explica el estado de debilidad a que llegó el mando, después de esa fecha. Se quiebra en mil pedazos. Y como carece de autenticidad moral—el mando es ante todo grandeza moral—queda a merced de todas las contingencias, y vaivenes de la ambición. Se reduce a un hecho subalterno. En cualquier sistema de gobierno, el mando es una cosa superior, y proviene de la disciplina social o política. No de la fuerza.

En seguida, hay los factores económicos y los grandes, de la cultura. La cultura es la brújula que orienta la acción, en su sentido más profundo. Por la cultura se establece la disciplina, porque la cultura es comprensión, es visión, es ordenamiento. Un rumbo es coordinación de voluntades. Una empresa política es igualmente, coordinación de voluntades, orientadas en un propósito común. Y esta coordinación sólo es posible por la sugestión que imprime la cultura en todos los órdenes de la vida. La cultura debe estar a tono con la vida. No es una aristocracia, sino un bien común. Por instinto comprenden ahora las masas que la cultura abstracta no sirve para calmar las duras realidades presentes. Y buscan en una nueva cultura la explicación de los fenómenos actuales. El drama de hoy es el drama del hombre real contra el hombre abstracto. Del hombre que quiere salir de su tremenda soledad, contra el hombre teórico que baraja los instrumentos de una cultura puramente abstracta, incapaz de servir a la desesperación que fermenta en el tiempo nuevo.

**L**OS escritores indoamericanos de la nueva generación, buscan a los hombres antiguos que llevaron una vida ejemplar, para mostrarlos como símbolos de aspiraciones comunes.

Trazan cuadros de interpretación fervorosa, porque así creen servir mejor a esta América poblada de incomprensión y de caudillismo. Las vidas rectas, que labraron un camino a golpes de renunciación y de abstinencia, que permanecieron siempre fieles a su integridad moral, constituyen fuerzas vitales poderosas, estímulos magníficos para los hombres elementales de América. Tal es el libro *Hostos Ciudadano de América*, que acaba de ser editado en España y de que es autor el escritor puertorriqueño, Antonio S. Pedreira. Es un libro de exaltación de la personalidad de Eugenio María de Hostos, hombre de cultura y de sacrificio, que paseó América predicando un evangelio de grandeza moral, y que como ocurre siempre en estos países, fué incomprensido, y desconocido. Fué huésped de Chile y maestro en un Liceo de Chillán y también Profesor de Derecho Constitucional en la Universidad de Chile. Dió aquí conferencias, escribió y salió de nuevo en la peregrinación de libertad de su patria, la República Dominicana.

Tal vez muchos lo hayan olvidado. Quizá otros ignoren que existió un espíritu admirable, que se llamó Hostos. No es raro esto en las democracias soñolientas y presupuestívoras de América.

He aquí el perfil que traza Pedreira, en su interesantísimo libro:

La moral que predicaba desde mucho antes de concebir sus doctrinas sociológicas, le nacía de adentro como una fuerza espontánea, libre de gazmoñería y de puritanismo externo. No concebía, por esta natural inclinación, que el hombre perverso no pudiese corregir sus flaquezas sabiendo «que lo mejor que hay en el mundo es ser bueno». Pero no era la suya aparatosa bondad que comerciaba con la modestia hipócrita al servicio de motivos interesados. No era la caridad de su pensar un pregón público lanzado como tantos para llenar de ecos las columnas de la prensa o la biografía cotidiana. Su bondad manaba silenciosa de su entereza de carácter, de su integridad de hombre, de sus convicciones cristianas, porque a fuerza de limar sus asperezas y de dar el mismo tono a su proceder, se había templado el alma para la vida honrada.

### Añade Pedreira:

Tenía por imperativo la justicia y por norma el cumplimiento del deber. Sus cuarenta años de romería patriótica están nimbados con el resplandor de su decoro; alto el pensamiento, cruzó sin mácula por encima de todas las liviandades; hondo en el sentimiento, no pudo nunca la envidia o la calumnia descomponer la santidad de su ademán. Y aunque combatió con firmeza y sin descanso y quedó marcado por la ingratitude con largas cicatrices espirituales, debemos declarar que el gusano de la pasión, jamás dañó la almendra de su ecuanimidad: si ha habido un hombre justo, limpio y bueno, ese fué Hostos.

Este retrato moral que traza Pedreira tiene un relieve de superior magnificencia. Se entra así a un dominio seguro, acogedor, en el que un *hombre* mueve toda la espléndida máquina de su firme organismo espiritual. Hombres de esta casta redimen a América, necesitada hoy, más que nunca, de verdaderos guías morales.

Cuando se haga el balance de nuestro verdadero carácter colectivo—escribe en otra parte, Pedreira—y se busquen los signos definitorios de la conciencia americana, tres nombres, entre otros más, nos parecen indiscutibles para la operación: Andrés Bello, 1781-1865; Domingo Faustino Sarmiento, 1811-1888; y José Julián Martí, 1853-1895. ¿Qué papel correspondería al gran desconocido, Eugenio María de Hostos, 1839-1903, en esta tabla de valores que todavía no se ha hecho?

El propio libro de Pedreira responde a esta interrogación. Está presentado el hombre, el sociólogo, el maestro, el escritor, en toda la fuerza de su vitalidad. de peregrino y de apóstol del deber civil.—*M.*

## ENCUESTA

### sobre bases para una futura constitución socialista

Las cinco revoluciones militares que han destruído la estructura política y jurídica del país han tenido finalidades diversas aunque hayan obedecido en su ideología a una misma aspiración de carácter social y democrático. La primera, la del 5 de Septiembre de 1924, fué contra la anarquía parlamentaria y la corrupción política. El movimiento, manejado y dirigido en sus comienzos secretamente por el partido conservador y una poderosa oligarquía, fué desviado de sus propósitos iniciales hacia la perpetuación en el poder de un grupo que llegó a representar un candidato presidencial que encarnaba sus aspiraciones de preponderancia aristocrática. La segunda, la revolución del 23 de Enero de 1925, tuvo un carácter democrático y de restauración constitucional. La tercera, la que derrocó al Presidente Figueroa, fué hecha en nombre de la autoridad presidencial y contra los nuevos avances del parlamentarismo. La cuarta, la del 4 de Junio de 1932, levantó la bandera de la redención social, de la justicia social y enarboló la enseña de lucha contra el capitalismo. Buscó su plataforma en la implantación de un régimen socialista. La quinta, la del 15 de Junio, hecha en nombre de los mismos principios socialistas, se ha cristalizado en el pensamiento de una Asamblea Constituyente que legitime en derecho las nuevas aspiraciones.

La revista ATENEA quiere aportar al estudio de un asunto tan interesante la opinión ilustrada de sus lectores; y al efecto abre

desde ahora una encuesta sobre las mejores bases para la dictación de una futura constitución socialista. Los que quieran contribuir con su concurso al esclarecimiento de un asunto de verdadero interés nacional, podrán contestar todas las preguntas o aquellas que les parezcan mejores.

Las respuestas deben enviarse a la siguiente dirección: Director de ATENEA Edificio Mutual de la Armada, piso 2.º, oficina 8. Santiago.

### ENCUESTA SOBRE BASES PARA UNA FUTURA CONSTITUCION SOCIALISTA DE LA REPUBLICA

1.º ¿Cree Ud. que la Constitución vigente suministra los elementos esenciales para resolver los problemas que plantea o que pueden plantearse en un régimen político-jurídico de carácter socialista?

2.º Si Ud. no lo creyere, sírvase indicar las modificaciones más importantes que a su juicio podrían introducirse en algunas de las materias siguientes:

A) *Ciudadanía y organización del sufragio.* ¿Debe ampliarse sólo el derecho de sufragio actualmente establecido? ¿Hay conveniencia en introducir un sufragio a base gremial o sindical? ¿Esta innovación reemplazaría al sufragio universal, directo y secreto o podría establecerse un sistema con una combinación de ambos?

B) *Garantías Constitucionales.* ¿Son suficientes los derechos y deberes actualmente establecidos? ¿Qué modificación podrían, sin alterar sus títulos, introducirse en ellos? ¿Hay conveniencia en introducir otros nuevos que se refieran a la vida social y económica y cuáles serían?

C) *Representación Nacional.* ¿Conviene mantener el sistema bicameral, modificando su composición y sus atribuciones? ¿Es preferible una sola cámara? ¿Los requisitos para ser elegido representante han de ser los mismos que los actuales o han de modificarse según la forma de sufragio que se adopte?

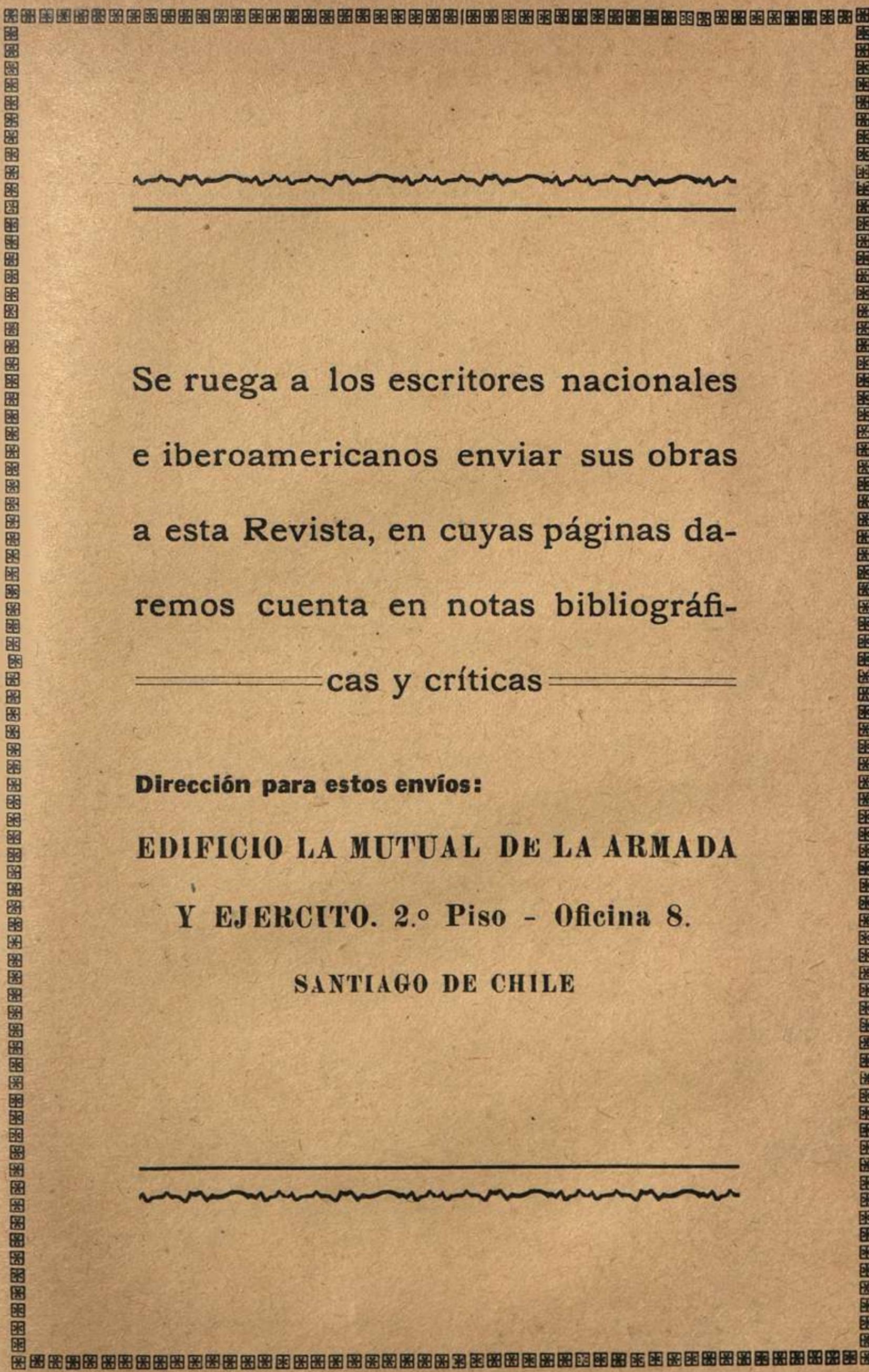
D) ¿Puede mantenerse el sistema presidencial, o el régimen socialista exige necesariamente el sistema parlamentario? En este último caso ¿cómo se designarían los ministros, cuáles serían sus relaciones con la Representación nacional y qué atribuciones tendría el P. de la R? ¿Sería conveniente el ejecutivo unipersonal o el colegiado?

E) *Formación de las leyes.* ¿Qué cambios podrían introducirse en la técnica? ¿Podrían establecerse la iniciativa directa, el referendun y el recall, y en qué condiciones?

F) *Poder Judicial.* ¿Qué modificaciones debe sufrir dentro de un sistema socialista? ¿Hay conveniencia de ampliar sus atribuciones y en qué sentido?

G) *Gobierno y Administración.* ¿Debe mantenerse el régimen centralista? ¿Si se opta por la descentralización, sobre qué bases debe hacerse? ¿Qué organismos podrían crearse en las diversas circunscripciones o divisiones administrativas para una mejor, más justa y rápida atención de los intereses generales y locales?





---

Se ruega a los escritores nacionales  
e iberoamericanos enviar sus obras  
a esta Revista, en cuyas páginas da-  
remos cuenta en notas bibliográfi-  
cas y críticas

**Dirección para estos envíos:**

**EDIFICIO LA MUTUAL DE LA ARMADA**

**Y EJERCITO. 2.º Piso - Oficina 8.**

**SANTIAGO DE CHILE**

---



DISTRIBUIDORES

Libreria **SALVAT**  
Barcelona-Santiago

MCD 2018